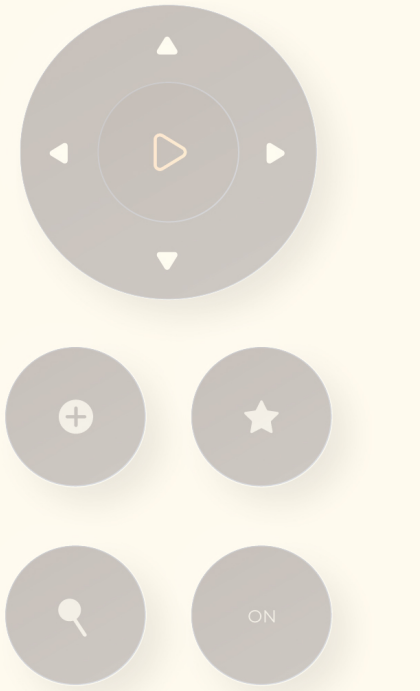
Crónicas de un Vendedor Callejero

Una Historia Fuera de lo Común

JAVIER EDUARDO ZELAYA GALEANO

HD

eBook
DISPONIBLE



Crónicas de un Vendedor Callejero

Una Historia Fuera de lo Común

JAVIER EDUARDO ZELAYA GALEANO

Crónicas de un Vendedor Callejero

Una Historia Fuera de lo Común

JAVIER EDUARDO ZELAYA GALEANO

Crónicas De Un Vendedor Callejero
Copyright ©2013 Javier Eduardo Zelaya

1º Edición en rustico: marzo 2014
ISBN: 978-99961-0-423-7

©Escrito por: Javier Eduardo Zelaya
©Editado por: Javier Eduardo Zelaya
©Maquetación y Diseño: Jonatan Steven Portillo Sosa
© Fotografías de Portada y Contrapotada: Jonatan Steven Portillo Sosa

Impreso en El Salvador
Todos los derechos reservados, queda prohibida, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización del titular de la propiedad. La infracción de los derechos mencionados constituye un delito contra la propiedad intelectual (arts.4, 5,6 Ley de propiedad Intelectual, Cap. VIII arts. 226,227 código procesal penal).

Este libro está dedicado a todos aquellos vendedores en el mundo que luchan diariamente por sus familias.

Agradecimientos

Esta obra es posible gracias a la colaboración de muchos personajes que, a su manera, han marcado mi vida de manera sorprendente. Estoy agradecido con todos ellos, pero especialmente con ~~mi esposa, "Lolita", a quien amo~~ y nunca podré pagarle todo lo que ha hecho por mí.

A Roberto Oliva, mi amigo y hermano, que siempre creyó en este proyecto y que siempre ha estado para apoyarme en las buenas y malas. A Mercedes Cañas, quien hoy es una gran amiga. A Mauricio (el electricista), que contribuyó a la última etapa como vendedor callejero y me apoyó y mecuido casi como un hermano. A David Panamá, por colaborar en la corrección de mi obra.

Al Capitán Talegas el Conejo (Juan José López), mi mentor y amigo en el arte de la venta callejera, que fue crucial para iniciar y sobrevivir durante mi carrera de ventas ambulantes dandome otra perspectiva de vida. A Foliar, soberano hijo de puta, por confiarme mercadería que me cobraba al doble de lo que valía. Y sin olvidar a ese grupo tan peculiar entre los que se encuentran: Don Lito que de Don no tiene nada, el Charrito, el Chele, el Peter, Mandy, Rabadilla de Cama, el Garrobo, el Conan (que solo nos acompañó un día), Adriana, la Pelona, el Chorizo, Norbit, Guicho y al Horrible.

En fin, personas con quienes compartí la travesía de casi 3 casi 5 años de intensa lucha por sobrevivir y en la que salíamos a vender a diario sin saber si esa podría ser nuestra última vez.

Formamos un equipo increíble con el que tuve el honor de trabajar y aprender: cómo se gana el pan de cada día honradamente. Cada día que pasa te das cuenta de que el tiempo no se detiene y siempre sigue. Me decía Poliar:

— "¡No importa si saliste a trabajar o no...! El día no se detiene. Te levantaste a las 9:00 a.m., si había comida comiste, si no, te pusiste a ver televisión y de repente ya es la 1:00 p.m., y así el día corrió hasta que terminó. ¿Qué hiciste? Nada… al contrario, quedaste gastado."

Mi manera de ver la vida cambió gracias a todos ellos, porque como dicen: "cada cabeza es un mundo". Solo me queda decirles: Gracias por todo!

Contenido

Prólogo **1**

Capítulo 1: **4**

¿Dónde comenzó todo? 4

Capítulo 2: **9**

Conociendo a Foliar 9

Capítulo 3: **13**

Compañeros Efímeros 13

Capítulo 4: **18**

Vendiendo en Ilobasco 18

Capítulo 5: **22**

Sueños Truncados 22

Capítulo 6: **26**

Nuevos Horizontes 26

Capítulo 7: **30**

El amigo Naranja 30

Capítulo 8: **35**

La Pelona 35

Capítulo 9: **39**

Mudanzas Borbollón 39

Capítulo 10: **43**

Maratón de películas 43

Capítulo 11: **46**

El timador timado y las rimas 46

Capítulo 12: **49**

San Marcos L@s Miedos@s 49

Capítulo 13: **53**

A vos todo se te quema, Conejo 53

Capítulo 14: 57

La toma de Quezalte 57

Capítulo 15: 60

Norberto, el Magnate de San Martín 60

Capítulo 16: 63

El Garrobo y Rabadilla de Cama 63

Capítulo 17: 67

El Singular Guicho 67

Capítulo 18: 70

Conociendo un nuevo país, Honduras 70

Capítulo 19: 78

Quezaltepeque más un mecánico 78

Capítulo 20: 82

La isla, Jiquilisco y el motel + el Conejo con el canal venus 82

Capítulo 21: 87

La jarrilla 87

Capítulo 22: 90

Transferencia de un pedo 90

Capítulo 23: 93

El gordo y la colonia metropolis 93

Capítulo 24: 96

La agenda 96

Capítulo 25: 99

El tío Larry o el señor de la cocada 99

Capítulo 26: 102

Aprendiendo a vender solo 102

Capítulo 27: 105

Aguilares y las Pupuseras 105

Capítulo 28: 108

El Parqueo de Los Conacastes 108

Capítulo 29: 112

Honduras y la raspadita 112

Capítulo 30: 118

Les prometí llevarlos a la playa 118

Capítulo 31: 122

Mi primera navidad como vendedor ambulante 122

Capítulo 32: 126

Yo donde quiera vendo 126

Capítulo 33: 128

Las Colonias vs los Pueblos 128

Capítulo 34: 131

La bajada del Charrito (volando como piscucha) 131

Capítulo 35: 134

El Carro Entró Solo 134

Capítulo 36: 137

Feliz 14 de febrero 137

Capítulo 37: 140

Abajo de Aguilares miando y corriendo 140

Capítulo 38: 142

Fútbol El Salvador vs Honduras + la película Norbit 142

Capítulo 39: 146

El conejo y la refrigeradora en la colonia Santísima Trinidad 146

Capítulo 40: 150

San Martín más una completa pérdida de tiempo 150

Capítulo 41: 153

Apuestas para quitar los vicios parte 1 Cara o corona 153

Capítulo 42: 156

Teco… 156

Capítulo 43: 159

Apuestas para quitar los vicios parte 2 Este es el último 159

Capítulo 44: 162

La última salida a Zacatecoluca: muchos Peter y Pelonas + el Negro 162

Capítulo 45: 167

Comprando oro por San Vicente 167

Capítulo 46: 171

Dichos, palabras y frases de cada vendedor 171

Capítulo 47: 173

Técnicas de ventas callejeras 173

Capítulo 48: 176

Ya con mi propia merca 176

Capítulo 49: 179

El día que casi pierdo la vida 179

Capítulo 50: 183

Vendedores Especiales o Espaciales 183

Capítulo 51: 187

Soy profesional y no encuentro trabajo 187

Capítulo 52: 191

Entre Fracasos y Triunfos: El Regreso a la Universidad 191

Capítulo 53: 195

Mis últimos días como vendedor ambulante de controles 195

Glosario 198

Referencias y Creditos 200

Acerca del autor 201

Prólogo

La historia de la literatura salvadoreña según algunos estudiosos y críticos no se extiende más allá de los albores del siglo XIX y es posible afirmar que son dos los géneros más cultivados al interior de nuestro territorio nacional; estos géneros favorecidos son la poesía y la narrativa breve, los que han recogido entre sus líneas y versos la historia de nuestro pueblo, de este pequeño país, el más pequeño de Centroamérica pero grande en vivencias con una realidad popular llena de defectos, conflictos, problemas y un tipo de cotidianidad que se desarrolla en sus urbes, calles, colonias y pueblos; una realidad expuesta generosamente por el autor en esta obra. Pero esta no es una exposición ordinaria, es una que relata la historia de uno de los oficios más antiguos de la humanidad. Labor que encierra en su praxis una forma de vida, una vida que conquistas a diario, ofreciendo al mejor postor toda clase de productos y mercancías que, en muchos de los casos la gente busca o necesita. Esta ocupación de la que la obra nos habla es el arte de vender. Venta que se lleva a cabo por verdaderos artistas conocidos desde siempre como: vendedores o comerciantes ambulantes.

Oficio que siempre ha dignificado a quienes lo practican correctamente. Javier Zelaya nos comparte en esta obra literaria la pericia y actuación que en diferentes situaciones un vendedor, está expuesto a vivir, padecer y vencer para lograr obtener el beneficio de su subsistencia.

El autor retrata en estas páginas todo ese bagaje de vivencias que enfrentan los vendedores y lo hace desde la óptica personal viviendo la realidad del oficio en cuestión. Sí él es protagonista de la historia, un vendedor que en un momento sincrónico de su vida debió ejercer este trabajo; labor que como él mismo expresa fue necesaria para "Llevar el pan hasta su casa, hasta la mesa". Encontramos entonces que el autor es obligado por la carencia de oportunidades, la necesidad de sobrevivir en esta sociedad excluyente de su país en donde el trabajo generalmente ofrecido es considerado como una esclavitud velada, en donde se labora para un patrono que no paga lo justo por la labor realizada y, esto claro está, si se tiene la suerte de conseguir un lugar donde trabajar en la mayoría de los casos por un mal salario. El comercio informal, el trabajo de vendedor es entonces la alternativa que si bien no resuelve el problema, al menos da una mediana solución de subsistencia.

Estos vendedores que todos los días caminan grandes distancias, soportan las inclemencias del clima y más; para obtener unos pocos pesos, perdón… quise decir dólares; olvidaba que el dólar vino hace un tiempo a desestabilizar nuestra dependiente economía, pero bueno, este es un tema para otra ocasión que el autor podría abordar posiblemente en una nueva entrega.
Te invito entonces amigo y amiga, lectores; a que abras tu mente, tu perspectiva, para que vivas lo que el autor vio, vivió y sintió durante su experiencia que le permitió más tarde retomar el rumbo que antes se había trazado como profesional.

Esperamos que reflexiones sobre las veces que has visto a estos personajes

luchando honradamente en las calles y cuantas veces los has ignorado o visto con desdén, menospreciando la dignidad que todo trabajo honrado ofrece al ser humano. Con un lenguaje sencillo, cotidiano, callejero, en el buen sentido de la palabra, Javier nos sumerge en las calles, el escenario justo donde los acontecimientos transcurren; es ahí donde la obra se crea y se narra con la pericia y la atenta observación del autor. Les invito a ser partícipes y conocedores de esta realidad popular en donde Javier Zelaya es nuestro guía y artífice de esta crónica cargada de realismo: "Crónica de un vendedor Callejero"

Mizael Lorca/feb. 2015.

Capítulo 1

¿Dónde comenzó todo?

Capítulo 1:

¿Dónde comenzó todo?

Las circunstancias de la vida son extrañas, y muchas veces te obligan a hacer cosas que jamás imaginaste que harías. Durante un buen tiempo, había sido firme en mis principios: "**Nunca haré eso**", pensaba. "**Eso no es para mí**", decía con certeza. Sin embargo, la vida tiene una forma particular de retarte. A veces te lleva por caminos que no habías planeado, te enfrenta a situaciones que nunca imaginaste y, antes de darte cuenta, estás haciendo cosas que nunca pensaste que harías.

Mi abuela solía decir que la mejor palabra es la que no se dice. Y, en mi caso, eso fue lo que aprendí: a veces, las palabras no sirven de nada cuando la realidad te supera. Así como a mí, a muchos hombres y mujeres les llega un momento en que tienen que hacer lo que sea necesario para salir adelante, aún si no están preparados para ello.

Mi historia comienza a mediados de 2007, cuando me encontré sin trabajo. No tenía ingresos, y lo peor de todo: no tenía ni un centavo en el bolsillo. La angustia se apoderó de mí, y lo peor era que en casa ya no me soportaban. Me sentía una carga para mi familia, que no entendían cómo podía estar tanto tiempo sin encontrar una oportunidad laboral. En mi mente, la frase "**si no trabajas, no vales nada**" resonaba constantemente. Sabía que debía hacer algo, pero no había ninguna oferta de empleo a la vista. Había entregado más de doscientos currículums, llorado más de lo que me gustaría admitir, pero el trabajo no llegaba. La desesperación era mi única compañera constante.

Este proceso ayudó en gran medida a formar mi carácter y a ser la persona que soy ahora. Si hay algo que caracteriza a la gente de este bello país, es que te enseñan que: "Si no tienes un trabajo fijo, no vales nada". "Si ya cumpliste 18 años, debes buscar trabajo… no seas **guevon**". Pero si tienes un trabajo, aunque ganes una miseria y trabajes 14, 15 o incluso 16 horas, eres un ejemplo para seguir, cosa de lo más pendejo.

Otros ejemplos son los que trabajan de cajeros en bancos (no todos) pero si la gran mayoria, actúan como si fueran los dueños del dinero que ahí se deposita. Algunos se muestran superiores a los que solicitamos sus servicios.

En ese entonces, con el ánimo por los suelos, me encontraba buscando respuestas. Un día decidí ir a la cancha de fútbol para despejarme un poco y pensar qué hacer. Necesitaba una idea, algo que me sacara de este agujero. Ahí, solo en las gradas, me senté con mi vieja agenda en mano. Siempre llevaba esa agenda, con la intención de apuntar cualquier idea que pudiera ayudarme a salir adelante. Aunque lo veía como algo más simbólico que útil, me ayudaba a sentir que tenía el control sobre mi vida, aunque no lo tuviera.

Fue en ese lugar cuando me encontré con Juan José López, conocido por todos como **el Conejo**, aunque también tenía otros apodos, como **Máximo, Capitán Talegas, Alberto Masferrer, Rabbit...** En fin, un hombre con más alias que un

espía internacional. Conejo y yo habíamos trabajado juntos antes, en un puesto de vigilancia en el sector de AltaVista, en San Bartolo. Fue una experiencia peculiar, porque jamás imaginé que me vería trabajando como vigilante. Aquella vez no solo compartimos trabajo, sino también buenos momentos de risas. Lo que más me gustaba del Conejo era su honestidad y su disposición para ayudar. Siempre me enseñaba algo nuevo y, lo mejor de todo, lo hacía sin egoísmo. Vivía cerca, en el pasaje del Peluca, un amigo de la infancia, y por esa razón, era frecuente verlo. Además, como un detalle curioso, en ese mismo pasaje vivía ~~mi novia, quien hoy es mi esposa.~~

Fue allí, a través del deporte que reúne a los amigos, donde conocí a Juan José. Lo vi jugando y se notaba su pasión por el fútbol. Estoy seguro de que aún le gusta y si está en su casa no deja de ir a la cancha. Así que, al verlo, me levanté y me dirigí hacia él.

Anteriormente habíamos conversado en la calle cerca de donde vivo y me había comentado que se dedicaba a la venta de controles remotos para televisores y que le iba bien; que viajaba a vender a Honduras y que allá le iba aún mejor. Esa vez me dijo que, si quería, podía ir a vender un día y él me ayudaría. En ese momento no necesitaba trabajar ó más bien dicho me negaba a la sola idea de andar de vendedor ambulante, pero ahora era urgente y me armé de valor. Como dicen, la desesperación es la madre de todas las ideas, así que luego de saludarlo le dije:

— Mira, quiero probar vendiendo controles porque no tengo dinero, necesito trabajar. ¿Todavía se puede?

— Sí, hombre, cáete mañana a la casa a las 6:30 y trae una mochila para llevar la merca.

El término **"merca"** era su manera de llamar a los controles y focos que vendía en ese entonces. Esa misma noche, miles de pensamientos cruzaron por mi mente. Empecé a dudar de mi decisión de vender de manera ambulante, me preguntaba si vendería o no, o si acaso seria víctima de la delincuencia que estaba a flor de piel en esa epoca y en medio de ese torrente de ideas, me quedé dormido.

Al día siguiente me levanté temprano, a las 6:00 a.m., con la convicción de que todo iba a salir bien. Primero busqué una mochila y resulta que tenía una que parecía de quinceañera, de color azul, de una tela sumamente delgada que al final se la regalé a un amigo, el electricista, no era nada práctica, pero al menos servía para llevar lo que necesitaba en ese momento. Era una mochila que compré con ingresos de mi último trabajo.

Ese día, mi mamá curiosamente se había levantado temprano y me preparó un almuerzo. Era curioso, porque a menudo mi madre solía dudar de mis decisiones, y seguramente pensaba que solo iba a perder el tiempo con mis amigos. A lo mejor pensaba que no estaba hablando en serio, pero esa mañana la situación era diferente. Sabía que debía hacer algo. La vida no podía seguir esperando.

Salí de mi casa dudando si estaba haciendo lo correcto, me dirigí a la casa de Juan José, aproximadamente a unos 10 minutos de mi casa, no está tan lejos, la verdad. Mi sorpresa fue que lo llegué a despertar. Vi todo cerrado y toqué la puerta y no me contestaron. Pasado un rato escuché:

— ¡Ya va!

Me quedé pensando:

— ¿Será que ya se fue?

¿Y qué creen? Estaba todavía en su cama. Yo lo había ido a despertar y me dice desde su cuarto:

— ¡Tranquilo, ya nos vamos!

Ni modo, me tocó esperar a que primero se levantara y después se bañara, que, por cierto, se tardó y pienso que aún se tarda una eternidad para salir de su casa. A sus cualidades se sumaba la de que le costaba levantarse temprano.

La ventaja de esperar ese día fue que tenía sistema de cable en su casa y no pagaba por el servicio, sino que había colocado una aguja en la terminal del cable de un vecino y la guía era un finísimo alambre de cobre que conectaba a su TV. ¿Sorprendente, ¿no? El ingenio de los salvadoreños es asombroso.

Luego, su pareja, como le decimos en este país a la compañera de vida, mientras alistaba a los hijos, simultáneamente nos preparaba el desayuno. Las mujeres tienen habilidades fantásticas para hacer varias cosas a la vez y, valga la redundancia, desayunamos tranquilos como si no tuviéramos que ir a trabajar. A todo esto, eran las 8:30 a.m. ¡Increíble, no! Todo parecía una broma, pero era mi nueva realidad.

Para ese entonces, en el canal 6 de la televisión local en El Salvador, daba inicio una novela que no terminamos de ver, llamada "Trópico", que mencionaba el comercial: era el retorno a la pantalla grande de José Luis Rodríguez "El Puma", un actor y cantante venezolano.

Salimos de su casa y nos dirigimos a abordar el transporte que nos llevaría a la casa de Foliar, quien nos proveería de la merca (controles, focos) para vender. Mi segunda sorpresa fue que, en lugar de ir al punto de microbuses, nos dirigimos a una vereda al final del pasaje donde vivía el Conejo. Era tan solitaria que al bajar daba miedo de que te pudiera pasar algo. Esa vereda nos condujo a la autopista de Oro, nombre que también resulta en una interesante pregunta: ¿por qué le dicen así? Allí empezamos a pedir aventón con el pulgar hacia arriba, la señal universal de pedir un ride, y a cada pick-up que pasaba le decíamos:

— ¡Ride a Unicentro, ride a Unicentro!

Esa vía resultaba una mejor alternativa para dirigirse a Unicentro porque de allí a Soyapango estábamos a solo 10 minutos. Si, por el contrario, nos

hubiésemos dirigido al punto de buses, habría que pagar doble pasaje y realizar un recorrido promedio de una hora para llegar, en aquella época actualmente quien sabe si más de 2 horas.

Después de un buen rato de estar parados y esperar, dedujimos que ese día nadie nos daría un ride. En esos momentos apareció un taxi colectivo, era otra alternativa bastante viable, y me dice el Conejo:

— ¡Subite aquí, vámonos!

Me puse a pensar cuánto nos iría a cobrar el dichoso taxi, porque como es bien sabido el taxi siempre infla el precio. Para mi sorpresa, cobraba $0.50 centavos por persona. Era la primera vez que utilizaba este medio de transporte. Era más cómodo y cabíamos cinco personas. La señal por la que podías saber que el taxi es un colectivo, era porque hacían parpadear las luces delanteras cuando te ven a un costado de la autopista. Allí, si te vas a subir, solo sacas la mano en señal de que lo vas a abordar, actualmente es poco común ver ese tipo de transporte porque ya asignaron una ruta de microbuses en ese recorrido la cual es la 140 que viene desde San Martin y actualmente esta llegando un poco mas adelante de Apopa digamos que casi que llega al redondel constitución.
Finalmente, a las 9:00 a.m., después del corto trayecto, llegamos a Unicentro o mas bien dicho casi a Unicentro.

La parada donde nos bajamos le llamábamos “rótulo blanco” debido a que allí había un rótulo blanco que no recuerdo qué decía, seguramente algo referido a la autopista. Nos bajamos para posteriormente cruzamos la calle para incorporarnos a un pasaje que nos condujo directamente al parqueo de Los Conacastes.

Capítulo 2

Conociendo a Foliar

Capítulo 2:

Conociendo a Foliar

Las personas que encuentras en tu camino, a lo largo de tu vida, tienen el poder de cambiar la forma en que ves las cosas, ya sea de manera positiva o negativa. Es importante que, aunque las lecciones no siempre sean fáciles de asimilar, te quedes con lo bueno. Porque, como todo en la vida, no todo lo que aprendes es útil a largo plazo.

Recuerdo el día que llegamos al parqueo de Los Conacastes, en Soyapango. Para ese entonces, el lugar no tenía el portón metálico que ahora tiene, una medida tomada a raíz de la creciente delincuencia en la zona. Fue allí donde conocí a David Henríquez, un tipo con tantos apodos que parecían de una película de acción: Foliar, Poliar, Don Cangrejo, Canillón, Borbollón, Frijolón, Zacatón, Maricón… una lista larga. Llegamos a su parqueo para ver si nos iba a proporcionar la mercadería. El Conejo me lo presentó, y la primera impresión que tuve de él fue la de un hombre extraño, pero con un toque de respeto que no se puede pasar por alto. Era un tipo bastante alto para la estatura promedio de un salvadoreño, rondando los 1.98 m, con el cabello corto y un bigote tan peculiar que parecía sacado de una película de acción barata de los años 80. Tenía una pickup, y fue con esa camioneta con la que saldríamos a ganarnos la vida, todos los días. Actualmente no sé ni me interesa si aún la posee.

Todo se puede decir de Foliar, pero una realidad es que él se rebusca con todo y es cumplido con el pago de sus deudas. Además, como dato innecesario de saber posee una protuberancia en la espalda que simula un testículo, por eso lo molestábamos. En esa epoca salió un programa de televisión muy popular llamado "Bailando por un Sueño", le decíamos que él iba a salir ahí diciendo que bailaba porque quería quitarse un "huevo" (testículo) del lomo (espalda), y el presentador le iba a preguntar si tenía muchas deudas, a lo que él respondería que no, que en serio tenía un "huevo" en el lomo y le mostraría la espalda.

Volviendo a ese momento, el Conejo le dijo a Foliar que yo quería trabajar. Foliar me miró con su típica mirada pensativa y, como si fuera una entrevista de trabajo, me dijo:

— ¿Pero ya has trabajado en ventas?

— Sí, en un almacén de electrodomésticos —le respondí.

En esos días, Foliar había restringido sus salidas porque tenía una mini tienda, algo muy común en este país, y eso le permitía no salir todos los días a vender. Además, en ese entonces, sus hijas estaban pequeñas y, como todo padre, quería verlas crecer.
Foliar empezó a seleccionar los productos que nos llevaríamos y nos dio una muestra de cada marca conocida en El Salvador. Mientras repartía la mercadería en la cama de la pickup, el Conejo le robó uno sin que se diera cuenta, como dicen, "la mano es más rápida que la vista". Guardamos los controles en los maletines y comenzamos a pensar a dónde iríamos a vender.

El Conejo empezó a instruirme en cómo vender a los clientes casa por casa, cómo acercarme y evitar que me cerraran la puerta en la cara. Me enseñó las tres frases para convencer a un cliente de que nuestro producto era el mejor, el más práctico y conveniente:

1. En Omnisport y La Curacao lo encuentran de $20.00 a $22.50.
2. Debería quedarse con él, es el original.
3. Y para cerrar con broche de oro: "¡Rompamos el tecolote (la alcancía)!".

A ciencia cierta, los únicos controles originales son los que trae el televisor cuando viene de fábrica. Además, en esos lugares no venden esos controles, solo universales si es que al caso los venden. Decíamos que eran "**made in Indonesia"**, lugar donde se fabrican la mayoría de los televisores y dispositivos electrónicos. Parece increíble, pero pasé mucho tiempo utilizando esas tres frases, que me las aprendí de memoria y siempre funcionaban, hasta mi retirada del negocio de la venta callejera.

Decidimos ir a una colonia cercana llamada Los Santos III, ubicada en el mismo sector de Soyapango. Abordamos un microbús hasta la entrada de la colonia y en el primer pasaje que tocamos, vendí mi primer control, un Toshiba, a $8.00 a una señora de edad avanzada y una muchacha que supongo era su hija. Continuamos en el mismo pasaje y a mitad del mismo conseguí un cliente que necesitaba uno para un Daewoo. Yo tenía uno que se parecía mucho pero no le funcionó, así que llamé al Conejo y me auxilió. Lo vendió en $10.00. Los controles nos los daban a $3.00 todo un robo además sin baterías, nosotros teníamos que gastar en ellas. En fin, nosotros los vendíamos al precio que la gente aceptaba o se dejaba y el Conejo me dio mi comisión por conseguir el cliente.

Cansados de caminar y con hambre, decidimos hacer una pausa para almorzar. Yo tenía casamiento (una mezcla de arroz con frijoles) con aguacate y queso, y por supuesto, tortillas fritas. Como ya era la 1:00 p.m., le dije al Conejo que comprara la soda. Después de comer, decidimos relajarnos un poco más y fumar, algo que en ese entonces era más una costumbre que un vicio. Aunque ya no fumo, que viendolo ma bien más que un vico era una maña que actualmente ya no poseo. Aquellos momentos compartidos en las pausas se quedaron grabados en mi memoria.
A las 3:00 p.m., ya sin mucha energía, decidimos regresar. En lugar de tomar un transporte, caminamos de vuelta al parqueo de Los Conacastes, que estaba a unos 20 minutos. Ahora lo veo y pienso que fue una decisión algo tonta, porque esa zona, por su inseguridad, no era la más adecuada para andar caminando. Llegamos de vuelta, y Foliar nos esperaba. Tenía un pequeño puesto de películas piratas, algo que en ese momento era muy común en el país, aunque ilegal. Curioseé entre las películas y vi una que me gustó: Terminator: The Chronicles of Sarah Connor. Le pedí que me la prestara, y me dijo que sí, pero que no la rayara, ya que no la podría vender si eso pasaba.

Como soy fanático de la saga, no me la podía perder. Al final, porque siempre se me olvidaba devolvérsela, me la terminó cobrando y yo pagándola gustosamente porque definitivamente tenía que formar parte de mi colección

personal. Después de seguir curioseando entre las películas, le entregamos el dinero de la venta y Foliar me dijo con su típico lenguaje:

— Puta, Titi, le fue bien.

Luego de eso, nos despedimos cariñosamente:

— Ya le damos, pendejo.

— Cuídate, tajo de cerote. Nos vemos mañana.

— ¿Hey, y por qué me putean?

Después de ignorarlo como a un perro, nos fuimos nuevamente por el mismo pasaje por el que habíamos llegado con anterioridad al parqueo. Nos dirigimos a pedir "raí" (raid en inglés). Antes, vi que en la orilla de la calle estaban vendiendo yuca frita. En ese sector de la carretera de oro, a la altura del Polideportivo Plaza España, en esa zona venden toda clase de productos a base de yuca y maíz a partir de las 3:00 pm. Pedí yuca de a dos por $1.00. Qué buenos tiempos aquellos en la actualidad ni de broma encontras ese precio. La economía estaba y está realmente crítica en este país, como en cualquier otro. Como buenas vendedoras, nos querían vender caro, pero buscamos la mejor oferta. Posteriormente, nos sentamos tranquilamente a comer y a hablar del día laboral, de cómo me había parecido eso de andar vendiendo en la calle y a analizar lo bueno y lo malo de ese día para enfrentar mejor a los clientes.

Luego comenzamos nuevamente a pedir "raí". Afortunadamente, esta vez sí nos llevaron.

Nos bajamos a la altura de la vereda donde anteriormente habíamos subido, caminamos hacia debajo de la vereda, y saludamos a un anciano reciclador de chatarra llamado Clemente, a quien encontrábamos regularmente sentado a la salida de su vivienda.

Clemente había sido famoso por salir en diversas ocasiones en un segmento de un noticiero llamado "Voces de Ayuda". En fin, siempre que regresábamos del trabajo lo saludábamos y el muy contento correspondia el saludo. En paz descanse, falleció no hace mucho.

Finalmente, el Conejo y yo nos despedimos y quedamos de acuerdo para salir a vender al día siguiente. Al llegar a casa, le conté a mi mamá cómo me había ido y le di una pequeña cantidad de dinero que había ganado y ella se quedo muy sorprendida puesto que lo mas seguro como lo narre en un principio creia que a perder el tiempo iba. Y así, sin darme cuenta, comenzó mi camino como vendedor callejero, un día que, aunque modesto, marcó el inicio de una experiencia que nunca olvidaría, porque como decimos de todo se aprende en esta vida.

Capitulo 3
Compañeros Efímeros

Capítulo 3:

Compañeros Efímeros

Hay personas que, como suele decirse, 'solo cruzan tu vida una vez, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecen, como si nunca hubieran estado ahí', dejando una huella sutil que solo se percibe mucho tiempo después, cuando ya no están.

Al día siguiente de mi inicio como vendedor, fui nuevamente a despertar a Conejo. La típica espera: que se levante, desayuno, ver parte de la novela mencionada anteriormente, y la escena clásica de los niños que olvidan hacer la tarea y la hacen justo 10 minutos antes de salir para la escuela. La escuela no estaba cerca de donde vivía el Conejo, y sus niños eran muy traviesos, pero por eso eran niños.

Después de eso, nos fuimos nuevamente a pedir raí para Unicentro. Como siempre, tomamos la vereda, pero esta vez conseguimos raí bastante rápido y llegamos más temprano, a las 9:00 am. Foliar nos dijo que tenía que ir a comprar mercadería. En esos tiempos, tenía un pick-up Nissan azul Z24 King Cab.

Ese día conocí a otro vendedor, el Chojol. Raro sobrenombre, ¿no? Además, conocí a Peter (Pedro), un vendedor con características muy peculiares, destacando su quijada que parecía paletas de montacargas o casi como un pelicano. Nos pusimos en marcha. Antes de eso, el Conejo y yo compramos cigarros en la tienda frente al parqueo, que creo que aún permanece en el lugar. ¿Y qué creen? Tuvimos la brillante idea de fumarlos mientras íbamos dentro del pickup.

El Conejo, Chojol, y Peter se fueron en la parte posterior; yo me fui en el asiento del copiloto. Me hice a un lado y Foliar no vio que saqué los dichosos cigarros y los encendí discretamente, pasándole uno al Conejo. Tranquilamente empezamos a fumar como si nada pasara y, como se lo imaginan, empezó lo bueno. Comenzaron a volar las puteadas a diestra y siniestra. En esos días, Foliar no tenía la costumbre de fumar, pero no tardó mucho en retomarla. Bien dicen: "lo malo rápido se aprende o se retoma".

En fin, empezó la canción:

— Bueno, hijos de tres putas, apaguen esas mierdas. Cerotes, no ven que después hiede a cigarro. ¡Vale verga, tajo de pendejos! Como después no les cuesta limpiar…

Comenzamos a ignorarlo. Yo dirigí mi vista hacia fuera, contemplando la vía de Agua Caliente, por la que también me pregunto por qué se llama así. El Conejo, Chojol, y Peter empezaron a hablar entre sí. Foliar no paraba de quejarse.

Decidimos seguir el juego de sacar de quicio a Foliar. Luego de que nos dijo:

— Bueno, tajo de pendejos, ¿que no voy hablando con ustedes? ¡Cerotes culeros!

Permanecimos en silencio, y pasado un momento, el Conejo, por puro joder, dijo:

— ¡Ah! ¿Qué pasó?

A lo que Foliar respondió:

— ¡Habla con mi culo, Conejo cerote!

Nos quedamos en silencio un rato hasta que Chojol dijo:

— Ojo con lo que dijo Foliar anteriormente: "habla con mi culo".

Y cuando Foliar comenzó a hablar nuevamente:

— ¡Uh, qué pedo! — fue el comentario.

Y empezaron a llover las puteadas nuevamente:

— Cerotes, no agarran nada en serio. Vos, Conejo cerote, compórtate. Ya tenés mujer e hijos que mantener. ¡Vale verga, no jodas! Mejor ya no me hables, pendejo.

Después de todo ese trayecto y una buena dosis de insultos, llegamos a uno de los tantos parqueos del centro de San Salvador, cerca de donde Foliar compraba en su momento los controles y focos en el mercado llamado Sagrado Corazón de Jesús. Allí conocí al Pegas, un empleado del parqueo, alcohólico o, como decimos aquí, bolo a morir, con una cierta tendencia a la homosexualidad. También conocí a Menche, un mecánico parchero, como le decimos aquí, que sabe de todo y nada. No es una mujer, es un tipo llamado José Mercedes, con quien Foliar tiene una manera muy particular de bromear. Se dicen el uno al otro:

— ¿Vos, ¿qué me miras, pendejo? ¡¿Que te gusto?!

— Pobre cerote… — le contesta.

Mercedes, el mecánico, toma una llave cruz, de esas con las que cambian las llantas de los vehículos, y amenaza con quebrarle el parabrisas. Foliar saca el corvo por la ventana y devuelve la amenaza, diciéndole:

— Ya te voy a arrancar las manos, pendejo. —No me estés toreando.

Después de esa breve bienvenida, Foliar se fue de compras al mercado y regresó más tarde a donde lo esperábamos. Durante la espera, llegó otro vendedor llamado Benjamín (Chele, Culo Flojo, Pedomen, Bekan, etc.).

Me lo presentó el Conejo y entablamos conversación. Reunidos en la cama del pick-up, el Chele dijo:

— A mí me había dicho Chijol que vos eras más grande que Foliar.
A lo que contesté:

— Derecho. No creas todo lo que cuentan.

Y nos comenzamos a reír. Terminadas las compras de Foliar, salimos del parqueo y regresamos a Soyapango. Para entonces, ya eran las 11:00 am, Me sorprendió la hora. Parecía tarde, pero la verdad es que, entre todo el trajín del día, el tiempo había volado. Aunque en ese momento, ya no importaba mucho: el día apenas comenzaba para nosotros, porque o vendiamos ó vendiamos no habia opción.

Hicimos parada en Los Santos. Le habíamos tomado cariño a esa colonia porque siempre vendíamos cada vez que llegábamos. Nos dividimos en dos grupos: ellos se fueron hacia la parte de arriba y nosotros hacia la de abajo.

Lo curioso de aquel día fue que Chojol, aunque tenía el talento para vender segun lo que decian, no estaba del todo convencido con la vida de vendedor ambulante. Lo hacía por pura necesidad, porque, como la mayoría de nosotros, estaba sin trabajo y la venta ambulante se había convertido en su única forma de generar algo de dinero. Al final, esa era la realidad de muchos: un trabajo informal, forzado por la situación, porque si no hacías algo, tarde o temprano caías en la tentación de "delinquir" o, al menos, te veías empujado a las malas decisiones. Chojol no era la excepción, pero ese día, como todos, se mantenía en la rutina, como si fuera el único camino posible en ese momento.

Los vendedores ambulantes, en su mayoría, no tienen otra opción más que salir todos los días, sin importar las condiciones. Ya sea bajo un sol abrasador, con lluvias torrenciales o enfrentando el frío de la madrugada, cada jornada comienza con la determinación de llevar el sustento a casa. Hay que mentalizarse antes de salir, porque el trabajo de calle no solo es físico, también exige fuerza emocional y mental. El trabajo de calle es duro, impredecible, y está lleno de desafíos: desde competir con otros vendedores hasta lidiar con la indiferencia o el rechazo de los transeúntes. Si uno no tiene claro por qué lo está haciendo, las probabilidades de fracaso son altas. Cada vendedor lleva consigo una historia, un motivo que lo impulsa: la familia que espera en casa, un sueño de superación o simplemente la lucha por sobrevivir en un sistema que no ofrece muchas alternativas.

Más allá de las dificultades, los vendedores ambulantes son símbolo de resistencia y creatividad. Su capacidad para improvisar, persuadir y encontrar soluciones a problemas en el momento es lo que les permite mantenerse a flote. Cada día es una nueva oportunidad, un reto por superar, y con cada venta, por pequeña que sea, refuerzan su propósito y renuevan la esperanza de un futuro mejor.

En fin, nos dividíamos la colonia para no repetir visitas y quemar la zona, es decir, cubrirla por completo y hacer el trabajo eficientemente.

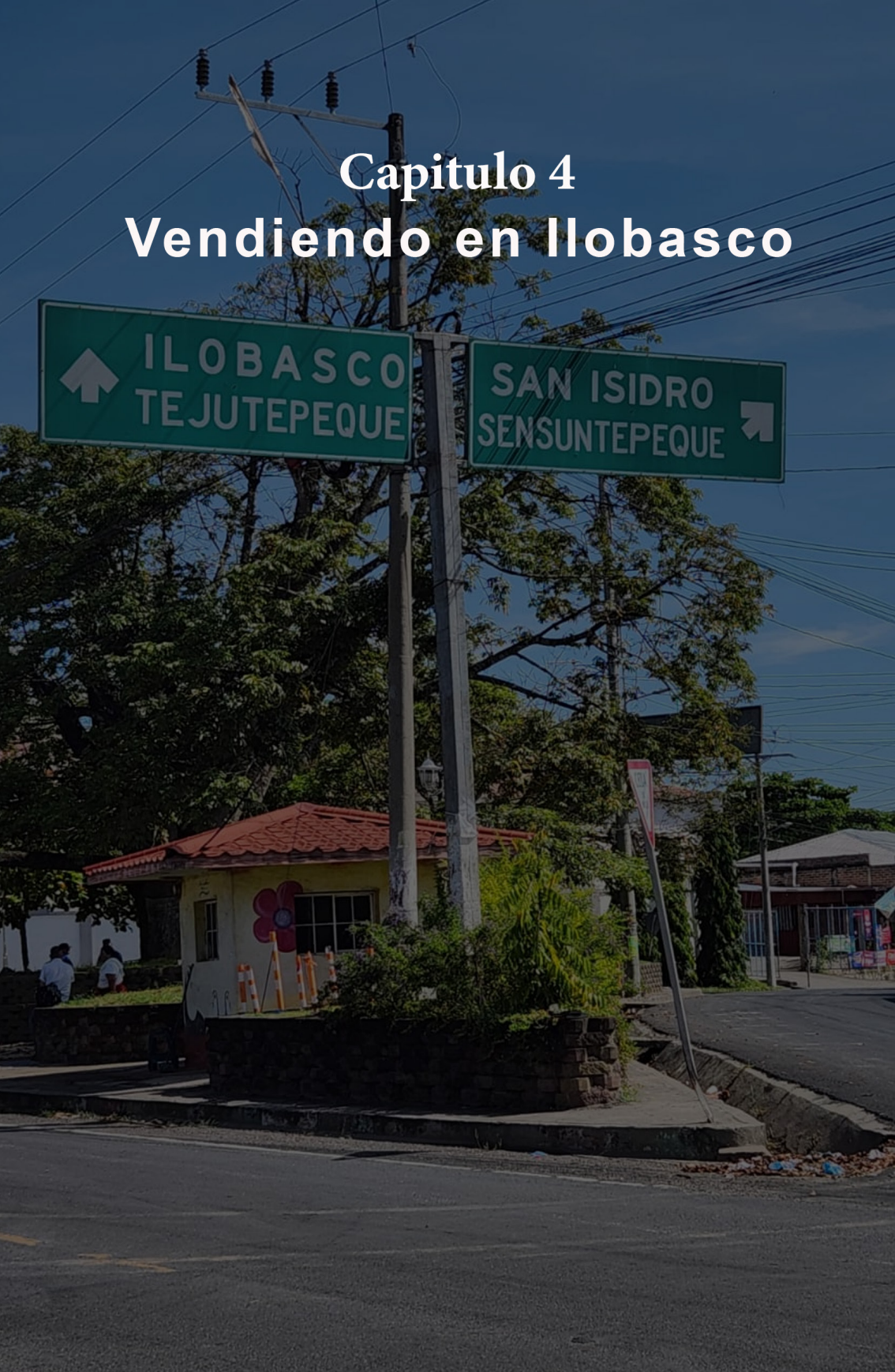
Caminamos un rato y parecía que no íbamos a vender, pero al final siempre se logra algo. El Conejo pasó como media hora en una tienda donde solo manosearon unos focos, para que al final le pidieran lo clásico: “el producto que no traes”.

Ese día fue el último que vi a los otros vendedores. En el caso de Chojol, por ejemplo, fue la primer y última vez que lo vi. Tiempo después supe que consiguió un empleo formal en una de las maquilas de ropa. Como pasa con tantos, el negocio ambulante ya no era suficiente, y al final la necesidad de estabilidad económica lo llevó a dejar la venta callejera. Desde ese momento, nunca volví a saber de él. A veces, me pregunto si ese cambio de rumbo lo hizo sentir que había encontrado la "salida" o si, como tantos, simplemente se dio por vencido con el negocio de la calle. Hasta el día de hoy no tengo noticias de él.

Después, lo de siempre: caminar hasta el parqueo de Los Conacastes para entregar el dinero de la venta a Foliar y buscar los mejores precios para comer papas fritas o yuca, sentados en las bancas de piedra que están en la autopista, y conversar sobre el día a día. Es curioso, pero no importa el trabajo que tengas, el momento más feliz del día es cuando sales de laborar, te sientes liberado y, más si has vendido bastante, te sientes tranquilo y satisfecho. Y sí, nuevamente a pedir raí, y la rutina de bajar la vereda, saludar a Clemente, y regresar a mi casa. Nuevamente entregué una pequeña cantidad de dinero a mi mamá y así fue como me di cuenta que todos quisiéramos trabajar en lo que nos apasiona, o en el caso de haber estudiado, en lo que nos graduamos. Pero con el tiempo aprendes que todo eso es relativo.

Porque incluso cuando encuentras ese trabajo soñado, ese empleo perfecto que pensabas que te haría feliz, tarde o temprano terminarás por aborrecerlo. Lo que empieza siendo algo ideal, con el tiempo se convierte en rutina.

Capitulo 4
Vendiendo en Ilobasco



Capítulo 4:

Vendiendo en Ilobasco

Después de un par de días vendiendo por Soyapango y sus alrededores, decidimos aventurarnos más lejos, hasta Ilobasco, un lugar conocido como el departamento muñequero. Aunque irónicamente, al llegar no vi tantas artesanías como esperaba, la experiencia fue mucho más de lo que imaginaba.

Como todas las mañanas, mi día comenzó con la tarea de despertar a Conejo, quien, como ya se había vuelto costumbre, me había prometido que esa mañana se levantaría temprano, pero claro, era una promesa vacía. Salimos tarde, como siempre, y en cuanto comenzamos a planear el día, me miró con cara pensativa y me dijo:

— ¿Adónde vamos, a San Sebastián o a Ilobasco?

— Vamos a San Sebastián entonces.

— No, ya me acordé. Hoy ahí es malísimo, mejor vamos a Ilobasco.

Como yo no conocía los días de plaza de cada pueblo, respondí:

— Va pues, demosle con todo.

Nos dirigimos al punto de buses cerca de casa, tomamos el microbús y nos bajamos en la zona franca San Bartolo. Luego caminamos hasta la parada conocida como Vifrio, que, según dicen, antes era un taller de llantas, pero ahora es un Súper Selectos. Ironías de la vida, ¿no?

Ya en el siguiente bus, le pusimos música al viaje para distraernos. Siempre cargo mi fiel MP3 o MP4, porque en estos trayectos largos el aburrimiento no perdona. Cruzamos la línea departamental y, al fin, llegamos a Ilobasco, un lugar que solo conocía por la tele. ¡Definitivamente me hacía falta salir más a conocer mi país!

Ilobasco me sorprendió con su paisaje rural. Al caminar por una calle polvosa, vi más vacas de las que jamás había visto en mi vida y al dia de hoy no e vuelto a ver esa cantidad tan desproporcional. La primera casa que toqué me trajo suerte: vendí y a buen precio. Seguimos caminando y, en el siguiente pasaje, un hombre nos preguntó si los focos resistían ser puestos en una máquina que funcionaba con la batería de un vehículo. La pregunta me tomó por sorpresa, pero el Conejo, siempre listo para cualquier situación, como siempre e dicho el es el hombre que todo lo sabe y todo lo jode, respondió:
— Sí, esos son especiales para ese tipo de máquinas.

El hombre nos compró un juego de 4 focos. Le tengo gran convicción a la venta de focos, quizá porque son una buena inversión y la gente prefiere pagar menos en la factura de electricidad.

Ese día nos fue mejor que nunca. Una peculiaridad de Conejo es que tiende a perderse, lo que hace difícil encontrarlo. En una de esas, me encontré con un cliente que juraba ser gran radiotécnico. Me decía que reparaba controles y equipos electrónicos y que lo máximo que me ofrecía eran $6.00 dólares. No lo iba a contradecir, aunque pareciera perdido, ya que me estaba comprando. Le dije:

— Claro, usted tiene toda la razón, se ve que sabe bastante de electrónica.

Le vendí al precio que él sugirió y seguí buscando a Conejo. Me encontré con uno de esos típicos vendedores de golosinas y juguetes que se ven a la salida de las escuelas públicas en El Salvador. Me compró 6 focos sin probarlos; espero hayan estado buenos. Ya eran los últimos que llevaba.

Estaba contento porque ya no iba a ir cargando nada de vuelta a casa. Para entonces, Foliar nos tenía más confianza y nos daba mercadería para llevar a casa.

Después de buscar un rato, encontré a Conejo y le dije:

— Démole ya.

— Espérate, demos una vuelta más.

Caminamos un buen rato hasta que llegó la tarde. Como estábamos perdidos, abordamos un tuc-tuc (moto taxi), una alternativa efectiva, rápida y económica en El Salvador. Le dijimos al conductor:

— Al punto de buses.

Ellos viven ahí y no se pierden, y nosotros ya no queríamos caminar más. Mientras esperábamos el autobús de regreso a San Salvador, nos dio hambre. Decidí invitar a comer a Conejo en agradecimiento por su ayuda. Una señora mayor estaba vendiendo pasteles (una masa tipo tamal con verdura picada y carne molida). Ella fue la afortunada. Estaba muy molesta quien sabe porque motivo y casi nos aventó los pasteles, parecía que nos los estaba regalando. Así de especial y folclórica es la gente en este bello país: les pagas y te tratan mal.

Nos subimos al autobús y pensé que iríamos directo a casa para evitar pedir raí, pero Conejo sugirió:
— ¿Por qué no vamos a entregarle a Foliar?

— Va pues — le respondí.

Nos subimos a un microbús de la 41A en Soyapango y nos dirigimos a Los Conacastes. El microbús paró frente al parqueo y vimos a Foliar en su puesto de películas. Le entregamos el dinero y compramos los nutritivos cigarrillos. Pensé que ese día me salvaría de pedir raí, pero no fue así, tocó una vez más.

Aun así, no podía faltar el antojo de yuca frita. Así que, antes de seguir el camino, hicimos una parada estratégica en la Carretera de Oro, donde ya

saben cómo conquistar al salvadoreño: con yuca bien frita, chicharrón y curtido. Después de ese bocadito, seguimos el viaje, y cuando por fin llegamos, ya eran las 5:00 p. m. Había sido un día pesado de trabajo, de esos que te dejan sintiendo cada músculo, pero como dicen: "El pan se gana con el sudor de la frente". Y vaya que ese día sudamos.

Ilobasco terminó siendo más que un simple destino, fue toda una experiencia. Uno de esos lugares donde te das cuenta de que hasta los pueblos más pequeños tienen grandes historias. El día estuvo largo y lleno de retos, pero también de aprendizajes. Haber hecho buenas ventas me dejó una satisfacción especial, pero más que eso, el compañerismo y las risas con Conejo le dieron ese toque único al viaje.

Así es la vida del vendedor ambulante: cada día trae su propio paquete de desafíos, a veces con problemas que te hacen rascar la cabeza y otras con momentos que te sacan una carcajada. Al final del día, te das cuenta de que no siempre importa cuántos buses agarraste o cuánto caminaste. Lo que de verdad cuenta son esas pequeñas victorias, las bromas compartidas y las historias que se quedan para contar después.

Capitulo 5

Sueños Truncados

Capítulo 5:

Sueños Truncados

Hay quienes piensan que esto de la venta callejera es pan comido, que cualquiera puede hacerlo sin mayor esfuerzo ó dedicación. Es común escuchar al típico desempleado decir con extrema confianza:

—Si me quedo sin trabajo, me pongo a vender lo que sea.

Claro, suena sencillo, ¿verdad? Pero la realidad es muy distinta. La venta ambulante no es solo pararse con un producto y esperar a que las ventas caigan del cielo. Es caminar bajo un sol que parece querer derretirte, soportar lluvias que te dejan empapado hasta los huesos, y recorrer kilómetros por calles, colonias o pueblos que muchas veces ni conoces. No es un trabajo para cualquiera; es una lucha diaria que demanda fuerza física y, sobre todo, resistencia mental.

Vender en la calle significa aprender a convivir con el rechazo, a improvisar frente a los imprevistos y a encontrar soluciones donde parece que no las hay. No es simplemente ofrecer un producto, es encontrar la manera de conectar con las personas, de convencerlas y de hacerlo con una sonrisa, aunque el cansancio esté a punto de ganarte.

Es un oficio que requiere algo más que ganas; necesita valentía, ingenio y un espíritu inquebrantable. Porque el vendedor ambulante no solo carga con su mercancía, sino también con sus sueños, esperanzas y las historias que lo empujan a seguir adelante cada día.

En una ocasión, después de varios días de la rutina habitual, Conejo y yo decidimos hacer algo diferente. Necesitábamos cambiar de aires, salimos de la capital y nos aventuramos hacia Santa Ana. Ya estábamos cansados de las mismas zonas, de las mismas calles, y queríamos variar. Como dice el refrán: "hacer lo mismo todos los días aburre". Y en nuestro caso, a veces la monotonía de caminar por las mismas colonias con los mismos productos llegaba a ser pesada.

En esos días, el primo de Conejo, Conan (Will), estaba ansioso por unirse al mundo de las ventas. El Conejo le había hablado sobre las ventas, exagerando como siempre. Le contó que se vendía rápido y que uno se hacía "chicotudo", una expresión que usábamos para decir que te volvías millonario de la noche a la mañana en poco tiempo casi de manera instantanea. Claro, esto es algo que sucede solo cuando ya tienes experiencia y cuando sabes a qué zonas dirigirte. No es algo que suceda de inmediato para cualquiera.

La mañana de ese día, por increíble que parezca, el Conejo se levantó a la hora indicada, sin excusas. Como siempre, cuando teníamos un plan, comenzábamos tarde, pero esa vez salimos de la colonia a las 7:30 am, y aunque no desayunamos ni vimos la novela, íbamos con buen tiempo. Tomamos la ruta 4 hasta la terminal de occidente, cerca de la colonia Roma, en el corazón de San Salvador. Desde allí, abordamos el siguiente autobús, uno de

esos llamados "buses de lujo", que por un precio más alto (aproximadamente $2.00, un precio relativamente caro para lo que acostumbrábamos) nos ofrecía aire acondicionado y una película, que si mal no recuerdo era la de Boa vs Komodo, que pesima pelicula por cierto.

En ese momento me sentía relajado y listo para el reto. Nos bajamos del bus, nos perdimos un rato como siempre, y terminamos en un callejón que resultó ser un pasaje lleno de vagos. Para mi sorpresa, fueron educados, aunque no dejaban de mirarnos de reojo.

Decidimos ofrecerles los controles. La mayoría dijo que no, pero al menos uno le compró al Conejo. Seguimos caminando, y aunque sentí miedo, lo disimulé. Conan, en cambio, se puso pálido como papel, y por un momento pensé: — Hasta aquí llegamos.

Podían pensar que éramos ladrones o cualquier otra cosa. Caminamos y vendí unos focos. Seguimos caminando y, mejor dicho, escalamos un peñasco, como en una escena de "Misión Imposible" Santa Ana es asombrosa. Vimos a una señorita queriendo poner una conexión eléctrica y el Conejo me dijo:

— A poner un foco va, cáele guayo y ofréceselo.

Me acerqué con mi mejor sonrisa y la oferta de siempre, mostrando el producto como todo un profesional. Para mi sorpresa, la joven no estaba interesada en comprar; en cambio, comenzó a coquetearme.

—¿Cómo te llamás? ¿Vivís cerca? ¿Tenes Novia? —me preguntó con una confianza que me dejó descolocado y con una cara de ¿que paso aqui?.

Aunque estaba realmente guapa, entendí que tenía que ser prudente. Con una sonrisa nerviosa, respondí:

— Gracias, pero fijate que ahorita ando trabajando. Tal vez en otra ocasión que venga con más tiempo seguimos platicando pero dame tu numero le dije.

Por supuesto, ese "tal vez" era pura cortesía. Me despedí rápidamente, sabiendo que en la calle es mejor no arriesgarse. Aquí, el instinto es la clave, y el mío me decía que lo mejor era seguir mi camino. Llegó la hora del almuerzo y, como en esos días todavía mi mamá me ponía comida, la compartí con los dos. El Conejo puso la gaseosa, porque siempre había que cooperar, y así entre los tres nos hicimos el almuerzo. Para rematar, sacamos los respectivos cigarrillos, creyendo que eso nos "aliviaba la tensión". Ahora que lo pienso, era una estupidez, pero en ese momento se sentía como una pequeña pausa para despejar la mente.

Habíamos vendido algo, pero no lo suficiente como para permitirnos un almuerzo de comedor. Por eso le insistíamos a Conan que se rebuscara, que no se dejara vencer. Aunque ahora entiendo que esas frases de "¡Echale ganas!" no siempre ayudan. Cuando alguien está mal, con la cabeza llena de problemas o en depresión, esas palabras, lejos de motivar, terminan por hundirte más. A veces, lo que uno necesita no son consejos rápidos, sino alguien que simplemente esté ahí, sin juzgar ni apresurar las cosas. Después de una intensa

caminata, vendí todos los focos a un solo cliente tras una negociación. No gané mucho, pero era mejor que traerlos nuevamente en el bolson donde podían quebrarse. Era ya bastante tarde. De repente, un tipo que Conan describió como sicario empezó a seguir al Conejo. No sabía si quería robarle, matarlo o pedirle algo. Salimos tras él, pero como si fuera humo, desapareció en un tramo del callejón, y por suerte, no nos pasó nada. Llegó la hora de regresar. Aunque no vendí mucho, me fue mejor que a Conan, que solo vendió dos controles mal vendidos. Para ahorrar, tomamos un autobús corriente o como tambien le dien un urbano. Conan, triste y decepcionado, dijo en voz alta:

— Nunca más vuelvo a venir a vender con vos, Conejo. Paja me diste.

Y así fue, Conan nunca volvió a vender con nosotros. Tal vez nunca imaginó que algo así podía pasarle. Los relatos del Conejo, como siempre, tenían su toque increíble, pero una cosa es cierta: en cualquier trabajo, el día más difícil siempre es el primero, a parte quien le puede creer algo al Conejo y como decimos la cereza en el pastel viene y le dice riendose:

— ¿Qué ondas, vas a venir mañana?

— Vos come mierda, Conejo. Me hiciste cerotear (perder el tiempo) por gusto.

Ese día terminó con nosotros agotados, apretados en el bus y con la cabeza llena de pensamientos. Conan iba cabizbajo, porque obviamente no se hizo chicotudo como se lo habian prometido. Yo solo quería llegar a casa, quitarme los zapatos y olvidarme por un rato de todo. El dinero pendiente con Foliar quedó para mañana; ya no valía la pena arriesgarse más esa noche. Mientras caminábamos hacia la casa, pensé en lo duro que puede ser ganarse la vida en la calle, pero también en cómo, a pesar de todo, uno siempre encuentra fuerzas para seguir. Porque aunque el día haya sido malo, en este negocio siempre queda la esperanza de que el próximo sea mejor. parados de vuelta. Finalmente, llegamos a nuestra colonia y cada uno se fue a su casa a descansar.

Capitulo 6
Nuevos Horizontes

Capítulo 6:

Nuevos Horizontes

Con la rutina ya acostumbrada, llegamos como siempre al parqueo de Los Conacastes. Ese día, habíamos ido con Foliar al centro a comprar mercadería. A veces los viajes eran rápidos, otras veces largos y llenos de imprevistos. Pero esa vez, como tantas otras, no fue una jornada sencilla. Al final, Foliar comenzó a hablar de reparar el pickup por millonesima vez. Ya todos sabíamos que esa conversación era habitual, algo que decía sin hacer mucho por llevarlo a cabo. A veces no sabíamos si estaba bromeando o si en realidad pensaba que en algún momento podría solucionar los problemas mecánicos del vehículo. Así que, al final, el Conejo y yo nos quedamos varados en el centro de San Salvador. No fue la primera vez, pero siempre era un mal trago.

Miramos el reloj, las manecillas avanzaban rápido y ya eran casi las 11:00 de la mañana. La preocupación empezó a crecer. No teníamos mucho dinero, y ni siquiera habíamos desayunado. Aunque no estábamos completamente a cero, habíamos adoptado el hábito de ahorrar lo más que pudiéramos en esos días. Al final, no sabíamos si la vida nos estaba enseñando a sobrevivir con poco o si simplemente teníamos que encontrar maneras más creativas de afrontar las dificultades.

Después de una breve conversación entre el Conejo y yo, y tras mucho pensar y debatir, decidimos arriesgarnos. Con hambre y poco más que nuestras esperanzas en el bolsillo, nos aventuramos a una colonia considerada de alta peligrosidad llamada Nuevos Horizontes. No sé en qué pensaba la persona que le dio ese nombre, pero era evidente que no estaba de humor para la ironía del destino. Sin embargo, el hambre podía más que el miedo que nos provocaba esa colonia. En varias ocasiones, me hicieron la misma pregunta mientras me encontraba vendiendo en distintas colonias:

— ¿No le da miedo andar vendiendo allí?

A lo que siempre respondía:

— Me da más hambre que miedo.

Así que, con el miedo arrinconado, caminamos por el mercado ex cuartel, un lugar que siempre me parecía un hervidero de actividad, comercial, lleno de gente, colores y sonidos. Era un lugar que poco solía frecuentar, pero que nunca perdía su caos. Mientras observábamos el bullicio, vimos un microbús que decía "Nuevos Horizontes". Fue una señal. Nos miramos, y no hicieron falta más palabras para saber que ahi nos teniamos que subir.

— Vamos a ver qué ondas, a ver si vendemos algo en Nuevos Horizontes, dijo el Conejo, siempre optimista, una cualidad que hasta el día de hoy admiro mucho de él.

— Vergon —le respondí—, probemos a ver qué pasa.

Nos subimos a uno de esos mini microbuses, conocidos como HIACE, pequeños vehículos que se llenan rápidamente con 2 o 3 pasajeros. Era el tipo de transporte que todos en la ciudad usaban en esa epoca, un caos en sí mismo. Acomodados como pudimos, nos dirigimos hacia nuestro destino. Durante el viaje, intentaba mantener la calma. Sabía que la colonia era conocida por ser peligrosa, pero me aferraba a la idea de que estábamos ahí para hacer nuestro trabajo, nada más. Pensaba que, si algo salía mal, al menos tendríamos alguna historia que contar si es que saliamos vivos.

Después de hora y media de viaje (a saber por qué iba tan lento el microbús), finalmente llegamos a Nuevos Horizontes. No pude evitar decirle al Conejo:

— Primera vez que vengo aquí, así que no te me vayas a despegar como haces comúnmente.

—Vaya, pues —respondió él, con una sonrisa que dejaba claro que iba a hacer lo mismo de siempre: perderse.

En ese momento, no sabíamos si estábamos en el lugar correcto o si habíamos entrado en un territorio demasiado peligroso para nuestros propios estándares. Sin embargo, no había vuelta atrás. Empezamos la ardua tarea de vender casa por casa. No éramos de los que gritaban en las calles, como los vendedores ambulantes tradicionales. Siempre pensé que gritar no hacía más que alejar a las personas. Creíamos que si tocábamos las puertas y ofrecíamos nuestros productos con calma, la gente nos escucharía mejor. Y así fue.

La colonia era un enredo de pasajes, y para mí, eso era perfecto. Siempre me ha gustado trabajar en colonias con un vergo de pasajes. En la primera casa que toqué, ofrecí unos focos, y la señora, sin pensarlo mucho, me los compró.

El Conejo, siempre atento a todo, me miró y dijo:

— Ofrécele controles de TV también.

No dudé. Le ofrecí los controles y me preguntó si tenía para Panasonic. Le expliqué que uno de los modelos también servía para Sharp. Cuando funcionó a la perfección, la señora admirada compró el control al instante. Ahí fue cuando supimos que estábamos haciendo las cosas bien. Continuamos vendiendo más controles y focos. La suerte parecía estar de nuestro lado, al menos por un momento.

Sin embargo, en la venta callejera, como en la vida misma, las cosas pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Un vago se nos acercó y le dijo al Conejo que tenía "pinta de policía", de esos que solo vienen a joder. Fue una clara advertencia que nos dejó tensos. La paranoia comenzó a apoderarse de nosotros más que todo de mí, y de repente, la atmósfera se volvió peligrosa. El tipo estaba furioso y se acercaba demasiado. En ese momento, temí que todo pudiera terminar en un desastre. Decidimos retirarnos rápidamente del sector. Lo bueno es que, a pesar del susto, ya habíamos vendido aproximadamente seis controles y diez focos. El Conejo, siempre con su talento natural, había vendido el doble que yo.

Le dije al Conejo:

— Vámonos de aquí.

— Va pues, démole ya —respondió él, todavía visiblemente nervioso.

Fuimos a la casa de Foliar a entregar lo poco que habíamos vendido. Aunque el día fue caótico, estaba conforme. Para nosotros, llegar con las manos vacías era lo peor, sobre todo cuando tienes una familia que depende de ti. Es un peso que solo quienes lo viven pueden entender.

Los padres, por ejemplo, tienen que cargar con el peso de dar lo mejor para sus hijos, porque ellos no conocen las dificultades económicas de sus padres. Solo sienten hambre, y ese sentimiento no tiene explicación.

Después de entregar el dinero a Foliar, decidimos tomarnos un breve descanso. Caminamos hasta una pequeña pupusería, nos compramos una soda y unas pupusas. Mientras nos sentábamos en una mesa improvisada, disfrutando de la comida, el Conejo y yo comenzamos a reflexionar sobre el día. A pesar de los riesgos y el estrés, nos había ido relativamente bien. Habíamos enfrentado nuestros miedos, y eso siempre es un logro en este tipo de trabajo.

Después de un rato, nos dirigimos a casa. Como siempre, me sentía satisfecho, pero también cansado. Un vendedor ambulante, como cualquier persona, necesita descansar, reflexionar y, sobre todo, recargar fuerzas. El día había terminado, pero la lucha nunca cesa; siempre hay un nuevo horizonte al que llegar. Así, otro día más en la vida de un vendedor ambulante.

Capitulo 7
El Amigo Naranja

Capítulo 7:

El amigo Naranja

Algunos expertos en ventas consideran que el sábado es el día perfecto para vender controles y otros productos. Como era costumbre, fui a despertar a Conejo, pues nunca estaba listo. Como siempre, seguimos la rutina de pedir raí y luego nos dirigimos a donde Foliar, al parqueo de Los Conacastes.

Foliar dijo:

— Vamos a surtirnos de merca al centro, porque casi no tengo.

— Va pues, tajo de culero

—le contestamos al unisono.

Nos subimos al pickup y nos dirigimos al centro de San Salvador, como si el tráfico de la mañana fuera simplemente parte del paisaje. Llegamos, como siempre, al parqueo del Mercado Sagrado Corazón. Ese día conocí al hermano de Foliar, Lito (Don Lito, Rey Misterio, Cuca Loca, etc.). Él era un tipo de estatura media, no como su hermano, un gigante. Siempre llevaba el típico bigote de bandido de película barata de los 80s y le gustaba vestir ropa formal; zapatos negros de lustrar, camisa de manga larga y gorra. Nos presentó a Karina, otra vendedora. Medio hablamos y planeamos la ruta, cada uno dando ideas sobre dónde era más probable vender segun su propia experiencia. Así fue como acordamos:

— Vamos a Los Chorros —dijo Foliar, señalando el destino.

Nunca había estado en esa colonia, y al escucharla, surgió una nueva discusión. Karina, que nunca perdía la oportunidad de quejarse sobre algo, se mostró desconforme con el costo del viaje.

— Yo no me quiero ir en esa mierda de transporte —dijo, refiriéndose al pickup en el que nos moveríamos —. Es muy caro y además está reventado. Mira qué hora es y ¿según vos vamos a vender?

Don Lito, con su calma habitual (nunca entendí cómo podía estar tan tranquilo la mayoría del tiempo, quizás tenía la presión baja o qué sé yo), respondió con voz pausada, como si estuviera dando una lección de vida

- Sí, pero recordá que aquí pagas la comodidad, la rapidez, la seguridad.

A lo que Karina, ya visiblemente molesta, le lanzó un:

— ¡Come mierda, Lito! —le respondió.

Nos reímos todos. Si algo tenía Don Lito era esa capacidad para mantenerse sereno incluso en las situaciones más tensas, lo que a veces resultaba irritante

para los demás. Pero, al final, su calma era lo que mantenía la paz en cualquier grupo, o al menos dejaba la incógnita de cómo podía estar tan tranquilo siempre.

No pasó mucho tiempo antes de que estuviéramos en ruta. Pasamos por una gasolinera en el Barrio Candelaria y aprovechamos para cargar gasolina, sabiendo que nos esperarían varios kilómetros hasta llegar a Los Chorros. A medida que nos acercábamos a la colonia, el calor del día y el ajetreo del camino ya comenzaban a notarse. Decidimos ir en la parte trasera del pickup, donde el viento nos daba un respiro. Don Lito, que de "Don" no tiene nada, pero es una costumbre en este país llamar así a las personas mayores o a los jefes. Resulta que, en la mañana, cuando llegamos al parqueo, vi una naranja podrida y en el camino me acordé de la bendita naranja. Se me ocurrió la brillante idea de regalársela al Conejo, quien no perdio tiempo y comenzó a darle vida: primero le hizo los ojos con un lapicero y después la boca. Parecía que la naranja había cobrado vida, algo así como Pinocho.

En eso, Don Lito, para romper el hielo, comenzó a relatar historias de su juventud, de tiempos difíciles en el país. Nos contó cómo casi lo reclutaron como soldado durante la guerra civil de los años 80, una época turbulenta en El Salvador. Lo contaba con voz pausada, como si cada palabra estuviera cuidadosamente medida.

—Fíjense que pararon el bus y dijeron los soldados: "Bájense los hombres…"

A lo que Conejo, siempre rápido con sus bromas, interrumpió:

— Y usted se quedó en el bus.

No pude contener la risa. El humor del Conejo siempre encontraba la manera de romper la tensión o de sacar de onda a la gente. Y, como siempre, yo me uní al ataque de carcajadas. Don Lito nos miró con una sonrisa que sabía a resignación.

Entonces, Don Lito dice:

— Ya no les cuento nada.

— ¡No! ¡Don Lito! Síganos contando —respondimos, tratando de retomar el hilo de su relato.

— Va pues, pero no interrumpan, si no ya no les cuento.

Siguió con su anécdota… Al mismo tiempo, Conejo tomó la naranja y comenzó a moverla de arriba hacia abajo, de modo que parecía que la naranja estaba prestando atención a las historias de Don Lito. Era una de esas ocurrencias que solo Conejo podía tener y, en cierto modo, toda la situación me pareció tan absurda que no pude dejar de reír.

De repente, cuando Don Lito se dio cuenta de lo que Conejo estaba haciendo con la naranja, se molestó y, con un gesto brusco, le arrebató la naranja y la lanzó ala carretera, justo cuando un vehículo pasaba por encima de ella.

— ¡Noooo! —gritamos Conejo y yo al unísono. La tristeza nos invadió al ver cómo la naranja, nuestra creación, terminaba bajo las llantas de un carro o camión no me acuerdo.

Le dijimos:

— Mal amigo, ella le decía que sí a todo y usted la mató.

—Ustedes no agarran nada en serio —dijo Don Lito, molesto pero sin perder el sentido del humor. Como he dicho antes, él era tan calmado que rápidamente se le pasaba cualquier enojo que pudiera tener con uno.

Llegamos a la Colonia Los Chorros y formamos los grupos de trabajo. A mí me tocó hacer pareja con Don Lito, la Karina con el Conejo, y Foliar, como siempre, él solo. Empezamos a trabajar. Allí aprendí por qué le decían "Cuca Loca" a Don Lito (analogía de cuando se les rocían veneno a las cucarachas y comienzan a correr de un lado hacia otro sin sentido). Él empezaba un pasaje y en menos de 5 minutos ya salía de él.

— Wow —dije yo—, ya terminó ese y se pasó al siguiente.

Noté que no tenía mucha experiencia como vendedor, pero juraba que sí. Me dio tips que realmente no me sirvieron mucho, excepto uno que ya me había dado el Conejo: el de tocar todas las casas sin excepción porque a veces en la casa más humilde está la venta.

Más tarde perdí a Don Lito y continué tocando puertas. Para ese entonces, todavía no tenía mucha experiencia, pero al final vendí algo. Me metí a otro pasaje y, a la salida de este, me encontré con el Conejo, Don Lito y Karina, quien tomaba una soda cortesía de Don Lito.

— ¿Quieren gaseosa?

—preguntó él.

Nos invitó a gaseosas de uva. Si algo tenía Don Lito, es que si andas con él y le pedís para comida, no te lo niega.

A lo largo de los años, aprendí que Don Lito tenía un gran corazón. No importaba cuán difícil fuera el día; siempre estaba dispuesto a compartir lo que tenía, y ese tipo de amistad no se compra ni se vende. A veces, la verdadera riqueza en la vida se encuentra en esas pequeñas muestras de cariño, porque, al igual que yo, no tiene la capacidad de ponerse a comer él y dejar al compañero solo mirando.

Después de ese pequeño receso, nos reunimos con Foliar y le dijimos:

— Casi no hemos vendido, tajo de cerote.

— No jodan, movámonos pues.

Nos dirigimos a otra colonia aledaña donde andábamos trabajando, llamada Campos Verdes, que de verde no tenía mucho, pero la venta fue buena. Como es de suponer, los sábados, una parte de la población trabaja hasta el mediodía. Por lo tanto, muchos jefes de familia, sean estos hombres o mujeres, pasan la tarde con sus respectivas familias. Esto hace que la venta sea más fácil, porque a veces la señora de la casa es la que necesita el control, pero el esposo o compañero de vida se niega a salir a comprarlo, ya sea por tacañería, pereza o falta de tiempo. Y ya que la oferta llega hasta la puerta del hogar, es la esposa quien decide, lo cual nos beneficia, porque la mayoría de las veces, los hombres aceptan lo que ellas deciden. ¿O a poco me van a decir que no es cierto?

Vendimos muchos controles y saqué como $50.00 de ganancia, ya contando lo que nos cobraría Foliar. Ya tipo 5:00 pm, decidimos retornar a San Salvador. Era la primera vez que trabajaba hasta tan tarde, pues cuando trabajamos con el Conejo, lo más tarde que salíamos eran las 3:00 pm. Éramos tan buenos o haraganes que nunca sobrepasábamos ese horario, como que si fueramos empleados de gobierno, pero con la diferencia de que no teníamos un salario fijo, solo nuestra capacidad para vender...

Así fue un día más de mi vida como vendedor ambulante, y, como decimos, ya tenía un amigo más: Don Lito, con quien hasta la fecha seguimos siendo grandes amigos. Ocasionalmente nos encontrabamos en el Mercado Sagrado Corazón y compartimos más de una taza de café, porque resulta que a ninguno de los dos nos es grato el alcohol. Pero eso es a título personal; tampoco estoy en contra de quien lo quiera hacer.

Antes, cuando yo vendía en la Plaza Morazán, Don Lito me visitaba seguido con el Charrito personaje del que hablare posteriormente, hasta que Karina dijo que yo le quería conseguir una mujer a Don Lito. Algo de lo más tonto, porque yo aprecio mucho su amistad. Pero cada quien juzga según su parecer. Así terminó otro capítulo en la vida de un vendedor ambulante, lleno de anécdotas y personajes únicos que hacen de cada día una aventura inolvidable.

Capitulo 8

La Pelona

Capítulo 8:

La Pelona

La vida de un vendedor ambulante, especialmente en lugares como El Salvador, está llena de personajes y situaciones que, aunque a veces parecen salidas de la rosa de guadalupe, son parte del día a día. Un claro ejemplo de esto fue Sandra, conocida entre los vendedores por varios apodos, dependiendo de quién la mencionara: La Pelona, Emo, Cadáver, entre otros. Cada uno de esos nombres tenía una historia detrás, y todos reflejaban una faceta de la mujer que la gente solía ver, aunque pocas veces la conocían en profundidad.

Sandra vivía en el mismo pasaje que el Conejo. Era una mujer de complexión extremadamente delgada, de estatura media, y tenía alrededor de 35 a 38 años. El apodo de "Cadáver" venía de su figura tan delgada, como si le faltara algo de vida, aunque ella misma solía reírse de eso. Por otro lado, lo de "Pelona" surgió por su corte de cabello, que era corto, casi como el de un hombre. En un país como El Salvador, donde lo más común es que las mujeres lleven el cabello largo, tenerlo tan corto era casi una provocación, un acto de rebeldía o simplemente una forma de desinterés por el qué dirán. El nombre se quedó, y aunque a veces le molestaba, Sandra lo aceptaba con una mezcla de indiferencia y resignación.

A lo largo de los años, Sandra había enfrentado su parte de dificultades. Estuvo en una relación con un vigilante de seguridad, pero, como suele suceder en muchas historias de amor no correspondido, terminó siendo "la otra", la mujer que siempre quedaba en segundo plano. El tipo ya tenía una familia y, en algún momento, tuvo que elegir entre ella y su hogar, y como era de esperarse, terminó eligiendo su familia. Como muchas mujeres en esa situación, Sandra tuvo que lidiar con el dolor de una relación fallida, lo que la sumió en una profunda depresión. A eso se le sumó otro golpe: se quedó sin trabajo. Había sido impulsadora de productos en un supermercado, un empleo que le permitía mantenerse a flote, pero cuando ese trabajo terminó, Sandra se vio obligada a buscar alternativas para sobrevivir

No pasó mucho tiempo antes de que, sin muchas opciones, Sandra se acercara al Conejo. Le pidió que la llevara a vender, pues necesitaba dinero y no quería quedarse en la casa de su mamá sin hacer nada. Ya sabía que la vida de vendedor ambulante no era fácil, pero al menos sentía que era algo. Era una forma de "rebuscarse", como decíamos, de encontrar una manera de sobrevivir cuando parecía que todas las puertas se cerraban.

Esa tarde, el Conejo y yo nos encontramos casualmente en una venta de comida, justo a la salida del pasaje donde vivía. Nos pusimos a platicar, como siempre, sobre lo que hacíamos, sobre los pequeños logros y los tropiezos del día. Fue entonces cuando Conejo me mencionó que Sandra le había pedido que la llevara a vender.

— Mira, fíjate que me dijo Sandra que si la llevaba a vender.

— Llévala —le dije—, de todos modos, la rebusca es permitida. Ayúdala y, en última instancia, me vale verga.

— Va pues, hoy le digo que se aliste para mañana.

La razón por la que me hizo el comentario era porque la mujer lo celaba con ella, bueno, con todas las mujeres. A lo que yo le decía:

— A vos que te valga verga, todos tenemos derecho a rebuscarnos, y no porque la mujer del Conejo se enojara, íbamos a dejar de ofrecerle la oportunidad a Sandra.

Al día siguiente, cuando fui a buscarlo en la mañana, para mi sorpresa, ya se había levantado. A las 7:00 am ya estaba listo, algo que parecía casi imposible. Salimos a buscar a Sandra, y cuando la vi por primera vez, pensé: "Esto no sirve para la venta." La saludé, pero no pude evitar notar que iba vestida con un short bastante corto, una camiseta de tirantes y sandalias. ¿De verdad esa es la ropa adecuada para trabajar en la calle, bajo el sol de fuego? Lo admito, fui un tanto prejuicioso, pero si la hubieran visto, seguro que me darían la razón.

Parecía que no tenía idea de lo que le esperaba, de lo duro que iba a ser el trabajo, tal vez más de lo que había trabajado en toda su vida. Como si fuera poco, no llevaba dinero para los pasajes. A veces, no tenemos ni para comer mucho menos para los pasajes debido a la situación, lo cual es comprensible, y entre el Conejo y yo tuvimos que cubrir su transporte.

Agarramos siempre por la veredita, hacia la autopista. Íbamos esta vez un grupo bastante grande: el Conejo, la Pelona, Rabadilla de Cama, el Garrobo, el Chele que por ratos se quedaba en la casa de Rabadilla de Cama, el Horrible y yo. Nos tocó pagar taxi ese día, casi uno encima de otro para no irnos separados. Nos bajamos en la parada “Rótulo Blanco” como siempre y llegamos al parqueo donde estaba Foliar. Como siempre, el Conejo presenta a los nuevos vendedores que lleva y las ya conocidas entrevistas:

— ¿Pero usted ya ha trabajado en ventas?

— Solo un poco, más que todo he trabajado en el supermercado — respondió Sandra.

Sandra contó su historia de el porqué quería salir a vender con nosotros.

Luego comenzamos a pensar la ruta, que debía ser lo suficientemente robusta para trabajar el gran grupo que éramos ese día, y nos dirigimos directo a San Vicente. Al llegar nos dividimos como siempre en grupos.

Yo decidí irme solo por razones personales, y la Pelona creo que se fue con el Conejo para su iniciación.

Empecé a tocar puertas y en una tienda me compraron un control, no tan bien pagado, pero algo es algo. Como decimos, la venta que más cuesta es la primera. No me acuerdo cuántos vendí, pero ese día vendí.

Como mencioné anteriormente, el producto era tan poco conocido que, aun siendo mal vendedor, vendías. Nos reunimos como siempre en donde habíamos dejado el vehículo, claro, cerca del puesto de policía. Ya comentando la jornada laboral, dice la Pelona que había vendido tres.

Pensé para mis adentros: "Te equivocaste, está loca, sí tiene madera para la venta". Sin embargo, esa fue la primera y última vez que Sandra vendió tanto en un solo día. Después de ese día, siguió un poco más con nosotros, pero como era de esperarse, la vida de vendedor ambulante no era lo suyo, o al menos no era lo que ella esperaba. No estaba acostumbrada a la incertidumbre, al esfuerzo físico y a la frustración constante de no saber si al final del día habrías ganado lo suficiente.

Finalmente, Sandra decidió dejar la venta y, unos días después, me enteré de que había intentado irse a los Estados Unidos de manera ilegal, o como decimos de "mojada". No supe si lo logró, pero esa es otra historia que quedó en el aire. Tal vez llegó, tal vez no. Pero, como decimos en el negocio, así es el sendero del vendedor: no todos tienen la fortaleza para seguir adelante. Algunos se quedan en el camino, otros siguen buscando su lugar en el mundo, y algunos logran encontrar lo que buscan.

La historia de Sandra, La Pelona, fue una de esas historias fugaces que quedaron en el recuerdo. Fue un recordatorio de cómo la vida da vueltas, de cómo las circunstancias cambian de un día para otro y de lo fácil que es caer en la desesperación. Pero también fue una historia de lucha y de adaptación. Aunque no todos nacemos para ser vendedores ambulantes, al menos ella lo intentó. Y eso, en sí mismo, es un logro. Porque en la vida siempre hay formas de rebuscarse y salir adelante, aunque sea por un corto tiempo.

Capitulo 9

Mudanzas borbollon

Capítulo 9:

Mudanzas Borbollón

El salvadoreño es un ser curioso, siempre buscando formas de salir adelante, no importa cómo ni por dónde. Y Foliar, sin duda, es un excelente ejemplo de eso. Con su pickup destartalado y un cartel que colgaba con orgullo en la parte trasera que decía "**SE HACEN VIAJES**", Foliar encontraba en los traslados y mudanzas una de las maneras más prácticas de "rebuscarse". Llevaba las cosas de un lugar a otro a cambio de una pequeña cuota. Aunque a simple vista parecía una chamba sencilla, en realidad, se convertía en toda una experiencia llena de situaciones imprevistas, personajes excéntricos, y por supuesto, caos de principio a fin. Aquí te cuento un par de anécdotas de esos viajes, que más que trabajo, fueron toda una aventura.

VIAJE 1: La mudanza del gordo

Todo comenzó un domingo cualquiera, cuando Foliar me comentó que tenía un amigo, al que llamaremos "el gordo", que necesitaba mudarse de su casa en AltaVista, y le había pedido a Foliar que le hiciera unos viajes porque se cambiaba de casa. La casa, por cierto, se la había conseguido Foliar, y estoy mas que seguro de que le dieron su cachada porque este maje siempre andaba sobre, pero eso no era lo importante. Lo importante era que había que mover todo su desorden a un nuevo lugar.

Ese día, fuimos a vender en la mañana a una colonia cercana y se nos unió el Conejo y el Garrobo, que llegaron al parqueo de Los Conacastes como a eso de la 1:00 pm. Por la amistad que tenía el Conejo con Foliar, este les preguntó si querían ayudar. Nos pusimos en marcha hacia AltaVista y finalmente llegamos a la colonia. Allí vimos al gordo del parqueo, quien decía tener una hernia y por eso no podía cargar. El dato curioso es que parecía que la hernia era contagiosa, pues Foliar cada vez acarreaba menos cosas.

Empezamos a hacer los viajes desde AltaVista al parqueo de Los Conacastes, y como siempre, veníamos jodiendo más que nunca. En uno de esos momentos, el Conejo, con su típico descuido, se le rompió el pantalón justo en la parte de atrás. Por cierto iba tan cargado el PickUp, y teníamos que subir una cuesta que casi que en primera velocidad. Entonces, el Conejo tuvo la brillante idea de pasarse a la parte trasera del pickup y empezó a pedalear como si estuviera en un monopatín. Un desmadre, porque el carro ya estaba más viejo que las historias de mi abuela. Cualquier cosa podía pasar, hasta que el carro se descompusiera o que lo atropellara. Pero claro, nos moríamos de risa con lo absurdo de la situación.

La verdadera diversión vino cuando unas chicas guapas por cierto que venian en un carro detrás del pickup gritaron:

— ¡Se te rompió el pantalón!

El Conejo, sin perder la compostura ni un segundo, las saludó y les tiró besos

como si estuviera en un desfile. No sé qué fue más divertido, si la situación en sí o el hecho de que, aunque todos sabíamos lo pendejo que era, nadie pudo evitar reirse. Como buenos cómpañeros, no dudamos en hacerles segunda y piropear a las chicas, que estaban bastante guapas como lo mencione anteriormente, por cierto. De repente, la mudanza dejó de ser una carga y se convirtió en un auténtico espectáculo del Circus Soleil con cada pendejada que ocurria.

Finalmente, después de varios viajes y una tarde llena de bromas, terminamos con la mudanza y Foliar nos pagó unos míseros $5.00 por el esfuerzo. El Garrobo, como era su costumbre, no perdió ni un segundo y se fue a gastar su parte en comida, como si no hubiera comido en días. Así es la vida del rebuscador, siempre viendo cómo sacar provecho de cada situación.

VIAJE 2: La mudanza del "gordo guerrillero"

Este segundo viaje fue algo más complicado y estuvo lleno de momentos épicos. El gordo, que por alguna razón nunca estaba del todo feliz con la casa que tenía. Que disque un hermano le había regalado una casa en Quezaltepeque, carretera al Sitio del Niño, y como era propia, no tenía sentido seguir alquilando. Solo iba a pagar los recibos de agua y luz. Bueno, como todo domingo, salimos a rebuscarnos un rato en la mañana y las mudanzas las hacíamos por la tarde.

Llegamos como a eso de las 3 de la tarde. El gordo estaba medio bravo, pero eso es una de las 40,000 cosas que a uno le valen verga. Nos pusimos a cargar las cosas. Ah, y a todo esto, resulta que el gordo tenía una camioneta Datsun 120Y del año 80 y no sabía manejar. No sé si en la actualidad ya aprendió, pero en ese entonces no podía. Así que quien iba manejando el carro del gordo fue nada más y nada menos que el Conejo. Él sí sabía manejar, pero no tenía licencia; dudo mucho que ahora tenga.

De camino a Quezaltepeque, todo iba bien hasta que, en un giro brusco, una lámina de metal que habíamos cargado en la parte trasera salió volando y casi golpea el parabrisas de la camioneta del gordo. Nos detuvimos rápidamente para verificar el daño, pero el gordo, como siempre, estaba bien perro y le dice:

— ¡Puta canillón, ya me ibas a quebrar el parabrisas!

Y Foliar agregó:

— ¡Sí hombre! y con eso segun el cerote solucionaba todo.

Afortunadamente nada grave pasó, todo quedó ahí y nos pusimos de nuevo en marcha. Llegamos a la casa del gordo en Quezaltepeque y la familia se quedó ordenando algunas cosas que llevábamos en ese primer viaje. Para no hacer más larga la historia, en el último viaje metimos un espejo en la cabina del pickup y ni idea como se quebró. y que creen una nueva discusión surgió mientras descargábamos:

— ¡Puta Foliar, me vas a pagar el espejo que quebraste! — dijo el gordo, visiblemente molesto.

Foliar, sin inmutarse, le respondió con su característico tono burlón:

— ¿Qué...? Cha Guayo, trae los pedazos y se los das a este cerote.

Y claro, me empecé a reír porque Foliar estaba más bravo que el gordo. Luego, resulta que la casa tenia cochera, pero el portón era de lámina. El Conejo, al intentar parquear el carro del gordo, comenzó a dar un montón de vueltas, parecía trompo o algo parecido a un camión de volteo ó como si estuviera en una competencia de derrapes tipo la pelicula de rapido y furioso reto en tokyo. En ese momento Foliar le gritó:

— ¡Ahí no más, hijueputa!

La hija del Gordo se empezó a reír, y en su intento de estacionar el vehículo, el Conejo, como siempre, no se fijó bien y terminó llevándose el portón. Justo en ese momento, aparece Foliar, con su pose de Che Guevara, plantado en un volcán de tierra cercano. Para que se hagan una idea, él llevaba unas botas jungla, de esas que usan en el ejército, y mide casi dos metros. Con esa postura de comandante guerrillero, nos mira y suelta:

— Mirá, vos has sido guerrillero, poné una cerca de alambre, dos bombas y un "chucho" (perro) para que nadie entre.

Rompimos filas y no pudimos evitar reírnos, porque, aunque se veía como un comandante, la situación era todo lo contrario. El Gordo, molesto, solo miraba cómo el portón y el espejo roto se sumaban a las pérdidas del día. Pero Foliar, con su actitud despreocupada, no dejó de hacer chistes. Al final, la mudanza fue un caos, pero una historia para contar mil veces. Aunque el Gordo perdió el portón y el espejo, siempre quedará la lección de que, para el salvadoreño, lo importante es adaptarse, reírse de los problemas y seguir adelante. Las Mudanzas Borbollón, como las llamábamos, eran solo una pequeña parte de las aventuras de Foliar en su eterno afán de ganar un billete adicional.

Capitulo 10
Maraton de peliculas

Capítulo 10:

Maratón de películas

El día de descanso para muchos se convierte en una alegría para nosotros, los vendedores, porque es la oportunidad de captar la atención de los potenciales clientes. Como he dicho antes, los domingos son perfectos, ya que las familias están reunidas y el hombre de la casa suele ver fútbol todo el día.

Ese domingo se suponía que íbamos a vender a una colonia cerca de Soyapango, ya que también queríamos descansar y ver si sacábamos algo, dado que no nos había ido bien durante la semana. Llegamos como a eso de las siete de la mañana. Como siempre, me tocó ir a despertar al Conejo, quien siempre tiene dificultades para salir de la casa.

Cuando llegamos donde Foliar, nos dijo que iba a bañarse. "Vaya pues", le respondimos, "pero apúrate, porque si no, no vamos a vender". La esposa de Foliar estaba dormida, ya que era un poco temprano cuando llegamos, y como buen esposo, él se encargaba de la tienda un rato durante el fin de semana. Le comenté a Foliar, como siempre le decía al Conejo, que si queríamos ver televisión en casa ajena, teníamos que pedir permiso primero. Podíamos ser vendedores callejeros, pero eso no significaba que no supiéramos cómo mostrar educación y respeto por la casa en la que estábamos.

Foliar tenía sistema de cable, y él sí paga por ese servicio. Empecé a recorrer los canales para ver si encontraba algo entretenido. De repente, encontré una película del inmortal Mario Moreno Cantinflas. No recuerdo cuál era, mentiría si dijera algún nombre, pero me quedé clavado viendo la película. Foliar finalmente salió de bañarse, llegó en toalla y nos preguntó:

— ¿Qué putas están viendo?

— Una película de Cantinflas, cerote.

Se sentó a ver la película también y nos preguntó:

— ¿Quieren café?

— Sí, trae pues.

Foliar llegó a servirnos café: dos tazas pequeñas para nosotros y una mega taza para él, una taza gigante, tres veces el tamaño de las comunes. Después se preguntaba por qué le decían Goliat. También nos dio dos panes redondos de esos de a 2 por la Cora. No vimos el reloj, estábamos tan clavados en la película que se dieron las 9 de la mañana y luego las 10. Entonces, salió un comercial:

— Maratón de Cantinflas de película.

Como seguramente se imaginarán, se oyó decir:

— ¿Bueno, David Henríquez, y que no piensa ir a trabajar? A lo que respondió:

— No, ahorita no. Estamos viendo el maratón de películas de Cantinflas.
Cuando reaccionamos, eran las diez y media, y las ganas de trabajar se habían ido a otra parte. Al final, ya no pudimos seguir viendo el maratón de películas debido a motivos de fuerza mayor. Deducimos que Foliar podía tener problemas al tener a dos holgazanes viendo televisión en su casa, así que le dijimos:

— A pues, ya le damos. Nos pusimos de pie y él respondió:

— A pues, mañana mejor va. Hoy hay que reposar.

— Complejo de guaro tenés, pendejo.

Foliar se rió y nos acompañó al parqueo, porque es buen amigo. Jajaja, por supuesto que no, el motivo principal era porque quería fumar, ya que en la casa no podía. Una razón eran sus hijas pequeñas, ya que sería un mal ejemplo, y la más poderosa de todas: su esposa, que lo amenazaba con apagarle el cigarro en la boca. Algunas esposas son enojadas y no hay que ir muy lejos para que exploten.

Después de dejar la casa de Foliar, nos dirigimos al parqueo de Los Conacastes para evaluar nuestras opciones. A pesar de haber perdido la mitad del día, aún podíamos intentar vender algo, no lo hicimos.

Nos encontramos con algunos conocidos en el parqueo, y uno de ellos, el Chele, se nos unió para pasar el rato. Mientras Foliar, el Conejo y el Chele fumaban, nos pusimos a conversar sobre las ventas de la semana, compartiendo anécdotas y riéndonos de las experiencias más absurdas. El Chele, siempre con sus historias exageradas, nos contó cómo casi vende un control a un turista confundido que pensaba que era un recuerdo típico del país. Todos nos reímos, y el Conejo dijo que una vez en un pueblo de Ilobasco intentó vender un control como si fuera un dispositivo mágico para mejorar la señal de televisión.

La conversación se tornó aún más divertida cuando comenzamos a imitar a nuestros clientes más difíciles o mas especiales y sus excusas más inverosímiles para no comprar.

Capitulo 11

El timador timado y las rimas

Capítulo 11:

El timador timado y las rimas

Todos deberíamos saber que es importante siempre darle un toque de humor a nuestros trabajos. Nosotros, al menos, lo intentábamos la mayor parte del tiempo. En cierta ocasión, un sábado para ser precisos, tomamos la decisión de salir de la rutina y visitamos la famosa TIERRA DE LOS BRUJOS, Izalco. Es una zona con gente cuya historia se pierde en el tiempo, bellas personas, en su mayoría atentas.

Después de un intenso día de rebusca, nos había ido bastante bien. Estábamos contentos, incluso alardeando sobre cuántos controles habíamos vendido: "Yo vendí 9", "Pues yo te gané, vendí 11". Durante todo el trayecto de regreso, desde Izalco hasta San Salvador, parecía que estábamos en una competencia de Hip-Hop o lo que ahora llamarían batallas de gallos de Red Bull, rimando frases y agregando el "TE PISO" para humillar al otro.

— Gato, te piso a vos un rato.

— Te piso a vos y a don Gato.

— Te piso y te regalo un pato.

— Te piso a vos y a un zarco.

Y así sucesivamente, riendo y disfrutando el camino hasta llegar al parqueo del mercado Sagrado Corazón.

Foliar se dirigió al mercado a comprar mercadería, y yo, para esa época, ya compraba mi propia mercadería: controles y focos. Ese día nos acompañaban el Chorizo, Norbit y, sin faltar, el Conejo. Mientras estaba comprando en un comercio cerca del carro, me di la vuelta para ver qué estaban haciendo ellos. Noté que se había acercado a ellos un chamaco(sujeto), bastante sospechoso que llevaba una caja un tanto misteriosa en las manos.

Pagué rápidamente y me dirigí hacia ellos, preocupado por lo que pudiera estar pasando en cierta manera los apreciaba. Ademas uno nunca sabe qué puede suceder en nuestro país. Al llegar, vi que cada uno tenía una loción en la mano. Solo la que Norbit tenía estaba empacada aun en celofan, y él juraba que la podía vender más cara, pues el envase tenía la etiqueta de Tommy, una loción como todos sabemos bastante cara. El Conejo tenía la misma loción, pero sin caja, y ambos olían el perfume. El Chorizo había tomado una loción para mujer de la marca Victoria's Secret y todos comenzaron a rociarse el producto.

Cuando les dieron el precio de $40.00 por las tres lociones, empezaron a regatear. Al final, terminaron comprando las lociones, que no valían más de $10 las tres, por $35.00. ¿Una ganga, no? Pude haberles dicho que los estaban timando, pero decidí callar para luego reírme. Después, como si se lo hubiera tragado la tierra, el vendedor desapareció y ellos ya no sentían el aroma de sus

adquisiciones. Me insistían:

— Huele, huele.

— No jodan, si son pendejos, esas lociones son imitaciones, no son originales.

— ¿Crees vos?

— Sí, son cerotes.

Como repito: "Nadie se va de esta tierra sin pagar lo que hace". En fin, el timador fue timado.

Después de la experiencia con las lociones, decidimos relajarnos un poco y nos fuimos por un café a una lotería que estaba cerca del parqueo, para reírnos de la situación. Mientras tomábamos café y compartíamos nuestras historias del día, no podía evitar notar la ironía de la situación: nosotros, que vivimos de vender productos, habíamos caído en una estafa. Foliar, que había regresado del mercado con una bolsa llena de mercadería, se unió a nosotros en el café. Al enterarse de lo que había pasado, se río a carcajadas y dijo:

— A veces, Dios castiga y ni te das cuenta jajaja.

El Conejo, con una sonrisa burlona y de ni modo, respondió:

— Bueno, al menos gueliamos bien. ¿no?

Nos reímos aún más y empezamos a compartir otras anécdotas de timos y situaciones absurdas en las que nos habíamos metido a lo largo de los años. Cada uno tenía una historia para contar, desde el Chorizo intentando vender un control remoto como si fuera un dispositivo mágico hasta Norbit regateando por un par de zapatos que resultaron ser de diferentes tallas.

La tarde pasó rápidamente entre risas y recuerdos. Decidimos que, a pesar de todo, teníamos que seguir adelante y aprender de cada experiencia.

Capitulo 12
San Marcos L@s Miedos@s

Capítulo 12:

San Marcos L@s Miedos@s

Cada uno ve la realidad nacional según su conveniencia, y un lunes, inicio de semana, decidimos ir a vender a San Marcos. El Conejo y Foliar lo llamaban "San Cuadro" en su burda analogía de marcos y cuadros, y queríamos probar suerte. El Conejo y yo teníamos un gran aprecio por esa zona. Pero esta vez no íbamos solos; nos acompañaba la cuadrilla especial: la Pelona, Adriana, el Horrible, Mandy, su hermano Peter y todos los demás personajes que ya conocen.

Decidimos ir a San Marcos porque, cuando preguntamos a dónde querían ir, nadie dijo nada.

Nadie había desayunado, así que Foliar estacionó el carro a la orilla de un chalet cercano a la zona de trabajo y desayunamos. Luego, empezamos a pensar en los grupos, quién se iría con quién. Yo decidí irme con Peter, Adriana con la Pelona y el Horrible. Acordamos vernos en dos horas, ya que eran las 10 de la mañana, y comenzamos a "picarle a las ginas" (alpargatas), como decía Foliar, para no perder el día.

Peter y yo recorrimos la zona que nos tocaba y, más tarde, tomamos una soda, patrocinada por mí porque Peter no había vendido todavía. De pronto, tocamos en una casa y nos dijeron:

— Ya pasaron vendiendo.

— Wow, le dije a Peter, ya la cagamos. Nos comieron la zona. Ni modo, adelantémonos a ver qué cazamos.

Nos adelantamos y vimos sentados al Batallón Cuscatlán, la Pelona y compañía. Les dije:

— ¿Qué ondas? Sí que la han metido.

Y ellos respondieron al unísono:

— No jodas, aquí está quemado.

Les propuse:

— Yo vi una colonia allá abajito. Si quieren, vamos a ver.

— Vamos pues.

Agarraron valor porque los motivé, pero al acercarnos, parecía una colonia Destroyer, y no estábamos muy lejos de la realidad. Me dijeron:

— Vámonos de aquí, me da miedo.

Les respondí:

— Si quieren, váyanse.

Yo, por alguna extraña razón, siento que aquí voy a vender. Mi frase de batalla: "**Aquí matan, pero se vende**". Como no tenían buen sentido de orientación para volver, tuvieron que quedarse conmigo. Me separé de ellos y fui a tocar unas casas de segundo nivel, aclaro no volé eran apartamentos. Me tardé un poco convenciendo al cliente cuando mi celular comenzó a vibrar. No lo podía sacar porque era de esos Sony Eriksson caros de la época que valían $250 dólares en ese entonces, y no me podía arriesgar a que me lo vieran.

Al final, me compraron. Vi la llamada perdida, remarqué y me dijeron con una voz de miedo:

— ¿Dónde estás?

— Vendiendo, ¿y ustedes?

— Aquí afuera esperándote.

— ¿Ya tocaron toda la colonia?

— Nos dio miedo, nos estaban mirando muy bravos.

— No jodan, ya voy a salir.

Seguí tocando y llegué a una casa donde una chica de aspecto vago me preguntó:

— ¿Qué pedo? ¿Qué buscas?

— Andamos en oferta con los controles.

Le conté lo de siempre, y me preguntó:

— ¿Andas para LG y SONY?

— Sí, los originales.

— ¿Y a cómo?
— Barato, a $10 cada uno.

Sin miedo al exíto como decimos, sabía que, si me hubieran querido hacer algo, ya me lo hubieran hecho. Después de regatear, los terminé dejando en $7 cada uno. Me la jugué a que me dijeran "déjalos y ándate antes de que te matemos". Ni modo, son los menesteres del oficio. Pero al final, todo salió bien.

Vendí aproximadamente cinco controles a buen precio, a diferencia de mis compañeros que, por miedo, no vendieron.

Salí de la colonia y les volví a marcar. Me dijeron:

— ¿Por qué tardas tanto?

Ellos estaban parcialmente escondidos en una media tienda de un pasaje aledaño. Al llegar, les dije:

— ¿Qué ondas? Ya se acabaron la merca que los veo sentados.

Me miraron como deseando desaparecerme. La señora de la tienda me pidió un manual para un control y se lo vendí barato, por $2.00. Un robo, porque andaba como tres que no había entregado a otros clientes. Luego, nos dirigimos al pickup que estaba en el puesto policial de San Marcos.

Eran las 2 de la tarde y ellos no habían vendido mucho. Nos metimos a otra mini colonia cerca del Boulevard Venezuela y nuevamente vendí.

Andaba de suerte. La Pelona solo llegó para que le dijeran:

— Vaya la Emo, va a querer pija.

De repente, ya no los vi y le marqué a la Pelona. Me dijo dónde estaban.

Caminando de regreso, vi a una señora vendiendo tamales y compré para darles a todos. Les dije que compraran el pan, pero no quisieron porque no habían vendido. Me tocó gastar aproximadamente $5.00 o más no me acuerdo, comprando tamales y pan francés para todos. Nos reunimos nuevamente con Foliar e hicimos cuentas. Muchos no pudieron pagar ni la gasolina. Me reí de Foliar, como siempre, porque quería que le pagáramos viaje de lujo. Así terminó un día más como vendedor callejero.

La moraleja para ellos es que: "Si salís a vender, es a vender, no a tener miedo. Si bien es cierto, debemos ser precavidos, pero también hay que entender que la precaución no da de comer".

Capítulo 13

A vos todo se te quema, Conejo

Capítulo 13:

A vos todo se te quema, Conejo

Cuando las cosas se repiten como un dejavu, uno dice: ¿Por qué a mí? Era un sábado, y ese día fuimos a Izalco nuevamente a ver qué ondas, qué había de bueno. Como siempre, salimos casi a las 9 de la mañana a causa del Conejo, que siempre se duerme y nos hace perder tiempo. Cuando ya estábamos todos reunidos en el parqueo de Los Conacastes, Foliar dijo:

— Craneemos la zona, pues.

Nadie le hizo caso. El Conejo me hizo una seña y yo entendí que quería joder a Foliar. Me dice:

— Me duele un diente.

— ¿De verdad?

— Sí.

Al sentirse interrumpido ó que a nadie le importaba lo que estaba diciendo, Foliar gritó:

— ¡A la puta, cerotes!

Nosotros continuábamos ignorándolo y le digo al Conejo:

— ¿Y no has ido al dentista?

Como siempre, antes del desayuno, las puteadas dan inicio:

— Cerotes, ¿no piensan trabajar hoy? Si no van a trabajar, me voy a la mierda solo. No necesito madrina.

Al final gritamos:

— ¿Y por qué no vamos a Izalco?

Yo le tengo una gran fe de vender ahí.

— Vamos, pues.

Por moción popular, emprendimos la marcha. Foliar siempre ponía poquita gasolina al carro y cobraba como si lo hubiera llenado. Otra característica particular de ese día fue que al pickup le estaban reparando la cama para pintarlo. Para que todos cupiéramos, Foliar quitó el asiento del copiloto para ir, disque, más cómodos. Primero se subió el Chorizo, después el Conejo, Norbit y yo, todos apiñados. El punto es que íbamos en camino a vender.

Foliar amarró los maletines donde debería ir el filo de la cama del pickup.

Parecía una nave espacial; solo la pura armazón se veía. Llegamos a la zona y salíamos de la cabina: uno, dos, tres. La gente nos miraba con cara risueña, como si fuera el auto de los payasos.

Empezamos a rebuscarnos. Yo no vendí mucho en ese sector, así que decidimos movernos. Esta era la única ventaja de viajar con Foliar, ya que nos movilizábamos de prisa. Norbit se fue donde debía ir el asiento del copiloto, remedando a Foliar, haciendo los ademanes de ir con el volante. De repente, una gallina salió a picotear algo de comida a un costado de la calle. Foliar, malintencionado, hizo un movimiento brusco y le tiró el carro encima. Solo se escuchó el gemido de la gallina siendo atropellada.

Norbit, que es blanco, se puso color papel bond y reclamó:

— ¿Por qué lo hiciste, David? La gallina no te había hecho nada.

Foliar, burlándose, respondió:

— Vos no jodás, tajo de cerote. Vos ibas manejando de ese lado. La culpa fue tuya, vos la mataste.

Me reí. Norbit se maleó y ya no vendió ese día por sentirse mal a causa del evento traumático de la gallina. Fuimos a una zona aledaña y ahí sí vendí. Nos reunimos como a eso de las 4 de la tarde, amarramos los bolsones y emprendimos la retirada.

Al regreso ya a la altura de la farmacéutica BAYER, un carro bonito le chocó al pickup de Foliar en la armazón de hierro y nos movió un poco.

Decimos:

— Puta, se jodió el pickup.

— ¿Qué ondas? ¿Le cobramos por el choque? — le dije yo.

— No jodás, cerote, capaz perdemos.

Ya cerca de la Universidad José Matías, un bache intervino tambien, en el movimiento del bolsón del Conejo que cayó justo encima del escape.

Esto fue suficiente para que, cuando llegamos al parqueo del Mercado Sagrado Corazón, nos diéramos cuenta de que el maletín nuevo del Conejo, que decía que le había costado $50, estaba carbonizado. Foliar le dijo:

— Puta, Conejo, a vos todo se te quema. Se te quemó la casa, se te quemó el carro y hoy el maletín. Al rato, vos te vas a quemar.

Todos nos reímos a costillas del pobre Conejo. Pero el Conejo respondió:

— Mentiroso, el carro no se me ha quemado, lo vendí.

Pero qué más da, el mal estaba hecho. A Foliar no le importaba que le hubiera pasado una tragedia al Conejo y le dice, todavía con una voz medio burlona:

— Y ahí, ¿qué ondas, Conejo? ¿Cuándo me vas a pagar los controles que se te quemaron?

Un motivo más para reírnos. Pero no estuvo bien, porque en cierta ocasión que andabamos por Aguilares, Foliar puso el bolsón encima de los demás que iban en una caja y le digo:

— Se va a caer.

— Nombre, no se cae, respondió.

Dicho y hecho, nos pusimos en marcha y al rato, cerca de Aguilares, le digo:

— Gran cerote, para.

— ¿Para qué?

— No ves que mi bolsón se cayó.

— Ahí ha de ir.

— Que pares, pendejo.

Como ya me vio bastante molesto, paró y cabal, ya no estaba. Con la expresión "qué regada", Foliar pretendía resolver todo. Ese día comprobé que hay más personas buenas que malas en El Salvador.

De un bus que no recuerdo la ruta, me habían recogido el bolsón y, cuando nos vieron estacionados, se detuvieron y me lo entregaron. Este es el mejor y más grande ejemplo de honestidad que he visto hasta ahora.

Capítulo 14

La toma de Quezalte

Capítulo 14:

La toma de Quezalte

Si algo tengo claro, es que ese día se quedó grabado en mi memoria como uno de los mejores y más divertidos de mi época de vendedor ambulante. La jornada prometía desde el principio, y no fue solo porque estuviera trabajando, sino porque habíamos planeado algo que hacía mucho no sucedía: un descanso merecido en un balneario. Todo comenzó con una energía diferente, como si el destino hubiera decidido darnos un día de diversión después de tanto esfuerzo.

Este fue un domingo en el que decidimos ir a trabajar cerca de un turicentro llamado La Toma de Quezalte. Salimos esta vez, como muy pocas veces en toda mi carrera, temprano. Ya habíamos acordado el día anterior que para el domingo llevaríamos calzoneta y toalla, pues nos iríamos a bañar. Yo estaba muy contento y, para qué negarlo, nunca había ido a ese lugar del que contaban que era muy bonito. Dijimos:

— Primero vendemos y después nos vamos a bañar.

Le dimos con todo. Íbamos varios: la Pelona, Peter y su hermano Mandy, el Chele, el Conejo y, por supuesto, yo. Llegamos como a eso de las 9 de la mañana a la zona y dijimos:

— Unas 3 horas que trabajemos y de ahí nos vamos a bañar.

— Ok, dijimos todos.

Le dimos con todo. Al menos yo vendí algo. El primero lo vendí para un televisor Sony, que lo asocié con un equipo de sonido de la misma marca, y el enganche fue que también el DVD era Sony. Seguí caminando y vendí otros dos. Luego me encontré con el Chele y con Peter a la salida de un pasaje de la colonia. Ahí, en una típica venta de frescos, nos vendieron el más espantoso fresco de tamarindo que jamás he probado. Qué bueno que no lo pagué yo, sino que el Chele me invitó.

Bueno, se llegó la hora de irnos al balneario. Nos reunimos en el pickup que, como ya sabrán, estaba frente al puesto policial y nos dirigimos al susodicho balneario. Pagamos cada uno la entrada, muy barata, de $1.00 dólar. Buscamos parqueo, nos fuimos a cambiar para irnos a bañar. Estaba un poco lleno porque era domingo y los lugareños salen a pasear con sus respectivas familias. El lugar es grande y se presta para pasar un agradable domingo.

Nos bañábamos cuando Foliar se sube a una torrecilla de cemento que estaba casi al centro de la piscina. El Conejo me dice:

- Botémoslo entre los dos.

Y así comenzó un feroz combate por empujar a Foliar a la piscina. Pero, por más que lo intentamos, no logramos tumbarlo. Sin embargo, el Conejo, en

medio de la pelea, sufrió un pequeño accidente: se reventó el dedo pulgar del pie al intentar agarrarse de un lado de la torre. Nos miramos entre todos, y aunque no era para reírse, la situación era tan ridícula que no pudimos evitar soltar unas carcajadas. El Conejo, todo adolorido, no dejó de quejarse mientras nosotros, por supuesto, no parábamos de burlarnos.

Después, el Chele, Mandy y Peter me dicen que si quería jugar futbol.

Yo, por no defraudarlos, dije que sí, que fuéramos. La cancha estaba bastante grande. La corrimos durante una hora aproximadamente. Me fundí (me cansé). Qué mala condición física tenía en esa época. Luego regresamos a buscar a Foliar y a los demás. No los encontrábamos y ya era hora de comer. Después de dar vueltas y vueltas, no estaban en la piscina. Les dije:

— Vamos a ver si comemos algo porque yo tengo hambre.

Nos fuimos a un restaurante ahí mismo en el balneario y, ¿qué creen? Ahí estaban chupando (ingiriendo bebidas alcohólicas). Los tres ya llevaban varias cervezas. Cuando llegamos, medio hablamos de cómo nos había ido en el día, qué nos había parecido el lugar, en fin, tantas cosas nos dijimos:

— Veamos de a cómo está el menú y vemos si almorzamos.

No estaban muy altos los precios, $2.00 el plato. Me ofrecieron cerveza, pero como yo soy poco o nada para eso de la bebida, no la acepté.

Finalmente, nos fuimos a bañar un rato más. Se hacía tarde y, deseando descansar lo que quedaba del domingo, nos pusimos en marcha. Como siempre, de retro, la musiquita del carro, es decir, la lambada, y a azotar el vehículo se ha dicho y a volar las puteadas también. El Conejo nos mostró el premio que se había llevado del combate realizado para intentar botar a Foliar: se partió el dedo tanto que, luego de haber estado bien, le dieron un par de puntadas en el hospital al día siguiente.

En fin, quizá este fue el único día que me pude divertir bien, bien, durante toda mi carrera como vendedor ambulante. Como decimos: "Todos tenemos derecho a divertirnos sanamente".

Capitulo 15

Norberto, el Magnate de San Martín

Capítulo 15:

Norberto, el Magnate de San Martín

Norberto, mejor conocido como Norbit, Guicho 2 o el DJ, era un personaje pintoresco con una historia llena de altibajos. Con su 1.60 metros de estatura y tez blanca, Norberto se destacaba por sus memorias de tiempos mejores y su singular forma de ser. En su juventud, había sido a segun palabras de Foliar, dueño de una imprenta bastante fuerte como decimos aca y conocido como el Magnate de San Martín. Sin embargo, una mala elección de pareja lo llevó al fracaso, y perdió todo lo que con tanto esfuerzo había construido.

En aquellos días que anduvimos vendiendo juntos, Norbert no dejaba de hablar de su imprenta, de cuando fue DJ y cómo se hacía buen billete en cada trabajo. Pero había una historia que siempre le dolía contar: la del carro que Foliar le consiguió. Era una ganga, un auto de esos que no encuentras ni en los mejores sueños. Pero, por tonto, Norberto nunca lo compró. Y ese detalle, con el tiempo, se convirtió en la broma favorita entre ellos. Foliar no perdía oportunidad para restregárselo cada vez que podían.

A Norberto le gustaba trabajar en los pueblos. Si alguien le sugería trabajar en una colonia de San Salvador, prefería no hacerlo. Una vez, cuando Foliar no tenía ganas de salir, sugirió:

- ¿Y por qué no van a Quezalte?

A lo que el DJ respondió:

— No, yo no quiero ir, mejor me quedo aquí tranquilo, —dijo, como si ya se hubiera cansado de tanto movimiento.

Foliar insistió:

— No seas guevón, hacéle barra a Guayo.

Finalmente, Norbert se animó. Nos dirigimos al centro para abordar el bus, específicamente por el mercado conocido como La Tiendona, cerca de la terminal de oriente. Tomamos el autobús y nos fuimos directo a la zona de trabajo. Empezamos por una media colonia donde anteriormente había vendido bastante, pero como dicen, no todos los días son iguales. Comenzamos a trabajar y Norberto empezó a frustrarse porque no había vendido nada. Medio habíamos recorrido un sector de la calle de tierra cuando Norberto exclamó:

— Nombre, aquí ya no vendí. Busquemos tierra. La tierra huele a dinero.

Era como un mantra para él. Siempre buscaba ese lugar donde, de alguna manera, pudiera encontrar una oportunidad escondida. A lo largo de los años, aunque todo le hubiera fallado, Norberto siempre confiaba en su frase: la tierra huele a dinero. Al final del día, alrededor de la 1:00 de la tarde, yo había logrado

vender tres controles, no al mejor precio, pero vendí. Decidimos regresar, ya que nos sentíamos cansados, o mejor dicho, desanimados.

En una ocasión en Honduras, junto con el Conejo, encontraron unas tortugas. Pronto se dieron cuenta o más bien dicho todos nos dimos cuenta de que el excremento de las tortugas era extremadamente nauseabundo. El Conejo le dijo a Foliar:

— Guárdalas en la cabina para que no se las roben.

Foliar, harto del hedor, las tiró a la cama del pickup y les gritó:

— No jodan, cerotes. Después, ninguno va a querer limpiar el carro.

Nos fuimos a almorzar y hablamos del del y qué pensábamos hacer al regresar al país. Lo que siguió fue aún más cómico, al regresar al pickup, descubrimos que alguien había robado una de las tortugas para ser mas especificos la del Conejo. Este, furioso, culpó a Foliar:

— ¡Por tu culpa me robaron la tortuga! La mía era mejor, porque la de Norbit era de tierra y la mía era acuática.

Otra peculiaridad de Norberto era su costumbre de llevar un maletín, como si fuera un vendedor de cobijas de sabado. Se veía muy gracioso con ese maletín, pero siempre defendía su utilidad.

Norberto ha cambiado mucho desde aquellos días. Ahora, lucha y vive de su verdadera pasión: la imprenta. Es un hombre trabajador y dedicado, y aunque ha tenido que adaptarse y cambiar, sigue siendo el mismo Norberto en esencia. Ahora es alguien que se saca el bocado de la boca para dárselo a otro, un hombre que ha aprendido de sus errores y que se esfuerza por ser mejor cada día. Hoy, cuando lo veo, pienso que Norberto, o Guicho 2, como lo llaman algunos, es un claro ejemplo de cómo la vida puede cambiar de un momento a otro. Pero lo más importante es que, con determinación, esfuerzo y humildad, siempre se puede encontrar un camino de regreso. Norbit sigue siendo un hombre de trabajo, un hombre que ha aprendido a dar, incluso cuando no tiene, y que nunca olvida lo que fue para saber lo que es ahora.

Y a él le digo: Dios te bendiga, Norbit. Porque, a pesar de todo, has sabido sacar lo mejor de cada situación.

Capitulo 16

El Garrobo y Rabadilla de Cama

Capítulo 16:

El Garrobo y Rabadilla de Cama

"Dios los cría y ellos se juntan", dice el refrán, y vaya que no podría haber frase más acertada para describir a Cristian y Alexander. Uno era Rabadilla de Cama, Choco Vito, Pita, o como queramos llamarlo, y el otro era Villa, Garrobo, y algún que otro apodo que se le iba sumando con el paso del tiempo. Si hay algo que no se le puede negar a estos dos es que juntos eran una bomba de diversión, caos y, sobre todo, un ejemplo perfecto de cómo dos personajes tan diferentes pueden congeniar de una manera tan... especial.

Para que fueran a trabajar con nosotros, el Conejo prácticamente los rogaba a diario. Al menos eso veía cuando llegábamos temprano de vender y siempre los encontrábamos jugando con una consola de videojuegos, si no me equivoco era un Gamecube.

Siempre que salía el tema trabajar, decían "mañana, mañana", y ese mañana nunca llegaba. Me daba la impresión de que a lo mejor le debían dinero al Conejo, y creo que sí, porque a cada rato les cobraba. No sé si era una camisa o unos tacos de fútbol, pero algo le debían.

Finalmente, después de mucha insistencia, decidieron unirse a la tropa. El compromiso era ir dos veces a la semana a vender, y aunque al principio era una promesa, pronto se convirtió en una rutina. Pero Foliar siempre le soltaba algun comentario ácido, como cuando le decía al Garrobo:

— Los dos cerotes trabajan un día y descansan el mes.

El Garrobo tenía la costumbre de que, para desayunar, siempre le decía a Foliar:

— Préstame dos pesos, porfa men.

Y Foliar lo mandaba a la mierda. El Garrobo repetía la petición hasta parecer mendigo, y tanto era la insistencia que Foliar terminaba accediendo y le prestaba. Por lo regular, le pagaba con la venta, pero otras veces se hacía el loco y no le pagaba.

Una de las historias que más me hicieron reír, y que, en retrospectiva, me mostró la clase de tipos que eran, ocurrió cuando planificamos un viaje a Usulután. En esa ocasión, el Garrobo dejó escapar una de esas frases que solo él sabía decir:

— Si vamos a Usulután, yo voy a alquilar un cuarto para mí y la Pelona.

— ¿Qué se imaginan que tenía en mente el Garrobo?

En una de las tantas veces que Foliar lo insultaba, le dijo:

— Vos tenés la cara de un cerote que salió del culo del chucho de Tom Cruise.

A lo que el Garrobo respondió:

— Por lo menos del chucho de un famoso.

Y Otra vez, y esta fue una de las más graciosas, el Garrobo estaba llorando porque una chava no le reconocía la paternidad de su hija. Nos encontramos en una colonia en Apopa, en la Santa Teresa, y el tipo estaba destrozado. Yo, que soy de los que rara vez da consejos, le dije:

— Mirá, Garrobo, tranquilo, si la niña es tuya, las cosas se van a dar.

Uno de los momentos más memorables fue cuando viajamos hacia Aguilares. Allí, Foliar le hizo una de esas preguntas incomodísimas a Cristian:

— Mirá, compa, y usted ya le chupó el gallo(organo reproductor femenino) a su novia?

A lo que Rabadilla de Cama, un tanto apenado, respondió:

— No, yo respeto a mi novia.

Pero claro, Foliar no iba a dejarlo tranquilo y continuó:

— Chúpeselo, compa, si no, se la van a ganar.

Y luego vino una de esas historias épicas, junto con el Chele, se fueron a la frontera de La Hachadura. Se gastaron toda la ganancia de la venta de los controles y no hallaban cómo decirle a Foliar que se habían gastado todo. Lo que se les ocurrió fue ir a comprar controles al mercado y salir a venderlos. Se fueron a Ilobasco y se rebuscaron como nunca lo habían hecho. Vendieron toda la mercadería a buen precio. Lastimosamente, no era dinero de ellos, era de Foliar, pues debían pagarle. Pero al final del día, lograron reponer el dinero para saldar la deuda.

Sin duda, eran buenos vendedores, un tanto haraganes, pero buenos. Y por cierto, esa vez se quedaron sin cinco, prestando para pagar los pasajes a Foliar. Sin duda, este fue un día muy especial para ellos dos.

Otra ocasión en la que también estaban involucrados ellos dos fue en un viaje a Santa Ana. Que disque nos íbamos a hospedar donde unos familiares de Foliar.

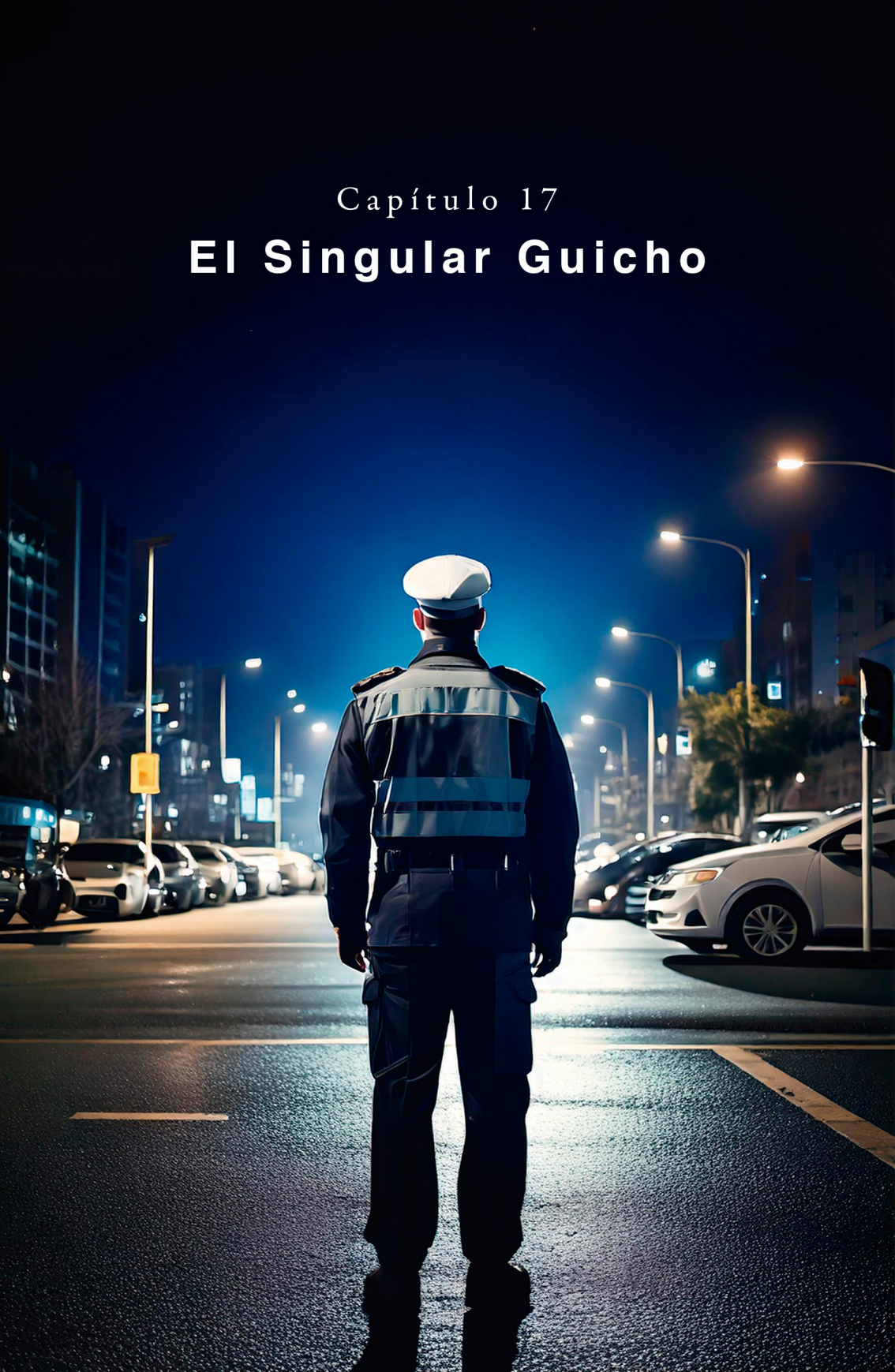
Ese fue otro de esos momentos que quedaron grabados en mi memoria, cuando viajamos a Santa Ana. El viaje comenzó como cualquier otro, con risas y bromas, pero al llegar al destino, Rabadilla de Cama y Garrobo decidieron que, en lugar de vender allí, preferían irse para la frontera de La Hachadura, que, por cierto, tiene familia en esa zona. Foliar se molestó porque la gasolina que había pagado no la iba a recuperar nunca, pero al final, con él, nos quedamos vendiendo en los alrededores de donde vivían los familiares. La venta, para ser sinceros, fue mala. La gente parecía de otra galaxia, como si vivieran en una de esas zonas residenciales de millonarios, lo que hizo todo aún más incómodo. Pero lo peor fue que, al final, Foliar terminó pagando el pato.

Y es que, aunque fueran algo haraganes, siempre encontraban una forma de salir adelante cada quien a su manera. Ellos dos, Rabadilla de Cama y Garrobo, son un par de personajes que, a pesar de sus peculiares costumbres y de ser un poco flojos para trabajar, siempre sacaban lo mejor de sí cuando se trataba de conseguir algo. En el fondo, eran buenos vendedores, y más aún, buenos amigos. Eso sí, a su propio ritmo, a su propia manera.

Y a pesar de todos los deslices y metidas de pata, su lealtad nunca estuvo en duda. Sin duda, un par de tipos con los que nunca te aburrías.

Capítulo 17

El Singular Guicho



Capítulo 17:

El Singular Guicho

Hay personas tan especiales que, con solo verlas, logran dibujarte una sonrisa en el rostro. No importa si es un día bueno o malo, su sola presencia tiene el poder de hacerte olvidar las preocupaciones, aunque sea por un momento. Y de esas personas, hay una que definitivamente se lleva el título de único. Ese es el buen Guicho, o como le decía su cuñado Foliar, "Muricio". Este célebre personaje de nuestra época se ha ganado varios apodos, y todos tienen algo en común: son un reflejo perfecto de su personalidad, o más bien de su desastre completo. "La Abuela", "Sky", "Hospital" son solo algunos de sus alias, pero ni él mismo sabe cuántos tiene. Lo cierto es que Guicho es un ser tan peculiar que es imposible no fijarse en él.

Es un tipo muy, pero muy especial. Está acompañado y creo, sin temor a equivocarme, que dijo que tenía dos hijos. No estoy seguro si eran de él, pero era un desastre completo. Su trabajo era de vigilante en el parqueo de Los Conacastes, y siempre le caían cachadas, pero al final todo le salía mal. Una vez, compró un teléfono Motorola muy bonito que le llegaron a pedir casi a punta de pistola. Él mide aproximadamente 1.60 m y es sumamente delgado. Parece que vive con dengue. La ropa le queda como cinco tallas más grandes, o no sé si así es su estilo de vestir, pero en conclusión, te ríes de él con solo verlo.

Nunca vendía cuando salía a vender. A lo mejor le había caído una maldición o se había metido con algún hombre. Foliar contaba que una vez allá por San Vicente, se lo estaba pisando (teniendo intimidad).

Cuenta que lo agarró con tanta fuerza en el carro y Guicho se le murió un rato. Como dicen, los muertos se entiesan. Añade Foliar que se le enjuto el culo y le aprisionó el miembro, tipo chucho pegado. ¡Qué historia más rara, pero en El Salvador, todo pasa!. Como parte del folclore de nuestro bello país, dicen que te quedas ciego o te sale una enfermedad llamada píspelo. Y lo peor de todo es que contaba que iba manejando y llevaba a Guicho muerto al frente de él, iba muy preocupado porque, ¿cómo le decía a su mujer que su hermano se había muerto en esas condiciones?

Dice que se estacionó ahí por el Parque El Recreo, por la carretera a San Martin, y sacó una toallita que untó con Siete Espíritus, un menjurje muy común en El Salvador. Y dice que a los minutos de alguna manera volvió a la vida, como si nada. logró revivir a Guicho. Cuenta que medio tosió y empezó a aflojar las nalgas y lo aventó a la cama del pickup. Así logró venirse.

Decía también que antes de eso lo paró la policía. Él les dijo que era hijo de él y que se le había dormido en las piernas. En fin, esto se cuenta del amigo Guicho, quien les debe a casi todos los vendedores que anduvimos en esa época. Pero ni modo, ¿qué se puede hacer? Como dicen en el medio: "Que Dios los bendiga". Hoy, Guicho jura que ahora es radiotécnico. Sí, ¡radiotécnico! Lo dice con tal seguridad, que casi cualquiera podría llegar a creerle.

A veces lo ves salir a vender con Foliar, o en ocasiones, recorriendo las colonias y pueblos de El Salvador.

Foliar me contó que ahora, Guicho vive en una de esas colonias del gobierno y ha tomado por la fuerza un terreno, y que lo acompaña, como siempre, Foliar. El tipo sigue buscando su lugar en el mundo, pero de una manera tan peculiar que hasta da risa. Foliar siempre decía que él tenía muchos cajones de televisor guardados, para, según él, "reservar su lugar". La vida de Guicho, como la de tantos otros, es un cuento que nunca termina, pero siempre tiene algo que te hace reír.

Pero bueno, Guicho es el tipo de persona que nunca puede escapar de las deudas. Como todos sabíamos, le debía a medio mundo, especialmente a esa vendedora que una vez le prestó mercadería. Y, como era de esperarse, no le pagaba. Un día, cuando molestábamos a la vendedora sobre el dinero que le debía, ella no aguantó más y gritó: "Cállense, que si no lo mato, es porque un favor le haría".

Por cierto Guicho aseguraba que era motorista de un camión que transportaba vendedores de minuta, y una vez, cuenta que volcó el camión y casi mata a todos los minuteros. Los pobres vendedores lo andaban buscando para cobrarle la deuda de una manera muy... salvadoreña, si es que me entienden. Pero nada de eso parecía afectar a Guicho.

Y a pesar de todo, Guicho sigue siendo parte de nuestra historia. Como decimos en El Salvador: "Que Dios los bendiga". Y si no es así, pues que al menos les dé fuerzas para seguir adelante, aunque sea de la forma más desastrosa posible.

Como decimos: "Nadie se va de este mundo sin pagar lo que hace".

Capitulo 18

Conociendo un nuevo país, Honduras

Capítulo 18:

Conociendo un nuevo país, Honduras

Muchas veces soñamos con conocer un país, por lo menos cerca del área donde vivimos. Foliar contaba que en Honduras se vendía bien, que antes iba seguido. Entonces, le pregunté:

- ¿Qué ondas? ¿Cuándo vamos a ir?

Fue tanta mi insistencia, como la de los demás compañeros, que tomó la decisión de hacer el viaje. En ese entonces, le salió un crédito de unas lámparas ahorradoras de energía, que por su costo, dudo mucho que te ahorraras algo. Pero como decimos aquí: "¿Quién va a hablar mal de su casa, aunque se esté cayendo?" Llevaba como siete cajas de lámparas.

Tenía fe en que íbamos a vender todo en Honduras.

Resulta que una temporada estuve alquilando casa, porque me habían echado de la mía y también deseaba independizarme. Por obvias razones, a Don Lito, que vive en San Martin, le quedaba muy lejos del punto de reunión. Para no perder mucho tiempo, debido a que son más de cinco horas de camino, él decidió ir a quedarse a mi casa. Pero llevó a otro chamaco, Benjamín (el Chele). La cuestión es que yo solo tenía una cama y era obvio que no se las iba a dar. Como para ese viaje ya formaba parte del equipo un miembro más, Neto (Charrito, Quasimodo, Igor, etc.), lo fuimos a insolentar con el Chele tipo once de la noche a su casa. Él vivía cerca de la casa de mi mamá y le comenzamos a tocar la puerta hasta que salió a atendernos. Nos dijo que lo interrumpimos porque estaba viendo una película.

Nosotros le dijimos:

— Mira, ya todos estamos en mi casa allá arriba. Llégate.

No creíamos que el Charrito fuera tan boludo (palabra de origen argentino) de llegar. Y va llegando tipo doce de la noche a mi casa. Solo estábamos nosotros dos y Don Lito, que por cierto se metió a un cuarto de la casa y se envolvió en cobijas. Parecía musulmán o superhéroe de cómics. Yo, por meterles miedo, les dije:

— Ahí salen sombras, no les vayan a hacer caso.

Por ser aficionado al rock, suponían que yo tenía pacto con el diablo. Al Charrito le dio hambre y me dice:
— No tenés nada de comer.

— Allá en el estante hay unas galletas.

Por cierto, ahí en esa parte de la casa había luz. Me dijo:

— Je… me da miedo.

Al escuchar lo de las sombras, Don Lito salió del cuarto y se fue a acostar a la par del Chele y del Charrito. Dijo con su típica voz pausada:

— Les voy a hacer compañía.

Tenía miedo, lo cual no quiso aceptar. A todo esto, ya era la una de la madrugada y debíamos levantarnos a eso de las tres y media. No dormí mucho porque estaba nervioso. Hacía mucho tiempo que no viajaba tan lejos y se llegó la hora de levantarnos.

Nos alistamos despacio para no agitarnos mucho. Como ya es sabido, el Conejo nunca está listo y, como siempre, no se había levantado. En esa época, no tenía TV y fue aburrido esperar a que se bañara y se alistara, sumado al calor infernal que hacía dentro de la casa, y eso que era de madrugada. En fin, ¿qué se podía hacer?

Si algo también me ha caracterizado, y al Conejo, es que llevamos mucho equipaje: yo llevaba dos maletas adicionales al bolsón en el que llevaba los controles. Llevaba tres pares de zapatos, siete camisas, tres shorts, nueve pares de calcetines, loción, desodorante, gelatina para el cabello, dos suéteres, cuatro pantalones. Y el Conejo llevaba más cosas que yo. Lo mejor del caso es que el viaje era de solo dos días y parecía que en avión íbamos a viajar. Ya listos, pasamos por el Horrible. En ese entonces, el Chele y él eran menores de edad. Según las leyes, no podés salir del país sin un permiso firmado por un notario y tus padres, pero eso no fue impedimento para que el Horrible no fuera con nosotros.

Salimos a la autopista a eso de las cuatro y media de la madrugada a esperar a Foliar, quien llegó tarde.

Nos acomodamos como pudimos, porque las cajas donde iban las lámparas ocupaban mucho espacio. Una vez listos, emprendimos el viaje. Como ya era costumbre, el Conejo y yo llevábamos un paquete de cigarrillos. ¿Cómo no fumar a las cinco y media de la mañana con el frío que hacía, contrario al del interior de la casa del Conejo? Como dicen, uno nunca está a gusto con el clima. El Conejo se había comprado una gorra que solo se la había visto en el Chavo del 8 o a los indígenas del Perú.

Cerca de la frontera de Honduras, estábamos cuando, sorpresa: el carro se quedó sin gasolina, pues Foliar supuso que con la mísera cantidad de combustible que le puso íbamos a llegar. Quizá pensó que era mágico el pickup. El Conejo y el Chele se ofrecieron para ir en busca de gasolina y perdimos una hora de viaje que aprovechamos para ir a buscar comida con el Horrible.

Encontramos una pequeña tienda a la orilla de la calle y, como es de esperarse cuando no se ven amenazados por otra tienda, es decir, que no hay competencia, todo lo venden al doble del precio. Pero el hambre es más voraz

que cualquier otro mal en el mundo y pagamos lo que pidieron. El Conejo regresó relativamente rápido y, al preguntarle cómo lo había hecho, respondió que había visto a un tío y que les había dado aventón.

En fin, se le puso gasolina al carro y emprendimos la marcha de nuevo. Antes de llegar a la frontera, se bajaron el Chele y el Horrible junto con Don Lito. Los dos primeros porque eran menores de edad y tenían que entrar a Honduras por un punto ciego, y Don Lito que quería pagar impuestos, los cuales, mal administrados, impiden que prosperemos.

Les tachamos la famosa leyenda "**Made in China**" a las lámparas, porque si no, teníamos que pagar una barbaridad de impuestos. Así aprovechamos el tratado de libre comercio, cuyo pago es simbólico. Nos detuvimos en una zona donde hay cambistas, de los que te cambian de dólar a lempira.

La tasa de cambio era de 18 lempiras por dólar. Cambié $20 dólares, era lo único que llevaba, y no sé cuánto cambiaron los demás. Luego de eso, pasamos por un peaje donde nos pararon los oficiales de la policía Hondureña, en el departamento de Ocotepeque. Finalmente, llegamos a Ocotepeque Centro, la cabecera. Honduras, un lugar muy pintoresco.

Los taxis son de color blanco y también son llamados colectivos, pues los usan diferentes personas a la vez.

Llegamos al hospedaje de carretera llamado El Gongolón. La mecánica de esos moteles es que vos te hospedas, sea cual sea la hora a la que llegas, y pagás en la noche. Son hospedajes con sistema de pago para vendedores ambulantes de todos los productos conocidos y por conocer.
Cuando llegás, rara vez tenés para pagar alojamiento. El Gongolón es básicamente una casa de dos niveles con aproximadamente diez habitaciones. Tres a cuatro son, por así decirlo, de lujo, y las demás, sencillas. Según el tipo de habitación, así es el precio.

Foliar, como siempre, de tacaño, dijo:

— Yo solo dormir quiero y no necesito la gran cosa.

Armamos los grupos sin tomar en cuenta al Charrito, que al final se quedó con Foliar, de lo cual no estaba muy contento. Nosotros, con el Conejo, dijimos:

— No… yo no quiero dormir en cualquier babosada.

Y comenzó una nueva discusión. Las habitaciones, la primera que nos mostraron, no cabíamos, en especial por la cantidad innecesaria de equipaje que llevábamos el Conejo y yo. Sumaban siete maletas y se nos metió en la cabeza que queríamos una habitación con TV y sistema de cable.

— ¿Para qué? Es mi pregunta ahora.

Si se supone que íbamos a trabajar y no a pasear, pero en su momento, esa era la decisión. — Queremos estar cómodos y ver televisión.

Al final, el Horrible se quedó conmigo y el Chele con el Conejo.

Encendimos la televisión y presentaban una película llamada Prisioneros de Guerra, y se fue la energía eléctrica.

— ¡Qué horror!

Pensé en ese momento y dije a viva voz:

— ¡Oh! ¿Y ahora quién podrá ayudarnos?

El Conejo, como siempre, contestó:

— ¡Yo…!

Tipo Chapulín Colorado. Comenzamos a reírnos por no llorar. Nos acomodamos y escuchamos a Foliar quejarse:

— ¡A la gran puta…! No vamos a vender.

— Vale verga, ni modo. ¿Qué vamos a hacer?

A todo esto, ya iba a ser mediodía y hacia algo de hambre. No habíamos vendido, pero hambre sí teníamos, pues tampoco desayunamos. Dijo Don Lito, adivinando el sentimiento popular:

— ¡Hey, vamos a buscar comida!

Salimos de la habitación. El Conejo y yo nos habíamos cambiado de ropa. Éramos cuidadosos con la apariencia personal y nos cambiamos de ropa de nuevo. Más tarde, salíamos del motel la tarrada de gente.

Es bonito Ocotepeque. La gente es buena en su mayoría. Llegamos al comedor y lo típico del lugar es el pollo empanizado acompañado con tajadas de plátano.

En El Salvador, por lo general, llegás a un comedor y ya está la comida preparada y a veces te sirven comida fría. En cambio, en Ocotepeque, en el momento que ordenás, te la preparan y comés comida caliente.

Yo fui muy cauteloso en cuanto a precios porque no llevaba mucho dinero y, en una de esas, si no vendíamos, no iba a tener para pagar la habitación. La cuenta me salió de 100 lempiras, el equivalente a $5.00 dólares. Para mi gusto, caro, pero la verdad, muy buena comida. Suerte que la mayoría nos medimos, pero el Horrible se gastó casi todo el dinero. Pidió de todo y le salieron 300 lempiras, es decir, $15.00 dólares.

Luego se puso a comprar golosinas, acabándose el dinero que le había prestado su papá.

Almorzamos y volvimos al Gongolón a dormir un rato para agarrar energías.

Por lógica, no teníamos motivos ni ganas para caminar en la calle y no había vuelto la energía eléctrica, por lo tanto, no había forma de que vendiéramos los controles y las lámparas. No había forma de probarlas. Nos dormimos unas tres horas. La energía eléctrica volvió tipo seis de la tarde y salimos a vender cerca del Gongolón. Teníamos que sacar para pagar la habitación y la próxima comida. Yo me sentía hasta nervioso porque ya empezaba a oscurecer y no sabía si iba a vender, puesto que nunca había salido a vender tan tarde.

Afortunadamente, no tuve que caminar mucho. Vi una casa que la estaban pintando dos hombres y me aventuré a ofrecerles lámparas, pero me dijeron que el gobierno les había donado focos. Me preguntaron por los controles.

— Hey, ¿y para la marca Phillips andas?

— Sí, ando el original a L150 lempiras.

— Huy, los anda caros, compa, pero dígame, ¿es pija de control, verdad?

— Claro, es el original que le saca todos los menús.

Al final, convencidos, pagaron y me sentí aliviado. Ya tenía para pagar la habitación y para la cena. Seguí caminando y vendí un poco más y me encontré con el Horrible. Él también había vendido un control y tenía también para cubrir sus gastos. Eran las siete de la noche cuando encontramos al Conejo, que también había logrado vender. Él quería seguir vendiendo. Se entretuvo en una casa casi una hora y al final no vendió. Con el Horrible, le dijimos que era hora de regresar al hotel.

— Va pues, contestó.

De regreso en el Gongolón, antes de salir, se llegó la hora de pagar la habitación. Afortunadamente, todos habíamos vendido y pudimos pagar.

Nos cambiamos de ropa de nuevo. Con el Conejo, parecíamos turistas. Nos diferenciábamos fácilmente del grupo porque ellos no llevaban yinas y no se veían cómodos. Esta era la tercera vez que nos cambiábamos de ropa.

Nos reunimos para ver a dónde íbamos a ir a cenar y decidimos ir al mismo lugar. Nosotros llegamos primero, luego llegó Don Lito, el Charrito y, finalmente, Foliar.

Cenamos y regresamos al hospedaje. Nos pusimos a platicar de cómo nos había ido. Sentíamos que íbamos bien para ser la primera vez en Honduras. Finalmente, los mayores se dirigieron a sus habitaciones y el Chele, el Horrible, el Conejo y yo nos fuimos a ver televisión. No recuerdo bien qué fue lo que vimos, pero de repente, se levanta el Conejo y grita de una manera que parecía que era de vida o muerte:

— ¡Chele! ¡Ayúdame! ¡Jálame el dedo! ¡Porfa, purate!

El Chele no le hacía caso.

— ¡Purate, Chele!

Claro, el Chele no le hacía caso porque ya sabía lo que quería hacer. Pero al final, viene el Chele y, dada la insistencia del Conejo, le jala el dedo y parecía que un pantalón se había roto. ¿A que no se imagina qué era?

Sí, un pedo se quería tirar el Conejo, pero quería darle un toque, por decirlo así, artístico, y me causó gracia realmente. Vimos un poco de televisión y finalmente nos dormimos.

Despertamos con nuevas fuerzas. Nos levantamos a eso de las seis de la mañana para alistarnos. Salimos a buscar una nueva ruta para trabajar y qué desayunar.

Compramos algo de comida y llegamos a un puesto que conocía Foliar, donde vendían lo típico de por allá, que llaman baleadas (consisten en una tortilla de harina de trigo sumamente delgada con frijoles fritos y queso rallado). Ese fue el desayuno y de ahí nos pusimos a trabajar en el sector de Ocotepeque. Dimos vueltas y vendimos algo y nos empezamos a alistar para regresar a El Salvador.

Nos cambiamos por novena vez, el Conejo y yo. Ya casi no nos quedaba mercadería.

A la hora de reunirnos para regresar, estábamos relajados porque llevábamos un dinerito. Era la mejor parte del viaje, pero para ser sincero, lo mejor fue la diversión y la emoción de conocer un nuevo país, y de ver cómo cada uno velaba por sus intereses.

Llegada la hora, nos acomodamos en el pickup y emprendimos la marcha. Como a eso de las tres de la tarde, pasamos por un lugar donde Foliar quería comprar bananas, que disque eran más baratas. Ahí vi soda de banana y coco, bebidas que no se ven en El Salvador. Me abstuve de comprar porque no quería gastar. Los demás sí compraron y, ¿saben?

Ninguno me invitó a probarlas. De nuevo, emprendimos la marcha. A una cuadra de la frontera, se bajaron nuevamente el Chele y el Horrible para cruzar por el punto ciego. Le entregaron el dinero a Foliar para que lo cambiara a dólares. Llegamos a la frontera. Nos pidieron nuestra identificación en migración.

Pasamos e hicimos una parada para cambiar el dinero con los típicos cambistas, que siempre te estafan dándote menos de lo que vale tu dinero, pero también ellos tienen que ganar. Luego cruzamos la frontera y esperamos a que llegaran el Chele y el Horrible. Llegaron sin problema y seguimos nuevamente nuestro viaje a casa. No nos poníamos de acuerdo en dónde hacer cuentas para pagarle a Foliar. Llegamos a Apopa, a una gasolinera, nos detuvimos y empezó un nuevo combate verbal. Resulta que Foliar quería que nosotros le pagáramos su pasaje. Él cobraba la gasolina sin tomarse en cuenta él, y eso no le pareció a nadie.

Como es de esperarse, nadie quiere pagar más cuando ya estás en casa.

Al final, cada uno le dio lo que le vino en gana y Foliar quedó como en el juego de los Angry Birds, triemputado, pero eso es algo que a nadie nos importaba.

El Conejo le reclamaba a Foliar:

— ¿Y siempre me vas a poner al mismo precio la mercadería?

Debido a que él le había conseguido un dinero, le responde:
— Pues sí, agarra la onda. Hay que pagar.

En fin, eso no le importó en lo más mínimo a Foliar y se la cobró al mismo precio.

Regresamos al parqueo. Sacamos nuestras maletas, nos despedimos y, como dicen: "Calabaza, calabaza, cada uno para su casa".

Los azares de la vida, de una u otra forma, debemos valorarlos porque, si no, probablemente no hubiera conocido ese país de la forma en la que lo conocí. Anteriormente lo visité, pero como ayudante de motorista en un camión de una distribuidora de botellas plásticas.

Pésima experiencia, en la que al tipo que era el motorista le daban el dinero de los viáticos para pagar alojamiento y él se lo quedaba.

Pero ese no es el punto. Fue en el viaje como vendedor donde conocí gente y cultura. Por muy cerca que estés de un país, siempre encontrarás diferencias. Recuerdos que vivirán siempre en tu mente. A esto yo le llamo aprendizaje.

Capitulo 19
Quezaltepeque más un mecánico

Capítulo 19:

Quezaltepeque más un mecánico

"Cada uno elige su destino y no porque alguien te diga que algo es bueno, lo es".

Resulta que un domingo, considerado un magnífico día para vender, no sé por qué, pero me había despertado a las 5:00 a.m. y me dije:

— Es paja, ya no me duermo, mejor le voy a cabrear la vida al Conejo. Y lo voy a ir a levantar para ayudarle un poco.

Así que me alisté y salí directo a la casa del Conejo. Como a eso de las 6:00 a.m., le estaba azotando la puerta al Conejo. Para ese entonces ya teníamos confianza y se levanta medio adormitado a abrir la puerta, y me pregunta:

— ¿Y qué horas son?

— Las 6, apúrate - le respondí.

— Me jodiste y yo no me voy a quedar con la espina.

El Conejo sale y se va a darle verga a la puerta de donde vivían Rabadilla de Cama y el Garrobo, hasta que los despertó. Después fuimos a despertar a un elemento recién ingresado al grupo: Picapiedra. Desconozco por qué le decían así. Un solo desvergue de levantados. Una vez todos estuvimos listos, salimos alrededor de las 7:20 a.m. Iba con nosotros un nuevo elemento, uno más de los engañados por el Conejo, otro más a la lista que le dijo que este era el negocio del siglo, que el producto se vende solo: El Mecánico. No recuerdo cómo se llamaba y que, como todos, quería tener un ingreso extra como hombre de familia, pero no sabía el detalle de que el Conejo aumenta sustancialmente la fantasía a la realidad.

Llegamos donde Foliar, la tropa de vendedores, y fue cuando Foliar dijo:

— ¿Cómo putas es que ya están aquí?

— Este Guayo que llegó a joder a buena mañana - añadió el Conejo.

— Craneemos la zona entonces - dijo Poliar.

— ¿Por qué no vamos a Quezalte?

Simplemente dije, al igual que el Conejo: "Yo donde quiera vendo" y nos pusimos en camino. Pasó como siempre por la gasolinera a echarle $5.00 dólares de gasolina y luego nos ordeñaba a la hora de cobrarnos pasaje. Nunca había visitado ese lugar, tenía mis dudas acerca de si iba a vender, pero como siempre, "a echarle ganas" dije en mis adentros. Ya para llegar, hicimos los

clásicos grupos para no toparnos y no quemar la zona. A mí me tocó con Picapiedra, él era un novato al igual que yo en esto del arte de vender en las calles. Nos bajamos bien arriba de donde iba a ser el punto de reunión y nos dice Poliar:

— En la policía nos reunimos.

— ¿A dónde decís, pendejo, si aquí yo no conozco, gran cerote?

Le dio risa y me dice:

— Nombre, maricón, toma un tuc-tuc y que te lleve.

— Cerote culero.

Me dirigí al Picapiedra diciéndole:

— Ni modo, a caminar se ha dicho.

Empezamos y me alegré porque eran pasajes medio urbanizados donde nos tocó a nosotros y empezamos a tocar puertas. En el primer pasaje vendí uno para un Sanyo Dinámico, que por cierto hasta me dieron un control de ribete que me sirvió durante mucho tiempo en mi casa. Dado que no lo pude vender, lo tomé para mi uso personal.

Tocamos cada puerta y casi en todos los pasajes, al menos yo vendí.

Picapiedra era medio inocente para la venta y como Foliar no le tenía mucha confianza, le dio poca merca y yo le quité varios clientes, pero le di su respectiva comisión. Es algo que me enseñó el Conejo y que yo ya lo sabía: "Hoy por ti, mañana por mí" y si no le daba su cachada me hubiera sentido mal porque, básicamente, el cliente era de él y pudo simplemente perderlo. A diferencia del compadre Charrito, quien no sabe lo que es la palabra compartir. Él es como un buitre, sobrevive buscando la oportunidad para lucrarse.

Se acercaban las 2:00 p.m. y a esa hora habíamos acordado reunirnos y le digo a Picapiedra:

— Tomemos un tuc-tuc y vámonos, ya no ando ganas de caminar.

— Va pues - me contestó.
No le gustaba mucho eso de andar vendiendo controles, y antes de subirnos al tuc-tuc, vendió un control más en un taller mecánico y se los vendió relativamente bien. Nos subimos al tuc-tuc y llegamos al punto de reunión. Ya estaban ahí casi todos y veo al Mecánico sentado y fumando, y yo le dije en voz alta:

— Puta… le fue bien, compadre.

Se me queda viendo con ojos de furia, parecía el Cadejo y más que él es bastante morenito, y me dice:

— Qué putas vos, no jodas, no vendí ni mierda y esto — me dijo mostrando el cigarro - es del pisto que traía. Este Conejo cerote me dio paja.

El Conejo se comienza a reír y le dice:

— Vos tuviste la culpa, no te rebuscaste.

Se le queda viendo más bravo todavía. Poco a poco fueron llegando el resto de los miembros del equipo. Por último, llegaron Foliar y el Horrible, quien siempre andaba con hambre y se gastaba todo el dinero en el mismo rato en el que lo gana. Fuimos a una tienda cercana y compramos la típica gaseosa, nos la vendieron bien cara.

A veces tenés que ser sincero y saber qué es lo que te gusta y no dejarte llevar por las malas influencias, aunque estas parezcan ser positivas. El Mecánico lo aprendió de la manera más difícil, gastando y sin obtener ganancia alguna. En conclusión, fue un día muy divertido. De ahí pagamos la gasolina y nos retiramos de la zona de trabajo para visitar nuevamente los puestos de carretera de las ventas de yuca frita. Seguido a ello, a pedir rai como siempre, y así una experiencia más como vendedor callejero finalizaba. Retornamos cada uno a sus respectivos hogares a hacer lo que tenían pendiente y a disfrutar lo que quedaba del domingo.

Capitulo 20

La isla, Jiquilisco y el motel + el Conejo con el canal venus

Capítulo 20:

La isla, Jiquilisco y el motel + el Conejo con el canal venus

En cada inicio de jornada laboral no tienes ni la menor idea de lo que te depara el día. En esta ocasión fuimos a Usulután a trabajar: el Norbit, el Chorizo, por supuesto Poliar, el infaltable Conejo y claro, su servidor.

Llegamos al Puerto El Triunfo, donde íbamos a armar los grupos de trabajo. Entonces el Conejo y yo decidimos:

— Nosotros nos vamos a la isla.

Y dice el Chorizo:

— Ah, pues me voy a ir con ellos, ándate vos Norbert con Foliar.

Viene Norbert y dice:

— No, Sr. Chorizo, yo me voy con el Conejo, ándate vos con Foliar.

Al Chorizo a fin de cuentas le daba lo mismo porque la idea es vender, como decimos trabajar, no andar paseando.

Nos despedimos y nosotros tomamos camino hacia el puerto para tomar la lancha que nos llevaría a lo que sería la zona de trabajo. Por cierto, Poliar había comprado un nuevo producto que Norbit y el Conejo lo denominaban "Lámparas de Paloma".

La isla quedaba a aproximadamente unos 25 minutos en lancha y cuando llegas y te ven la facha de que no eres lugareño, te piden el documento de identificación personal que aquí se conoce como DUI y debes dejarlo con la autoridad hasta tu regreso. Así emprendimos camino a ver si vendíamos ese día.

Lo curioso de que requirieran la identificación en la isla es que si robabas algo para escapar deberías tener un helicóptero o un avión para que te saque de allí, pues la tierra más cercana está a 25 minutos en lancha.

Nos pusimos a vender y en la primera casa que toco, cae el primer cliente. Se lo vendí barato porque disque él sabía cómo programar, era un jugador de billar. Seguimos caminando y vendiendo, al menos mi persona sí estaba vendiendo. Al Conejo esta vez no le había ido muy bien, pero de vender, había vendido. A diferencia de Norbert, que no había vendido absolutamente nada. Al parecer, una maldición había caído sobre él.

Se dieron las 2:00 p.m. aproximadamente y me dirigí a una tienda en donde había un chamaco que al parecer no había dejado las faldas de su mamá, que decidió comprarme un control, pero yo no tenía vuelto y decidí dejarle el control, para que no se arrepintiera, mientras conseguía para darle el vuelto.

Más tarde logré vender otro control y tenía el dinero para el vuelto, para cerrar la venta de la tienda. Cuando regresé a la tienda, el cipote ya se había echado para atrás. Su mamá había regresado y el joven le pregunta a la señora si lo compraba o no el control y ella, molesta, le dice:

— Gran cerote, para qué putas agarras mierdas si después no las vas a pagar, ahora págale al señor, tajo de cerote.

A regañadientes me lo pagó y yo feliz, pues vendía ya 6 controles, el Conejo vendió 4 más los focos y el Norbert en blanco.

En fin, tomamos camino a abordar la lancha que nos llevaría al Puerto El Triunfo. El Conejo y yo nos sentíamos felices de que habíamos sacado algo y Norbert medio ahuevado y, sobre todo, arrepentido de haberse venido a la dichosa isla. Por fin llegó la lancha. Llegamos al puerto donde estaba el pick-up, Poliar no había llegado y compramos agua porque hacía un calor infernal por el hecho de ser zona costera. A la hora que se apareció Poliar, comenzamos a putiarlo, en especial yo. Dice uno y dice dos:

— Gran cerote, tajo de culero, si querés no venís, tajo de pendejo.

— Hey, no me trates así, ¿por qué me putiás?

Me comienzo a reír y me dice:

— Vos hablando mierdas y aquí unos cabrones estaban jodiendo al Chorizo porque se llenó de caca el zapato.

Y Foliar disque lo había defendido. Sí, como no, sin duda no le creímos. Nos pusimos en ruta hacia Jiquilisco y llegamos aproximadamente a las 4:30 de la tarde. A esa hora empezamos a vender y el Norbert le metió con todo, pues no había vendido y había sido un viaje largo y no quería regresar sin vender.

Ahí nos paseamos aproximadamente hasta las 7:00 p.m., cuando ya nadie quería abrir sus puertas por obvias razones. Entonces decidimos ir a buscar dónde dormir, pero primero debíamos buscar la cena y fuimos a la extinta Despensa de Don Juan de Usulután y compramos un pollo rostizado. Invitamos a participar a Poliar, pero él se negó diciendo:

- Yo con 2 tamales, con tortilla, me lleno.

Lo ignoramos, al final, problema de él lo que se hartaba o no. Nosotros compramos gaseosa, el pollo, golosinas y hielo.

Después de un rato encontramos un auto hotel. Por acá es un lugar donde lo más común es que el salvadoreño promedio que posee un vehículo vaya a pasar un rato de placer extramatrimonial, porque este lugar tiene la ventaja de que podés entrar con tu vehículo y así está más seguro.

Llegamos cansadísimos. Más tarde, ya acomodados en el hospedaje, cenábamos cuando el Conejo pregunta:

— ¿Y a Foliar le vamos a dar pollo?

— Vos estás a verga, Conejo, ese cerote lo mucho que le podés dar es un vaso con soda.

- No, yo solo decía - replicó.

Una vez cenamos, procedimos a repartirnos en los cuartos, nos cambiamos de ropa para dormir y yo estaba viendo en la televisión el canal Animax. Y el Chorizo decide ir al cuarto donde dormirían el Conejo y Poliar… y regresa de prisa y misterioso contando bien emocionado que el Conejo se estaba jalando el riel viendo el canal Venus, un canal para adultos y nos invita:

- Vengan a ver.

Y yo le digo:

- Vos estás loco, ¿para qué quiero ver a ese pendejo haciendo eso? Mejor vení, dormite, cerote, y cerrá la puerta.

Norbit se quedó en una mecedora y terminó adolorido, yo me quedé en la cama, era grande, dormí bien cómodo. Por cierto, ahí me di cuenta de que sí existen las camas con forma de corazón. Y el Chorizo durmió en una plancha de cemento. Resulta que en ese entonces yo era medio loco para dormir y a eso de las 2 o 3 de la madrugada, muevo el pie y le doy una patada en la cabeza al Chorizo y este se estrelló contra la pared. Se levanta molesto y asustado y me pregunta:

- ¿Qué pasó?

Y le respondí:

- Dormite, cerote, deja de hacer bulla.

En ese momento, el Norbert se pasó a la cama porque ya no aguantaba la columna y cuando se medio descuidó, lo empujé y cayó al suelo con el brazo cruzado, pero estaba tan cansado que no se despertó y se quedó bien dormido. Tipo 6 de la mañana que nos levantamos, me interroga:

— ¿Qué hago aquí en el suelo?

— Parece que vos te caíste, pendejo.

— Yo me acosté… sí, me acuerdo de que me pasé a la cama y vos me empujaste.

— Jajaja, nombre, ¿vos me creés capaz de hacerte eso?

— ¡Sí, a vos te creo capaz de cualquier cosa, menos de algo bueno!

Adentrada la mañana, salimos del auto hotel a como dicen: “al todo o nada”

a unas colonias cercanas al centro de Usulután y logramos vender alguito. Seguido a eso, nos reunimos en el puesto de policía de Usulután y decidimos retornar a San Salvador. Guardamos la merca que nos había sobrado y tomamos camino, hicimos unos giros en carretera y terminamos en Zacatecoluca.

— ¿Cómo fue eso posible?

Ni idea, solo Foliar sabía dónde cruzar y así terminaba un día más de mi vida de controlero.

Vivir esas experiencias intercantonales o como se las quiera llamar, formaron gran parte de mi carácter y actitud por la vida, porque de esta forma aprendes a ser fuerte y a no lamentarte cuando hay un día malo. Porque díganme, ¿qué vendedor no ha tenido un día en que ni las moscas le salen?

Capitulo 21
La jarrilla

Capítulo 21:

La jarrilla

Cada ser humano tiene su manera de mostrar su forma de relajamiento. En cuanto a la jarrilla, así se le llama, valga la redundancia, a una jarra con cerveza, la cual disfrutábamos en un chupadero, cómo le decimos acá, llamado Viña del Mar, que de mar no tenía nada. El local contaba con 2 pantallas de televisión gigantes y una rocola de videos, que en cierta ocasión yo programé con cuatro de mis canciones favoritas, evidentemente rock, y no pasó ni la segunda canción cuando ya la estaban cambiando. Porque en ese sector el rock no atrae a los alcohólicos, es más, por esa música se fueron un par de clientes.

Así que me tocó ir a reclamar por qué habían quitado mi música si ya había pagado, a lo que me respondieron lógicamente lo anterior mencionado, pero me devolvieron mi dinero. Este negocio está ubicado, porque aún existe, a un costado del mercado Sagrado Corazón. Era más que todo frecuentado en sábado para romper con la tensión de la semana.

Ahí compartimos buenas pláticas, más que todo Poliar, el Conejo y yo, porque la demás gente no encajaba, porque al final de cuentas nosotros teníamos una perspectiva de la vida muy diferente a la de los demás.

Pensamos a futuro, por lo menos de no hacer lo mismo toda la vida, es decir, tener aspiraciones más elevadas que la de comprar un plato de comida al día. En fin, ahí se llevaban a cabo conversaciones filosóficas, con las que parecía que en una tarde resolvíamos todos los problemas que teníamos y al final el mundo seguía igual. En cierta ocasión estábamos ahí y desde la otra mesa se le quedaba viendo una chava al Conejo y él, cómo se las lleva de conquistador, le habla y le pregunta:

— ¿De dónde sos?

— Yo… soy… de… Panchimalco…

Y dibujé una gran sonrisa. Ganas no me faltaron para tirarme al suelo de la risa y se me queda viendo Poliar y me dice entre labios:

— Shhh… cállate, veamos qué hace este pendejo.

Y comienza su momento de chucho en celo y va de endulzarla y le dice:

— ¿A qué hora te vas a ir? ¿Tenés novio?

Las típicas preguntas que haces cuando quieres saber de aquella persona.

Al final creo que terminaron intercambiando números telefónicos.

Cuando retornó a su mesa la panchimalqueña y los tres estábamos juntos de nuevo, nos soltamos en risa con Foliar y dice Foliar:

— No es que definitivamente yo almiro a este Conejo cerote, es todo un conquistador.

— Definitivamente sos mi ídolo, Conejo, sos un crack.

Y seguimos riéndonos de él, no con él.

Otra cualidad que posee el Conejo es que no se enoja, bueno, al menos no muy seguido. Ese fue, por decirlo así, nuestro punto de relax de ese sábado.

No piensen que todos los fines de semana íbamos, porque también es de estúpidos beber todos los fines de semana. Era quizá el momento de ir cuando sientes la necesidad de desestresarte. Quizá fueron unas 4 o 5 veces en los 3 años de venta de controles. Además, allí te gastas todo el dinero y como me dijo Foliar una vez:

— Si mirás de la puerta para adentro de tu casa tenés una y mil necesidades que por gastar en alcohol no las sufragás.

Esta frase es algo que me sirvió de lección porque ahora que estoy casado, la prioridad es mi familia.

Capítulo 22

Transferencia de un pedo

Capítulo 22:

Transferencia de un pedo

Cada cabeza es un mundo y si usáramos nuestra creatividad para nuestro beneficio, el mundo sería diferente. Resulta que en una de las tantas veces que fuimos a vender un sábado, para ser preciso, como lo he mencionado anteriormente un día maravilloso para salir a ganarse el pan diario, no sabíamos a qué zona dirigirnos. Estábamos en el parqueo del Mercado Sagrado Corazón, porque quién sabe por qué la habíamos agarrado bien calmada. Quizá nadie quería ir a vender ese día, pero al final no sé quién dijo:

— Vamos a Nejapa.

Ciudad conocida porque ahí tienen la tradición de que sus lugareños tiran bolas de fuego en sus fiestas patronales. Llegamos ya un poco tarde, como a eso de la 1:00 p.m. Yo ese día había llegado a pensar que no íbamos a salir a trabajar, pero ya estábamos en Nejapa.

Arribamos a la zona primero vigiando las lugareñas, buscando las más guapas y como decimos, ver pero no tocar. Hicimos las famosas cuadrillas de trabajo y nos pusimos a tocar puertas. Me tocó hacer pareja ese día con el Peter, el Conejo con el Chele, y así sucesivamente los que íbamos. Por cierto, iba Mandy, el hermano de Peter, y comenzamos a caminar y a tocar puertas como de verdad se trabaja. En esa primera cuadra no vendí, pero sí le cayó un cliente al Peter, un sujeto de lo más timador que se puedan imaginar, de esos típicos jefes de hogar que todo lo saben y todo lo joden y que piensan que a uno de vendedor callejero le regalan la merca y, por lo tanto, uno debería regalárselas a ellos.

Pero en fin, él quería que le programaran el equipo de sonido, la televisión, el DVD, que para suerte eran de las marcas que el control reconocía perfectamente. Era un control mágico, funcionaba bien con casi todas las funciones, pero les hablaré de él más adelante.

A fin de cuentas, el Peter era baratero, le probó el control, le funcionó.

Yo le ayudé a programarlo, pero a veces la gente, por no comprar, le ve mil y un defectos cuando ya le decís el precio. Y el maistro se fue de espaldas, y va de estira y encoje, pero al final se lo vendió barato como siempre. Después que pasaron un par de horas, nos reunimos en el puesto de la policía, porque ahí estaba parqueado el pick-up y como pudimos nos acomodamos y emprendimos la retirada.

Justamente cuando ya casi salíamos de Nejapa, a todo pulmón gritamos:

— Nejapa Pawer.

De repente dice el Chele:

— Conejo, te voy a transferir un pedo.

Viene y se para el Conejo, así con cuidado para no caerse, y se ponen nalga con nalga y se oye como que unos pantalones se habían roto. Y dice el Conejo:

— Ya cayó la recarga.

Comenzamos a reír sin parar. Llegamos al centro y nos seguíamos riendo. Como dicen algunos, la risa es saludable y eso de la recarga viene de que acá ya no se compran tarjetas físicas para comprar minutos para llamadas o internet para celular. Sino que vas a una tienda y decís cuánto quieres comprar para que le acrediten de tiempo aire a tu teléfono.

Conocer nuevos sitios es interesante, aun en tu mismo país, pues hay tanto que desconocemos. Pero como dicen aquí, lo que más nos falta es el dinero.

Capítulo 23

El gordo y la colonia metropolis

Capítulo 23:

El gordo y la colonia metropolis

Todos somos diferentes, tanto física como intelectualmente hablando. Cada uno tiene su propia manera de ver la vida, sus propias costumbres y, sobre todo, su forma de hacer las cosas. Pero hubo un día que, por decirlo de alguna manera, fue muy divertido en muchos sentidos. Para ser sincero, no me acuerdo exactamente en qué mes o año fue, pero sí me acuerdo muy bien del acontecimiento que me hizo conocer a un personaje nuevo. Bueno, nuevo para mí, porque el tipo ya llevaba tiempo vendiendo, aunque él juraba que era el mejor vendedor de todos. Pero eso no le importaba a nadie, porque al final lo único que importaba era que uno vendiera, aunque fuera con lo que fuera.

Ese día llegamos temprano al parqueo de Los Conacastes, como siempre, a esperar a ver qué zona íbamos a elegir para comenzar a trabajar. El parqueo, como su nombre lo dice, es un lugar donde se estacionan los carros, pero para nosotros, era como el punto de encuentro, la base de operaciones.

El Gordo era, como su nombre lo indicaba, un tipo grandote, de esos que nunca pasan desapercibidos. Pero lo que más me llamó la atención de él, no era su tamaño, sino su forma de hablar. Para ser sincero, el tipo hablaba como si tuviera un montón de piedras en la boca. El Gordo, entre sus muchas particularidades, tenía una forma de hablar tan peculiar que, a veces, parecía que estaba hablando otro idioma. Era como un niño con deficiencia, de esos que aquí, en El Salvador, se les llama Down. Había algo en su manera de hablar que me hacía reír, y cuando lo escuchabas, no sabías si le entendías o no, pero igual le tenías que poner atención. Su frase favorita era:

— Eh!.. Goliat, eh!... Goliat.

El punto de coronación fue cuando decidimos ir a la colonia Metrópolis.

Llegamos a eso de las 10:00 a.m. y como llevábamos hambre, pasamos desayunando por un comedor de la zona. Cada uno pidió según su conveniencia. Desayunamos y luego armamos los grupos. Ese día me tocó hacer grupo con la Pelona, el Gordo y el Chele. Así fue el comienzo: los gritos del Gordo. Bueno, esa era su forma de vender porque rara vez tocaba las puertas. Sino que gritaba:

- Le contoles pal dividi, le llevo tonchiba, choni, fili.

Yo me empecé a reír tanto que, por un rato, me olvidé de que estaba trabajando. Me quedé atrás, siguiéndolo solo para escuchar cómo sacaba cada palabra. Y les juro, a veces parecía que estaba hablando en un idioma extraño, como si estuviera haciendo una mezcla de francés con alguna lengua indígena.

De vez en cuando, las personas lo miraban confundidas, y en otras ocasiones, simplemente no le abrían la puerta. Yo seguía detrás de él, con la excusa de "ver qué hace" y, la verdad, no paraba de reírme.

Pero claro, la realidad es que ya casi eran las 12 del mediodía, y aunque me había reído un montón, no había vendido ni un solo control. Fue entonces cuando me dije a mí mismo:

— Ya te reíste bastante y no haz vendido nada. Ponete en algo y a trabajar con todo.

Me puse a trabajar y me salí de la zona que consideré andaba la gente del grupo y me di a la tarea de tocar todas las puertas. Logré vender algunos y ya al rato me encuentro a la pelona, que había vendido la cantidad de ninguno. Decidió irse conmigo a seguir tocando puertas y logré vender más. Y la pelona seguía sin vender por más que me siguiera, si no tocaba puertas era obvio que no iba a vender, aunque camináramos el mismo sector. A ella le faltaba motivación, de nada le servía seguirme. Yo no iba a compartir mis ganancias con ella, ni esperaba que ella lo hiciera conmigo.

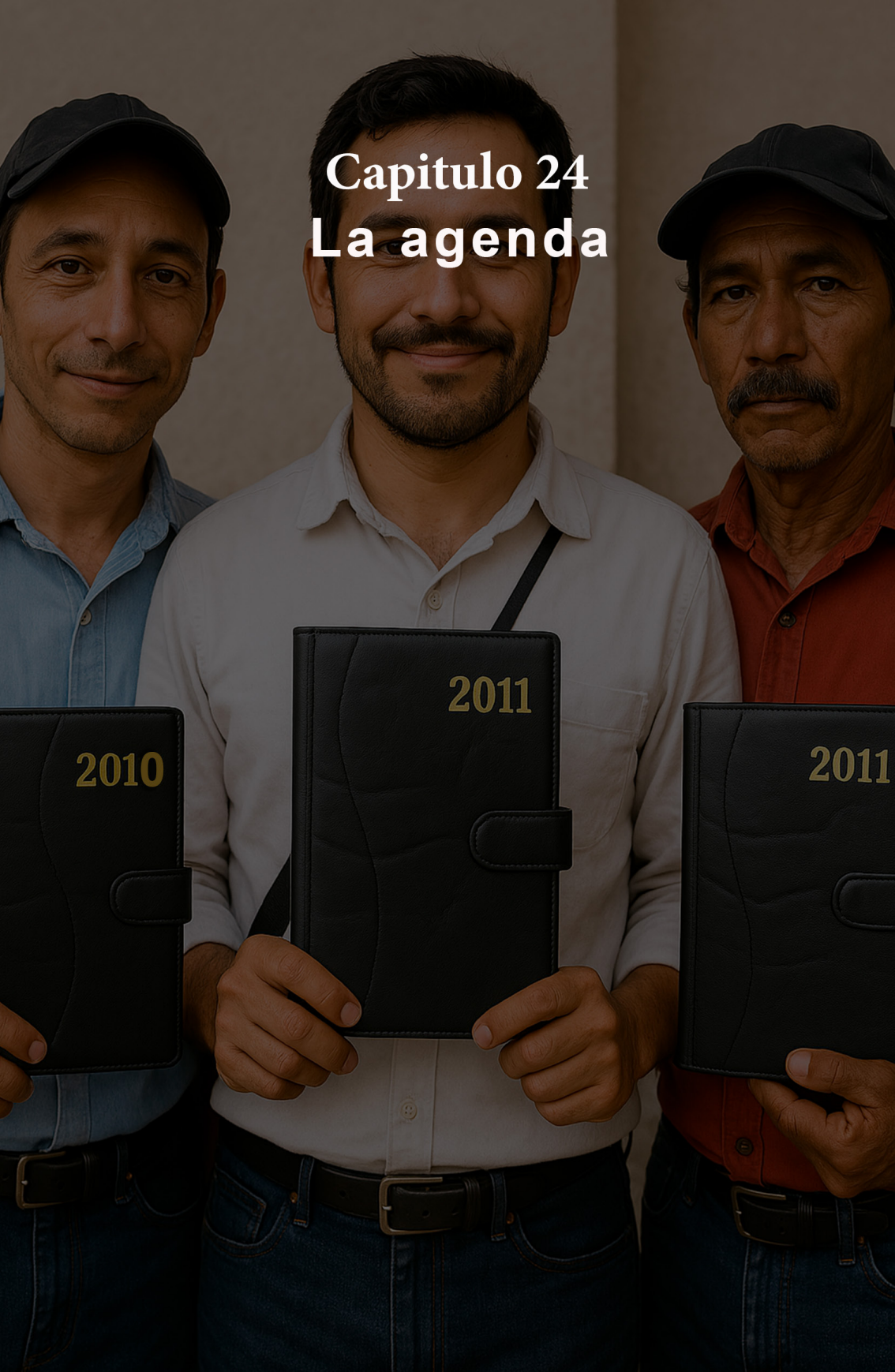
Cada uno salva su pellejo, dice el refrán. Finalmente, se llegó la hora de retirarnos y el Gordo fue el último en aparecer. A las 5:00 de la tarde, nos regresamos al parqueo de Los Conacastes, y nosotros va de hacer pedazos al Gordo por su manera de hablar. En esos días, Poliar ofreció premios para quien vendiera más controles, para motivar a la gente y el Gordo se ganó un celular usado que dio como premio Poliar.

Luego el Gordo se lo vendió al Garrobo, con lo que fue que el Garrobo tuvo problemas una vez en Cojutepeque, porque resulta que el Gordo había logrado convencer a unos clientes de que le compraran los controles bastante caros, pero solo llevaba uno y en lo que fue a buscar a Poliar para que le diera el otro, se cruzó el Garrobo y les ofreció más barato.

Y la señora, por no quedarle mal al Gordo, le dijo que le compraba el segundo, pero si se lo daba al precio que se lo había ofrecido el Garrobo.

El Gordo se molestó mucho, pero igual son de las 40,000 cosas que me valen verga.

Capitulo 24
La agenda



Capítulo 24:

La agenda

¿Qué podemos decir de este elemento tan importante en la vida de todo vendedor callejero? La agenda es como un tesoro invaluable, casi tan vital como los útiles escolares para un estudiante. Para nosotros, la agenda es más que un simple cuaderno; es una herramienta esencial que, en muchos casos, tiene más valor que una tarjeta de crédito. Yo la valoro así:

— La agenda dice que tenés una deuda, pero no dice cuándo la vas a pagar, je...

Cientos, quizá miles o millones de veces, como dicen en las pistas de Blue:

— Nuestra práctica y querida agenda.

En la agenda, Foliar anotaba todo: cuántos controles te había dado en consignación, los préstamos de baterías, los focos entregados para la venta, y muchas veces, ahí quedó plasmado cuántos le habían quedado debiendo la gasolina. Era el registro de nuestra vida laboral y nuestras deudas.

Registro de Deudas

Quienes más le quedaron debiendo fueron la Pelona, Peter, Mandy, Guicho, bueno, casi todos, hasta yo un par de veces y el Conejo también.

Pero de nuestra parte, era raro porque nos esforzábamos al mil por ciento para poder subsidiar nuestros gastos. Incluso yo participé anotando al Conejo o al mismo Foliar, cuando en un par de ocasiones le presté dinero. Aunque generalmente, nosotros le debíamos a ese maricón de Foliar. El Conejo también anotaba los préstamos a Foliar, pues varias veces este le prestó dinero y tardaba en pagarle. Jejejeje.

Evolución de la Agenda

Foliar utilizaba una agenda de aquel entonces, que creo que se la habían regalado, del año 2000. Posteriormente, en 2010, compró una de ese mismo año. Bueno, antes que él, yo había comprado la mía, y él, de envidioso, consiguió una de ese mismo año. Una vez que el Conejo le enseñó la agenda de Foliar, le dijo:

— No, Conejo, cerote, esa tu mierda no vale, porque no es de este año.
El Conejo le responde:

— Pero vos todavía me debés del año pasado.

— Ay, Dios, Conejo, eso quedó en el año pasado, la agenda ya venció y media vez pase el año, la agenda vence. Me hubieras cobrado el año pasado.

Lecciones y Risas

Me provocó risa porque el Conejo queriéndole cobrar a Foliar y él evadiendo el pagarle. Viéndolo detenidamente, la agenda llevada a diario es algo que todos deberíamos llevar y de esa forma no olvidaríamos nada.

Una vez, Foliar se confundió tanto con las anotaciones que casi me cobra doble por una consignación. Fue ahí donde me di cuenta de la importancia de llevar mi propia agenda con registros claros y precisos.

Desde entonces, siempre llevaba mi agenda, asegurándome de anotar cada detalle, cada préstamo, cada venta, para evitar malentendidos y asegurarme de que todos los números cuadraran.

Un Tesoro Personal

Como comentario adicional, parte de este escrito está en una de esas agendas que viajó conmigo. Es increíble cómo un objeto tan simple puede contener tanta historia y ser testigo de tantos momentos importantes. La agenda no solo guardaba nuestras deudas y ventas, sino también nuestras experiencias, nuestras risas y nuestras luchas diarias.

La Importancia de la Disciplina

La disciplina de anotar cada transacción, cada deuda, cada detalle, nos enseñó mucho sobre responsabilidad y organización. Aunque a veces nos reíamos de las deudas y los intentos de cobrarlas, sabíamos que la agenda era una herramienta esencial para mantenernos enfocados y organizados en nuestro trabajo.

Reflexión Final

La agenda es, sin duda, el corazón del vendedor callejero. Al final del día, aunque las deudas y los registros puedan causar risas y conflictos, la agenda nos mantiene unidos y nos ayuda a seguir adelante en nuestra lucha diaria por el sustento. Así, entre risas y deudas, seguimos adelante, con nuestras agendas como compañeras fieles en este viaje de ventas y vida callejera.

Capítulo 25

El tío Larry o el señor de la cocada

Capítulo 25:

El tío Larry o el señor de la cocada

Cada persona te enseña algo, algunas cosas buenas, otras no tanto. Esas lecciones de la vida suelen llegar en momentos inesperados, y a veces, ni te das cuenta de lo que estás aprendiendo hasta mucho después. En una de las tantas veces que fuimos a Chalatenango, recuerdo que no salía nadie a vender con Foliar, y yo, que ya no tenía dinero y no quería quedarme todo el día en mi casa, decidí acompañarlo un par de días. A decir verdad, no estoy seguro de si me querían mucho, o si ya era una carga para ellos, pero la cosa es que no me quedé en la casa. ¡Vaya forma de hacer las cosas, no! Y ahí fue donde conocí al Tío Larry.

El Tío Larry es, por decirlo en lenguaje salvadoreño, un coyote de esos que te venden todo lo que te puedas imaginar: controles, televisores, teléfonos, hasta chatarra. No le importa cómo lo hace, lo importante es que siempre tiene algo para vender y alguien dispuesto a comprarlo. Y lo más curioso es que tiene un par de taxis, los cuales no son precisamente de lujo, pero sirven para lo que necesitan. En uno de esos taxis, nos fuimos directito para Chalatenango. A veces pensaba que habíamos llegado más rápido que si hubiéramos viajado en el pick-up de Poliar, ¡y eso ya es decir mucho! Con el Tío Larry, todo parece más rápido, más directo, más... sin complicaciones.

Antes de llegar a Chalatenango, paramos en Aguilares para desayunar. Y es que en esos pueblos, las pupuseras siempre tienen algo especial, especialmente cuando ven a Foliar. Con esa relación tan "cordial" que tienen, cada vez que Foliar llega, lo reciben con un:

— Ya viene otra vez, viejo culero.

Él siempre con su ya común:

— ¿Qué dice, vieja mamona?

Luego de pedir el desayuno, porque íbamos lejos y para no almorzar, pedimos dos de cada uno. Y saben que el Tío Larry pidió cuchillo y tenedor para comer sus pupusas porque traía la ridícula pseudo cultura gringa, decía él. Yo creo que la pupusa es el único alimento que te lo puedes comer directamente con las manos. Y él decía:

— A mí no me gusta tocar la comida directamente con las manos.

Pues resulta que llegamos y empezamos a caminar en el propio centro de la Nueva Concepción, Chalatenango. Y después de un rato y vimos que nada, nos movilizamos aproximadamente a un kilómetro de ahí.

Otra peculiaridad del Tío Larry es que él los controles los andaba en una canasta de supermercado, y de entrada recogió una vara con la que parecía Moisés que había resucitado. Con la vara azotaba las puertas de los posibles

clientes que salían más que molestos, asustados por el alboroto en su puerta. Resulta que ya casi para irnos, me metí por un callejón junto con el Tío Larry y él tocó y nadie salió. Al rato, cuando yo pasé, me mira una señora y me dice:

— Mire, ¿usted no ha visto un señor que anda vendiendo cocada?

— No sé, descríbamelo - le dije.

Y me dio el perfil del Tío Larry y me comencé a reír. Lo llamé y se deja venir casi corriendo, y le dice el tío:

— ¿Controles quería?

— ¿A que no anda vendiendo cocada?

La señora se quedó como en shock, y el Tío, con una mirada de perro regañado, me dijo:

— ¿Y usted que no me pudo decir qué quería?

— Yo, entre risas, le respondí: Ella lo describió a usted y yo qué podía hacer. Yo pensé que oro tenía y quería venderlo.

Ja… esa ni yo me la creía. Ahí estába, inventando excusas y tratando de tapar el hecho de que ya sabía que la señora no quería ni controles ni mucho menos vender oro, y mucho menos comprarle algo al Tío Larry.

Ya para regresar a la capital, el viaje de vuelta fue rápido. El Tío Larry nos cobró una tarifa bastante justa por la gasolina, algo mucho más razonable en comparación con lo que el "maricón" de Poliar nos cobraba cuando íbamos en su pick-up. De vuelta en el parqueo de Los Conacastes, no pude evitar comentarle a Foliar:

— Aprende, cerote, no seas sangrón.

Me respondió:

— No compares, pendejo, él tiene, yo no.

Así se desarrolló un día más. “A uno cuando sale le puede pasar de todo”.

Capitulo 26

Aprendiendo a vender solo

Capítulo 26:

Aprendiendo a vender solo

Como todos saben, lo más difícil de ser vendedor es hacerlo SOLO, como decimos en buen salvadoreño: "Sin madrina". Porque cuando uno va empezando, lo que más se quiere es alguien que te dé la mano, te eche el hombro, que te guíe por el camino, por lo menos al principio. Pero la realidad es otra, y más si te toca enfrentarte al mundo solo, con tu mercadería y tu pura cara de "no sé qué estoy haciendo aquí". Ese fue el caso de mi primera vez en el departamento de Usulután, un viaje que me marcó para siempre. Yo estaba bien nervioso, es más, ese día no dejaba de pensar en todo lo que podía salir mal. Pero bueno, era parte del juego. En ese viaje, como siempre, fuimos el grupo de siempre: Guicho 2, el Conejo, Foliar, Lito, Guicho y este servidor. Éramos un equipo, pero al mismo tiempo cada uno tenía que bregar con su propia suerte. Llegamos al Puerto El Triunfo, y hasta ese punto todo bien. Nunca antes había viajado en lancha, y sinceramente, no sé qué me impresionaba más, si el agua o la lancha que parecía salida de una película de terror.

Era una lancha bastante básica, de esas que te hacen pensar dos veces antes de subirte. Pero bueno, ya estábamos ahí, y el Conejo, con su usual calma, nos dijo:

— Subámonos.

Nos subimos, y de ahí para El Jobal. Fueron como 30 minutos de viaje, pero para mí, esos 30 minutos parecieron una eternidad. En ese trayecto, me di cuenta de que la gente en esas lanchas llevaba de todo. Había de todo, desde bultos de arroz hasta mercancía más variada, como si estuviéramos en un mercado flotante. Las señoras de tienda llevaban sus mercaderías con la esperanza de vender algo, lo mismo que nosotros.

Ya cuando llegamos a la isla, empezamos a trabajar. Y debo confesar que al principio no fue fácil. La isla estaba llena de gente, pero la venta no fluía. Ya se estaban acercando las 3:00 p.m. y yo no había vendido ni un control. Así que le dije al Conejo, un tanto desesperado:

— Vámonos, Conejo, yo no he vendido nada.

El Conejo, por su parte, estaba tranquilo. Él ya había vendido algo. Y sorprendentemente, Guicho también había logrado vender. Ambos se veían relajados, como si no tuviera nada que ver la presión que yo sentía. Pero claro, el Conejo me miró y me dijo con su voz calmada:

— Démole, pues.

Lo malo era que no había lancha de regreso. Así que nos quedamos esperando un buen rato, y eso no ayudaba a mi desesperación. Ya había perdido la esperanza de vender algo, y encima, no había comido. Era tarde, me dolía la cabeza, el estómago

me rugía y el sol me había quemado bastante. El panorama no podía ser peor.

Cuando finalmente vimos la lancha que nos regresaría al puerto, ya me sentía agotado, sin ánimos de nada. Nos subimos, y mientras avanzábamos de regreso, yo pensaba en todo lo que había pasado. La cabeza me daba vueltas, y la rabia por no haber vendido nada me comía por dentro. Llegamos al puerto, y como era sábado, había un evento: una de esas mugres carreras de lanchas que se hacen por pura diversión. Ahí fue donde me sentí más derrotado, viendo cómo la gente se divertía, mientras yo solo quería salir de ahí.

Me quedé mirando la carrera, pero al mismo tiempo pensaba en mi situación. Solo tenía un dólar, y le debía al Conejo el transporte de la lancha. Me estaba hundiendo más y más en mi desesperación. Después de un rato, le dije:

— Démole, Conejo, yo no he vendido nada.

— Tranquilo, solo veamos quién gana la carrera y nos vamos a almorzar y de ahí seguimos.

Me sentí decepcionado, pero no dije nada más. Al rato le volví a repetir mi deseo y me responde:

— Tranquilo, Guayo, ya van a terminar la carrera.

Pero en ese momento, algo cambió dentro de mí. No sé si fue mi hambre, mi desesperación o simplemente el hecho de darme cuenta de que no podía quedarme esperando a que las cosas se solucionaran solas. Así que, decidí actuar. Sin pensarlo mucho, me subí a un bus para Jiquilisco, sin tener idea de a dónde me dirigía. Solo sabía que si no hacía algo por mí mismo, me iba a quedar estancado en ese ciclo de lamentaciones.

Pensé: Ellos ya vendieron, no les importa si yo vendo o no. El único que tiene que resolver esto soy yo. Y así, con esa mentalidad de que ya no había espacio para la "madrina" ni para excusas, me lancé solo al ruedo. Fue la lección más dura de mi vida: aprender a vender solo. Porque como decimos, la venta más difícil es la primera, y cuando uno la logra, el camino se hace menos cuesta arriba. Fue entonces cuando entendí que no podía seguir esperando que otros me guiaran, o que me solucionaran la vida. Cada quien tiene su propia batalla.

Nadie va a compartir sus ganancias, ni su tiempo, ni su esfuerzo. Solo te queda a ti salir a buscar lo que necesitas. Desde ese momento, ya no me importaba estar solo, lo unico que necesitaba era mi propio esfuerzo.

Capitulo 27

Aguilares y las Pupuseras

Capítulo 27:

Aguilares y las Pupuseras

Las mujeres de este país, como dicen por ahí, son como un buen café: tan diferentes unas de otras, pero todas con algo especial. Y, si hablamos de esas mujeres que son célebres en su propio derecho, hay un par que se nos quedaron grabadas en la memoria. Estoy hablando de las dueñas de la pupusería que quedaba en la carretera a Chalatenango, justo en el municipio de Aguilares. O quizás no eran dueñas, tal vez solo trabajaban ahí, pero esas mujeres tenían su propia forma de ser que no podías dejar de notar. Una de ellas, por ejemplo, tenía algo que los salvadoreños conocemos bien: un par de ojos torcidos, o mejor dicho, unos ojos virolos. Esos ojos que no miran de frente, sino que siempre andan buscando su propio camino. A veces parecía que no te estaba mirando a ti, sino a cualquier cosa que estuviera más allá. Y la otra, bueno, la otra lloraba de fea, por no decirlo de otra manera. Era una enanita, gordita, pero con una actitud que no pasaba desapercibida. Supongo que la comía tantas pupusas que hasta la vista se le nublaba.

Cada vez que íbamos a la rebusca diaria, ya sea a Chalatenango, Guazapa, Aguilares o algún otro lugar cerca de ese sector, siempre terminábamos desayunando en esa pupusería. Y déjenme decirles que no importaba cuán temprano llegáramos, siempre nos recibían con la misma calidez. Bueno, calidez es una forma de decirlo, porque lo primero que salía de sus bocas, a lo lejos, era algo como:

— ¡Viejo culero!

¿Buenos días? No, nada de eso. Nada más llegábamos y ya nos soltaban el saludo. Y Foliar, con su ya conocida actitud, les respondía con lo mismo:

— Vieja mamona, de la gran pisada que te dieron que hasta te voltearon los ojos.

Las pupusas que hacían estas mujeres eran de un tamaño descomunal, de esas que te llenaban con una o dos. Y lo mejor de todo, no eran caras. Claro, uno a veces pensaba: "¿Y por qué, si todo está barato, no me como un par más?", pero al final, ya saben cómo es la vida de vendedor, a veces no hay ni pa' la gasolina, mucho menos para meterse dos pupusas de una vez.

Bueno, entre otras cosas, eran un tanto soberbias, por eso es que por lo menos por mi parte no hablaba mucho, porque anteriormente había llegado a trabajar una señora de avanzada edad, que como ustedes sabrán, los viejos no son gente inútil, pero a veces les cuesta más entender órdenes. Así que yo vi que ellas la maltrataban, le decían que era tonta, lo digo en mis propias palabras, ellas la ultrajaron. Y cabal, vi que se le rodaron las lágrimas, porque me fui a lavar las manos que ya nos íbamos, la vi que estaba sentada llorando y ¿quién no cuando vos te estás esforzando, pero flaqueas en algunos aspectos de tu trabajo? Y bueno, si algo me enternece, porque yo soy duro de corazón, no me conmueve absolutamente nada, pero con las personas que son adultos mayores y que se

rebuscan para salir adelante. Intento ayudarles, ya sea comprándoles cosas que no necesito o a lo mejor sí, como también dándoles propina por su trabajo. Vine yo y sin pensarlo dos veces saqué $5.00 dólares de mi billetera y se los dejé.

No es que estuviera sobrado de dinero, porque la verdad es que en esos tiempos nadie está sobrado de nada, y mucho menos en este país donde el trabajo escasea. Pero esa señora, con su cansancio, con su dolor, lo necesitaba más que yo. Y la vi sonreír, un poquito, como si esos cinco dólares fueran el impulso que necesitaba para seguir adelante. Quizás solo necesitaba saber que alguien la había visto, que alguien entendía lo que estaba pasando.

Y es que, a veces, la vida te da lecciones en los momentos menos esperados. El ver a alguien que lucha por salir adelante, que no se rinde, aunque a veces se le noten las arrugas de la tristeza. En un país donde no se respeta a los adultos mayores, y donde la vida se les hace más difícil que para otros, esos pequeños gestos son los que marcan la diferencia. En este país, desafortunadamente, no se le da mucho valor a la tercera edad, ni en los trabajos ni en la sociedad. La señora de la pupusería, como tantos otros, probablemente no tenía muchas oportunidades laborales, y el poco dinero que ganaba no era ni suficiente para cubrir sus necesidades básicas.

Ojalá que con el tiempo le haya ido mejor, que la vida le haya dado algo de alivio, porque aquí, en El Salvador, lo más difícil no es tener dinero, es tener dignidad. Y si algo me enseñó este pequeño episodio es que, a veces, no necesitamos grandes gestos, sino simplemente reconocer el esfuerzo de los demás, valorar lo que hacen, aunque parezca tan poco. A veces, un pequeño gesto de solidaridad puede cambiarle el día a alguien, aunque no sea mucho, aunque no tengamos ni siquiera el suficiente para nosotros mismos.

Así que, sí, esas mujeres de la pupusería nos hacían reír con sus bromas y su manera tan peculiar de ser, pero también me dejaron una lección: la importancia de ser amables, de ser humanos. No sé qué será de ellas, pero espero que les haya ido bien. Como siempre, en este país, la vida te da de todo: risas, enseñanzas, pero sobre todo, la oportunidad de hacer algo bueno por los demás.

Y con eso, ya tenemos otro capítulo de esta historia.

Capitulo 28

El parqueo de los conacastes

Capítulo 28:

El Parqueo de Los Conacastes

Cada lugar tiene su particularidad, y si el parqueo de Los Conacastes hablara, contaría tantas historias, buenas y malas, sueños hechos realidad y sueños truncados. En fin, tantas cosas que uno pensaría que hasta paja pudieran ser, pero como dicen, la realidad supera la ficción muchas veces. Y solo cuando estás en medio de la acción, por así decirlo, te das cuenta de que todo era cierto.

Los Conacastes no era solo un parqueo cualquiera. Era un espacio que, en su momento, se convirtió en el centro de operaciones de los vendedores ambulantes, un lugar que congregaba a gente de todos lados, cada uno con su historia, su lucha y su sueño de ganarse la vida. En sus calles y en sus alrededores se tejían los destinos de los que, como yo, habíamos caído en esa vida de rebusque, sin importar cuán dura o caótica fuera.

Al lugar han llegado tantos vendedores, pero tantos, que es imposible mencionarlos a todos. Cada uno ha aportado su granito para en su momento convertir ese lugar en el cuartel de operaciones de los vendedores ambulantes y, dicho en otras palabras, en un completo circo.

Porque hubo momentos que se nos olvidaba a lo que habíamos llegado, comenzábamos a hablar de otras cosas que no venían ni al caso de la finalidad a la que habíamos llegado, que era planear la ruta para salir a vender. Fue en la mañana como muchas otras que, antes de irnos a trabajar, estábamos decidiendo cuando de repente me dice el Conejo:

— Cuando empiece a hablar Foliar lo ignoramos y empezamos a hablar de otra cosa, igual que la vez pasada.

— Vergón

— le respondí.

Al llegar Poliar dice:

— Hey, craneemos la zona.

El Conejo me dice:

— Fíjate que me ha salido un grano.

— ¿Y no has ido al médico? -le respondí.

Foliar hablaba y hablaba solo porque nadie le estaba prestando atención y se suelta Foliar:

-Bueno, hijos de puta, ¿con su culo estoy hablando, tajo de cerotes?
Y seguimos con la misma y me dice:

— ¿Creés que debo ir al doctor?

— Vale verga con ustedes dos hijos de puta.

A viva voz decimos en coro:

— ¿Decías algo, Foliaaar?

— Coman mierda, tajo de cerotes.

Nos pusimos a reír y le decimos:

— Hey, nombre Foliaar, deja de perder el tiempo, ponete serio y mejor craneemos la zona.

— Vale verga, no jodan -dijo.

Al fin de cuentas nos fuimos a trabajar.

Ahí decidíamos la ruta del día para ganarnos la vida. Otras veces allí se repartía la mercadería (controles y focos), pero en ocasiones era más que todo para discutir cosas ridículas como quién iría en la cabina del carro, quién iría a la orilla. Una mescolanza de cosas se llevaban a cabo en ese lugar. Era también otro lugar donde Poliar era muy querido y, sobre todo, respetado por los vigilantes del parqueo, que le decían:

— Qué ondas, gran cerote.

— Hey, qué pasó, Borbollón.

— No has pagado el parqueo, gran hijueputa.

— Niño, pague, si no me pagan a mí.

¿Qué podemos decir después de ese recital? Otra peculiaridad era que cambiaban de vigilante muy seguido, quizá porque es una zona considerada como de alto riesgo por la criminalidad.

Cosa que yo no puedo asegurar porque nunca me dijeron o me pidieron nada. Es más, en un par de ocasiones nos quedamos con el Conejo a vender ahí y tranquilos, nunca nos pasó nada.

En la actualidad han construido una pequeña caseta. Si no me equivoco, el que está de vigilante es el papá o padrastro de Elwidon, ahora bien cómodo, tiene muebles, televisor y otros enseres, los cuales no quitan el alto grado de posibilidad de morir en una balacera o en un robo a un vehículo. Bien por él.

Por cierto, contaba el Conejo a través de él, había conocido a Foliar.

Relata que el mismo Foliar le ofreció que si se quería salir de vigilante, que él le daba merca.

En ese entonces, Foliar era más timador todavía porque él ponía el precio de venta a los artículos y hacía el cálculo de cuánto iban a ganar de comisión.

Así termina este breve relato acerca de nuestro cuartel de operaciones.

Capítulo 29

Honduras y La Raspadita

Capítulo 29:

Honduras y la raspadita

Luego de pensar detenidamente si salíamos o no del país a rebuscarnos, decidimos ir nuevamente a ese lejano país como la vez anterior: Don Lito y el Chele se quedaron de nuevo en mi casa.

Nos levantamos temprano y fuimos en busca del Conejo. Esta vez sí estaba listo y, como era de suponer, el Conejo y yo llevábamos una buena cantidad innecesaria de ropa. En esta ocasión iba con nosotros:

La Abuela, un vendedor "de lo pior", como lo llamamos aquí. En el camino cometió su peor error, pues se le ocurre decirme:

— Me agarró calambre.

Yo ni lento ni perezoso, le comienzo a mover la rodilla acalambrada y comienza a gritar:

— Ah!… espérate, espérate, me duele.

Al final, eso fue lo de menos. Llegamos, como siempre, a Ocotepeque.

Allí nos detuvimos para comer y vender para llevar plata. Nos tomamos unas fotografías que no poseo porque las tomó Guicho con su celular, el que seguramente vendió.

Paramos a comer en uno de esos comedores de carretera, en donde el dueño era un disque español. El gallego le apodaban, según Don Lito.

Comimos y, por cierto, el lugar estaba lleno y no pudimos sentarnos juntos. Al final de la comida, discutimos hacia dónde íbamos a dirigirnos para vender más.

Foliar preguntó:

— ¿Por qué no vamos a Corquín?

Y no sé cómo que presentí algo malo y le respondí:

— Yo no voy, no me llama.

— Nombre cerote, vamos.

Otra frase que tenía él era: "Quien te llama no te engaña".
Y yo va de necear: no quiero ir, y no quiero, no quiero. Como anteriormente habíamos dicho que íbamos para Santa Rosa de Copán y, como una vez anterior, la venta había salido muy buena, yo insistía en ir allí. Pero el Conejo empieza a decir:

— Sí, hombre, vamos, Guayo.

Y Foliar agregó:

— Démosle una raspadita, así rápido, y de ahí nos vamos.

Al final, como siempre, moción popular gana y nos dirigimos para el dichoso Corquín. Llegamos, armamos los grupos de trabajo y comenzamos a caminar. Yo no vendí mucho por ese mal presentimiento.

Al final terminamos la zona y cuando todos nos reunimos en el punto acordado, lo primero que veo es que el carro no estaba en el lugar.

Entonces empecé a preocuparme porque me dije en mis adentros: algo está mal, algo pasó, pero traté de no darle mucha importancia. Ya reunidos, Foliar comienza a contarnos lo que había pasado:

— Es que el Conejo cerote me dijo que lo quería parquear y se fue a la esquina a chocar con un pick-up.

— ¿Cómo era el pick-up, maricón?

— No jodas, más nuevo que el mío.

— Mira, ¿y por qué no nos marchamos?

— Es que los policías me quitaron la tarjeta de circulación y sin ese documento no podemos sacar el vehículo del país, pues en la frontera te piden los documentos.

Más tarde llegaron los hondureños con los que el Conejo había chocado y veo que el pick-up solo tenía un rayón en las franjas que trae de fábrica. La verdad es que los tipos deseaban aprovecharse de que éramos extranjeros y que valíamos menos que los locales para sacarnos dinero.

Resultó que los dueños del pick-up eran de Copán y hacia allá nos dirigimos para solventar el problema. Como no cabíamos en el pick-up de Foliar, ellos nos dijeron que dos nos fuéramos con ellos en su vehículo. El Charrito y yo nos subimos con ellos. Yo quería saber de lo que había pasado, pero el Charrito comenzó a desnucar al Conejo, a lavarse las manos de lo que él no había hecho. Cosa que en realidad no venía al caso. Llegamos a Santa Rosa de Copán y buscamos alojamiento.
Nos quedamos en un hospedaje que se veía bastante bien y se bajaron del pick-up para asegurarse de que allí nos hospedaríamos. Nos quedamos en la cama con el Charrito. El hotel tenía parqueo y era fortuito porque así el vehículo quedaba más seguro. Foliar tiene la costumbre de hacer mil y una maniobras antes de estacionarse. Empieza como siempre a dar vuelta y no se decide a meterse en la cochera y recorre todo el parqueo del hotel para terminar justamente donde había empezado. Le dije al Charrito:

— ¿Querés ver que va a terminar aquí mismo?

Le dio risa y Foliar, tras dar la vuelta, termina justamente en el mismo punto donde había comenzado y nos comenzamos a reír:

— Viste, Charris, este Foliar sí es pendejooooooo…

— A la puta, si no te gusta, bájate, cerote. Yo maleado y vos jodiendo, ya la cagás.

Yo seguía riéndome ya que él le había incorporado un timbre o pito, le decimos aquí, que cantaba una canción. Creo que era La Lambada y cada vez que sonaba esa canción, comenzábamos a golpear el costado del carro.

A final de cuentas, entramos y nos dieron los cuartos. En uno quedamos seis y en el otro solo quedó Foliar y Don Lito. Descansamos 15 minutos y comenzamos a caminar como siempre. Nos dividimos en grupos y trabajamos prácticamente toda la tarde y ese día sí terminé cansadísimo porque sí trabajé y escalé unas casas para vender focos y un par de controles. Ese día ni disfruté la habitación porque siempre me quedo a ver televisión hasta tarde, pero ese día me acosté temprano y me dormí.

Al día siguiente, nuevamente a caminar. Desayunamos en un comedor de mala muerte, comimos baleadas y nos fuimos con Don Lito a caminar. Ese día arruiné un par de zapatos porque estaba cayendo la más espantosa tormenta que haya visto en mi vida y, como andábamos en una especie de colina de tierra y, obviamente, al contacto con el agua se volvió una trampa de lodo y paso que daba hasta el fondo. Me llené de lodo hasta las rodillas; lo bueno es que vendí algo, pero el precio que pagué fue muy alto. Hice prácticamente pedazos los zapatos y, de ribete, me perdí. Ya iban a ser las seis de la tarde. Yo perdido, con hambre, sucio y sin zapatos. Una terrible experiencia.

Al fin di con el nuevo lugar en donde nos habíamos hospedado. Más tarde fuimos a comer a un lugar bastante decente, comida muy buena, eso sí, muy cara también. Pero en fin, había que comer.

El lugar donde nos quedamos esa noche era tan horrible que ni me quiero acordar. La luz era un foco amarillo de 10 watts y nosotros siempre conversamos de la experiencia del día y el vigilante del hospedaje nos dice:

— Vaya, apaguen la luz.

Molestos contestamos:

— A la puta, es que este reflector mucho gasta.

Poliar nos advirtió:

— Cállense. Nos va a correr, vale verga.

Al día siguiente, como se imaginan, limpié mi ropa y zapatos. Correcto, con las

cobijas de la cama de ese mugre hospedaje. Después de eso emprendimos un día más. Este era el día de vencer o morir.

Armamos los grupos, esa vez La Abuela, Foliar y yo. Fuimos a un lugar bastante lejos, el bus nos dejó en la entrada de una colonia y ahí tenías que esperar rai, que ni era gratis casi, y debías casi ir abrazado con otros para no caerte. La lluvia, siempre fiel acompañante, nos siguió todo el camino hasta que llegamos a la zona.

Nos dividimos a modo de perdernos de vista. Yo estaba un poco nervioso, nunca había trabajado en esas condiciones, pero en fin, ya estaba en el lugar y tenía que intentar vender.

Recorrí casi toda la zona y no vendí mucho, pero para suerte, una señora ya de edad de una tienda me agarró casi todos los focos que llevaba.

Se los di baratos porque de hacer una sola venta, era mejor plan que andarlos en el bolsón, mojándolos no era buena idea. Seguí caminando un tanto desmotivado y me encontré con Guicho y nos comimos un pan dulce con la típica gaseosa cada uno.

Trabajamos un rato más y como a cada rato se venía el aguacero, teníamos que refugiarnos. Y como teníamos hora para reunirnos, le dije a La Abuela:

— Vámonos, aquí ya por gusto.

— Démole, pues.

Como pudimos, salimos de ese medio pueblo y llegamos al corazón de Santa Rosa de Copán. Intentamos vender en las medias residenciales que hay allí, pero no vendimos mucho. Más la apariencia, no compraron nada. A todo eso, yo ya estaba desmotivado, era sábado y quería irme a mi casa.

A eso de las dos de la tarde, nos encontramos con Foliar, que no traía nada. Le había ido súper bien, había vendido toda la merca que llevaba, así nos dispusimos regresar. El Conejo recién había salido a vender para recuperar algo de lo que tenía que pagar y resultó que el padrastro le prestó $500.00 dólares con lo que finalmente se les pagó al par de hondureños que estaban jodiendo por el arañazo.

La versión que circuló en El Salvador sobre el accidente era que nosotros estábamos presos en Honduras y que si el Conejo no pagaba, no nos liberaban. Al ser preguntado, el Conejo me respondió:

— Pues si no miento, ¿cómo putas me iban a prestar el billete?

Nos pusimos en camino, ya era tarde. Ingresamos al país como a eso de las 5 y fracción de la tarde. Llegamos a Ciudad Delgado para hacer cuentas y pagar los controles y la gasolina.

Pensé que iba a salir jodido, pero al final me quedaron como $60.00, y el

Conejo nada traía. Dio lástima porque solo pagar le tocó, ni modo, los errores se pagan caro.

Ese día fue malo para el Conejo, pero eso supongo que le enseñó de la manera dura que no tiene que andar prestando carro. Cara le salió esta lección, pero ni modo, así son las cosas. Llegué a mi casa como a eso de las 9:00 de la noche, cansado, pero así toca en todo viaje. Esta fue la última vez que salí a trabajar, al menos yo, a Honduras, porque eso de ir en bus nunca me animé, a pesar de que Don Lito va a cada rato. En las ocasiones que nos hemos visto, me dice que vayamos, pero no, no lo haría. Y como lo mencioné, ellos le tienen mucha fe al hermano país de Honduras.

Capítulo 30

Les prometí llevarlos a la playa

Capítulo 30:

Les prometí llevarlos a la playa

Como dicen, "de tanto va el cántaro al río que se quiebra." Después de semanas insistiendo, casi rogando, que queríamos ir a la playa a bañarnos, más no a trabajar, por fin, Foliar accedió.

— Va pues, tajo de cerotes, mañana vamos al puerto.

Dicho y hecho. Al día siguiente, como si fuéramos niños emocionados por un paseo escolar, nos subimos al carro rumbo al mentado Puerto de Acajutla. El calor infernal de la zona costera nos dio la bienvenida. Sabíamos que no íbamos a descansar, pero al menos un cambio de aires no caería mal.

La dinámica era la misma que en cualquier otra zona: había que distribuir la zona de venta para no toparnos todos en el mismo lugar, y así no competir entre nosotros. Ese día éramos cinco: Norbert, el Conejo, el Chorizo, Foliar y yo, cada uno con su estilo y personalidad. La estrategia era sencilla: cada quien a sus peñascos y cada quien a lo suyo. Pero, a diferencia de otros días, había algo en el aire. Tal vez era la promesa de un día diferente, o tal vez el hecho de que todos, en el fondo, queríamos un respiro.

Recuerdo que, en un viaje anterior a esa misma zona, me había ido mal. No había vendido casi nada, así que no le tenía mucha fe a ese lugar. Sin embargo, lo que no podía permitir era quedarme sin ganas. No podía dejar que los malos días me frenaran. Estaba solo, sin más que mis ganas de vender y sobrevivir. No vender significaba no comer, y no comer era una sentencia que no estaba dispuesto a aceptar.

Decidí irme a un sector cerca de unos peñascos en las afueras del puerto. Un lugar que, sinceramente, no tenía mucha fe. La verdad, no pensé que fuera a ver la mía. Pero me dije: "Si no intento, no sabré." Y algo dejé, aunque no mucho. Casi ocho horas caminando bajo el sol, sin comer, con el estómago vacío. A eso se le sumaban los malditos zancudos que no me dejaban en paz. No tenía ni bloqueador ni repelente, y era carne fresca para esos desgraciados. Estaba agotado. Al final de la jornada, me sentía derrotado, no solo por la venta que no llegó, sino por el cansancio y la frustración acumulada.

Cuando llegué al punto de encuentro, el pick-up, no había nadie. Ya había anochecido y, sinceramente, me sentía más solo que nunca. La decepción se había convertido en una constante, pero aún así no podía quedarme allí tirado en el suelo. Con suerte, pude conseguir una recarga para mi teléfono y llamé a Foliar.

— ¿Dónde estás, pendejo?

— Tranquilo, Guayo, no me grites, mejor venite, aquí estoy por el muelle.

— ¿A dónde, pendejo?

— Venite, estoy en el tercer chupadero.

— Vergón, ya llego por ahí.

No tenía idea de dónde estaba, pero más que por curiosidad, me moví porque ya no quería estar solo. Cuando llegué, Foliar ya llevaba como cuatro cervezas encima, y me soltó una sonrisa, como si nada. Le grité casi en su cara:

— ¡Culero, para hartazón no me das, pero guaro sí me ofrecés!

De la cólera me eché un par con él. Jajaja, ¿brillante no? Claro, él me las invitó porque yo el poco dinerito que había acuñado era para mi comida del día o semana a veces.

Lo curioso es que ahí, en ese muelle, empezó una conversación más profunda. Comenzamos a hablar de todo lo que habíamos pasado. Entre risas y algo de tristeza, compartimos historias de nuestras victorias y fracasos. Lo que realmente estábamos haciendo era, en parte, una terapia colectiva. Todos los vendedores callejeros, por más diferentes que fuéramos, compartíamos una historia común: la lucha diaria. Cada uno, a su manera, sobrellevaba los golpes de la vida.

La dura situación que nos acompañaba diariamente, tanto así que se dieron las 7:00 p.m. y nosotros hablando y dándonos las gracias por estar acompañándonos en esta dura labor de ser vendedor callejero.

Tanto así que parecía una escena de cuando te vas a ir para los Estados Unidos, vía coyote. Seguimos hablando de todos los vendedores que nos habían acompañado y que ya no estaban con nosotros, por una u otra razón. Y como en cambio nosotros seguíamos, en contra viento y marea, vendiendo y saliendo adelante.

En esos días, yo me preparaba para mi examen de admisión a la Universidad Nacional y les comentaba que tenía muchas ganas de estudiar para ser profesional y ya no hacer esto de manera permanente, sino que de forma ocasional.

Foliar me decía que le echara ganas, que yo estaba joven y tenía muchas oportunidades de superarme. En cambio, yo decía ya estoy viejo y ya no aprendo nada. Y como decimos allá, después de un buen rato, me suena el celular y Foliar pregunta:

— ¿Quién será?

¿Quién creen que era? Correcto, era el Conejo y compañía que ya tenían ratos de estar en el carro esperando a que llegáramos y me dice:

— ¿Qué ondas, Guayo, le damos?

— Démole, ya es tarde y quiero descansar.

Pagó las cervezas Foliar y nos dirigimos al carro. Una luna muy hermosa iluminaba el muelle que se veía muy bien. Algo que nos caracteriza a todos en el país es que a veces no encontramos belleza en las cosas pequeñas.

Cuando llegamos al carro, el Conejo y Norbert traían unas bolsas gigantescas de pescado fresco. Parecían traer más comida que para un batallón. Yo, sinceramente, no soy fan de los mariscos. De hecho, me dan alergia. Pero verlos ahí, tan felices, con su captura del día, me hizo sonreír. Aunque no comiera ni un solo pez, la escena era como una metáfora de lo que siempre habíamos buscado: sobrevivir. Aunque fuera con pescado, lo que importaba era que habíamos logrado algo.

Esa noche, mientras me recostaba en la cama del pick-up, con el cansancio de un día de trabajo mal recompensado, pensaba en lo que vendría. Pensaba en una vida mejor. No quería seguir viviendo en esa incertidumbre, sin saber si tendría comida o no. Queríamos más. Lo necesitábamos. No podía seguir pasando hambre, como me había pasado esa semana, en la que ni siquiera pude comprarme un pedazo de pan.

En fin, esa noche terminaba como muchas otras: con hambre, con sueños de un futuro mejor y con la esperanza de que algún día las cosas cambiarían. Algunos dicen que es complicado, pero no imposible. Al final del día, el sol se pone para todos, pero lo importante es levantarse otra vez al día siguiente.

Cuando llegamos a Soyapango, ya era tarde. Le pedimos a Foliar que nos dejara cerca de la entrada de la colonia, porque el transporte ya no pasaba a esa hora. Le dimos dos dólares más, y nos llevó. Al llegar a casa, me moría de hambre, pero no tenía ganas de cocinar. Así que compré tres pupusas y una soda, que fueron mi cena. Después de eso, me tiré a ver una película. Así terminó un día más como vendedor callejero: entre risas, frustraciones, cerveza, sueños rotos y la esperanza intacta de que algún día las cosas cambiarían.

Capítulo 31

Mi primera navidad como vendedor ambulante

Capítulo 31:

Mi primera navidad como vendedor ambulante

Resulta que para un 24 de diciembre, esa fecha tan especial aquí en El Salvador como en el resto del mundo, decidimos reunirnos temprano, a las 9:00 a.m. de la mañana. Ya estaban presentes Don Lito, el Charrito, el Chele, Edwin (Elwidon, la niña de gorra, y otros apodos por los cuales lo conocíamos), que es sobrino político de Foliar, pues es sobrino de su esposa. Luego, el Conejo llegó a última hora, y, como siempre, no podía faltar mi inigualable persona, yo, el narrador de esta historia.

La primera tarea, como no podía ser de otra manera, fue decidir qué ruta tomaríamos para trabajar. Todos sabíamos que el 24 de diciembre era un día complicado, no tanto por la venta, sino porque cada uno tenía sus responsabilidades familiares. Teníamos que ayudar a preparar la cena, hacer las compras de último minuto, y en muchos casos, simplemente pasar el día con los nuestros. Aquí, en el país, tradicionalmente comemos panes rellenos con pollo, ensalada de repollo con su salsa, y otros platillos típicos que nos hacen sentir que la Navidad llegó de verdad. Pero en ese momento, lo que nos importaba era seguir vendiendo, como siempre, para poder cumplir con nuestras obligaciones.

Después de un rato de discusión, y viendo que nadie se decidía por dónde ir, alguien mencionó un lugar que, al principio, no sonaba tan atractivo, pero todos aceptaron rápidamente: Valle Verde, en Apopa. Un lugar que quedaba relativamente cerca del centro y donde, en teoría, podríamos hacer el trabajo rápido, porque todos teníamos que comprar lo que faltaba en casa. Fue un acuerdo unánime: trabajaríamos hasta las 2:00 p.m. y luego nos iríamos.

Yo, sinceramente, tenía mis dudas. Apopa era conocida por ser una zona peligrosa, llena de vagos y problemas, y aunque había trabajado allí antes, nunca me había sentido 100% cómodo. Pero, como siempre, la mayoría manda, y como buen soldado, me resigné. "Que sabemos a qué horas salimos, pero no sabemos si volveremos", me dije, aunque con algo de humor negro para quitarme el miedo. Al final, tomamos rumbo hacia Apopa.

Al llegar, Foliar, como siempre, estacionó el pick-up frente al puesto policial. El sitio parecía tranquilo, o al menos lo suficiente como para hacer el trabajo sin mayores complicaciones. Repartimos la merca, y como de costumbre, nos dividimos en grupos para cubrir más terreno. En esta ocasión, me tocó hacer pareja con el Charrito y Don Lito, dos veteranos de la venta callejera, dos personajes que ya conocía de sobra y con los que había aprendido muchas lecciones a lo largo de los años.

Nos fuimos al bloque del lado izquierdo y entramos al primer pasaje a tocar puertas. Al principio, no me fue tan mal. Logré vender un foco, algo básico, pero ya era algo. Sin embargo, de repente, perdí de vista al Charrito y a Don Lito. No supe qué pasó, pero me dije: "Vaya, estos cabrones ya se comieron la zona, ni modo, a seguir vendiendo." Así que me adelanté dos pasajes para no quedarme esperando y no perder tiempo. Me metí al

siguiente pasaje, y para mi sorpresa, ese fue un buen pasaje. Vendí más de lo que esperaba, incluso un par de controles, uno para un televisor de marca extraña, que compró un tipo medio bolo. El bolo compró el control porque la mujer le había dado un ultimátum: si no le compraba el control, no lo dejaba entrar a la casa. Así que, en un gesto de sumisión, el tipo compró el control sin chistar, aunque estaba "bien a pija", como solemos decir por aquí.

Luego vendí otro control para un televisor Panasonic, y al salir del pasaje, me encontré con el Charrito y Don Lito. Les pregunté qué pasó, y ellos, como si nada, me dijeron que se habían adelantado para que yo pudiera vender más tranquilo.

— Jajaja, sí, son pajeros.

Seguimos en el siguiente pasaje, pero esa vez no vendimos nada. Aunque Don Lito ya había vendido, y me dijo, con su característico tono relajado:

— Hagámosla para tomar soda.

— Va pues.

El Charrito, como siempre, mostró su lado tacaño. Ese tipo nunca compartía, a menos que fuera con su novia, con quien en ese entonces se las ingeniaba para que le quitara todo lo que ganaba. Jejeje. En fin, Don Lito, generoso como siempre, pagó la parte de Charrito y nos sentamos a descansar.

Ya eran las 12:00 p.m. y comenzaba a sentirse la incomodidad en el ambiente. Algunos ya estaban pensando en irse porque sabían que tenían cosas que hacer en casa, y el tiempo se les estaba agotando. Pero yo, que había vendido bien, les respondí:

— ¿De qué les sirve salir corriendo si no han vendido nada?

Yo estaba feliz porque ya a las 11:15 a.m. había vendido más de lo que pensaba, y tenía la esperanza de que la jornada mejoraría aún más. Después de tomar la soda, me sentí con más fuerzas para seguir vendiendo.

Pensé que no íbamos a vender, pero fue todo lo contrario. Nos fue muy bien, en especial a mí, porque nunca había vendido tanto en tan poco tiempo. Después de tomarnos la soda, agarré nuevas fuerzas para seguir vendiendo. Estaba emocionado, había vendido ya 10 controles y no tan mal vendidos, el más barato a $7.00 dólares. Me metí a un pasaje donde, de entrada, mis peores temores se hicieron realidad: había unos vagos a mediación del pasaje. ¿Cómo los evitaba? Ya los tenía casi encima y si me daba la vuelta, lo más probable es que me hubieran robado porque hubieran preguntado si traía algo. Así que lo que hice fue ofrecerles mis productos y no me compraron, pero con solo resultar ileso y no robado fue más que suficiente.

Más adelante vendí un control para DVD, de esos chinitos, aunque viéndolo bien todo viene de China. Solo que dependen del costo del artículo y el cuidado que se le dé para hacer la diferencia. En fin, ahí vendí uno más y el cliente me

aconsejó que dijera que no me había comprado. Buen consejo porque era un pasaje ciego y debía volver sobre mis pasos. Me despedí educadamente de los vagos para evitar represalias y respondieron a mi saludo. Me fui al siguiente pasaje. Uno más, me decía. Andaba encendido y un compañero me lo pidió, dijo que lo iba a vender. Como yo andaba un control que me habían dado como ribete, se lo di. Visité un par de pasajes más y vendí solo uno más.
Nos encontramos todos en la calle: el Charrito, el Chele, Elwidon, y acordaron en que ya nos fuéramos porque ya daban las 2:00 p.m. y ya no tenían ganas de trabajar. Estaban, por decirlo así, decepcionados de la zona que habíamos elegido para trabajar. Llamamos por teléfono a Foliar y contestó:

— Ya llego.

Nos reunimos en el pick-up, nos medio relajamos porque había sido un poco estresante el llegar tarde a la zona. Hicimos cuentas y Poliar dijo:

— Saben que mi regalo para ustedes es que no les voy a cobrar la gasolina.

Me sorprendí mucho. Wow, me dije, porque él es Tacañin el Tacaño. Para mí fue un día maravilloso.

Se podría decir que fue mi mejor navidad como vendedor callejero. Nos dimos los clásicos abrazos. Antes de irnos, pasamos donde un familiar de Foliar y Lito. No sé qué hablaron, pero se tardaron unos 15 a 20 minutos. De ahí salimos. Yo muy contento, el Conejo también, el Charrito, Elwidon, el Chele, no estaban muy contentos con la zona elegida, pero en fin, no siempre se queda bien con toda la gente.

Capítulo 32

Yo donde quiera vendo

Capítulo 32:

Yo donde quiera vendo

Una frase muy sonada que usábamos el Conejo y yo para motivar a la gente a que no tuviera miedo de salir a vender, ya fuera a un pueblo o a una ciudad, y que encontraran valor de tocar todas las puertas. Porque decíamos:

— Al menos una putiada vamos a traer.

Hay días en los que uno amanece desmotivado y sin muchas ganas de salir a trabajar, pero si ves que alguien va motivado, como que agarras la onda y te pones pilas, como decimos. Pero con algunos de mis compañeros no pensaban lo mismo. Ellos decían que vendíamos porque nosotros sí sabíamos hablar para vender.

A lo mejor parte era cierto y, sin lugar a duda, cuando algo te gusta o mejor aún, si te gusta el dinero, te rebuscas porque de quedarte en casa lo único que produces son gastos. Pero cuando trabajas así por cuenta propia, a veces te vuelves un tanto holgazán. Te querés regresar temprano o querés volver a la casa habiendo vendido muy poco.

Hay que recordar que hasta más hambre te da y más gastas, te dan ganas de comprar y de repente te das cuenta de que no tenés nada y solo te quedas con las ganas. En cambio, si salís a trabajar por lo menos cuatro días, te podés dar un respiro y descansar el quinto. Pero hay quienes que trabajaban un día y no vendían, se recetaban descanso de tres días.

A mí me gusta vivir bien. Es más, yo alquilé casa un año completo, pagaba agua, luz, cable, teléfono y me quedaba para ahorrar. Quizás no mucho, pero algo quedaba. Así trabajaba de martes a domingo y descansaba el lunes. Me levantaba a las nueve y tranquilo. Del sudor de mi día a día, compré mi televisor, mi cocina, mi tambo, mi agua de garrafón, mi DVD. Bueno, para qué aburrirlos y sin tener un trabajo fijo, eso es lo que les contaba a mis compañeros cuando se desmotivaban y decían que mejor buscarían un trabajo fijo, aunque fuera mal pagado.

A esto el Conejo y yo les respondíamos que en este trabajo nosotros hacíamos nuestro tiempo. Que si tenías algún compromiso, tranquilo, no ibas a vender y trabajando salías de tus compromisos. Todo lo contrario a tener un trabajo fijo, donde estás sujeto a un horario y en donde casi nunca te darán permisos y cuando sales del trabajo y quieres hacer algo, todo está cerrado. Pero les decíamos: cada uno es dueño de su destino y, por cierto, YO DONDE QUIERA VENDO.

Capitulo 33

Las Colonias vs los Pueblos

Capítulo 33:

Las Colonias vs los Pueblos

Cada uno tiene su lugar en donde se siente más cómodo haciendo una u otra actividad. No solo me refiero a las ventas. Cada uno tenía su lugar favorito. Yo prefiero la ciudad, en especial las colonias con pasajes.

Siento que hay más posibilidades de venta porque son conglomerados de casas hechas exclusivamente para el proletariado. Más de alguno te va a comprar y hay muchos que te recomiendan con algún vecino y de ahí salen más ventas y así sucesivamente.

En cambio, el amigo Norbert era de visitar pueblos o no se movía, prefería no salir a trabajar, salvo fuera con su compañero inseparable, el Conejo.

Cuando andábamos una gran cantidad de vendedores haciendo millonario a Foliar, a la mayoría les tocaba ir como corderos al matadero porque nunca opinaban. Por lo general, nosotros decidíamos a qué colonia o pueblo ir, pues ellos, por lo general, estaban desmotivados y les era indiferente a dónde ir. De todas formas, no vendían. Nosotros, después de un tiempo, ya teníamos identificadas zonas estratégicas para ir a vender.

Pasé una temporada saliendo a vender yo solo y la mayor parte del tiempo la pasé en Apopa. Para ser exactos, en Popotlán y Valle Verde, eran como mis colonias preferidas o de cabecera porque nunca me defraudaron. Siempre que las visitaba, vendía como mínimo treinta dólares. Hasta los propios vagos me compraban. Un domingo que fui a Popotlán, me metí a un pasaje en cuya mediación estaban unos vagos y ni modo, dije. La experiencia me ha enseñado que debía confrontarlos para evitar que pensaran que les temía y posteriormente me robaran.

En fin, ni toqué más casas, sino que me fui directo donde estaba el grupito y les dije a viva voz:

— Buenos días, jefe. Le andamos controles originales y universales para la tele y el DVD. La típica paja de vendedor.

Uno de ellos se me queda viendo con ojos de odio y me dice:

— Vení.

Lo seguí a una casa cercana que, por cierto, era una tortillería, y le dice a la novia que era la que quería ver lo del control y me preguntó en cuánto lo vendía. Yo le pregunté:

— ¿Para qué lo quieren, para TV o un DVD?

Ese día me la jugué y le pedí $15.00; se fueron de espaldas y negociando me dice el vago:

— Venite, vamos a probarlo y si funciona vemos qué pedo.

Fui y en la casa había otros 5 vagos y eso me dio más desconfianza, pero ni modo, controlé los nervios y empecé a probar el control. Funcionó y se lo vendí.

Llegué a creer que ese día me matarían o, en el mejor de los escenarios, no me lo iban a pagar. Pero me di cuenta ese día que todos merecemos respeto. Yo se los di, y creo que eso me salvó la vida infinidad de veces.

Y creo que, debido a eso, sigo vivo para dar testimonio de esto.

Capítulo 34

La bajada del Charrito (volando como piscucha)

Capítulo 34:

La bajada del Charrito (volando como piscucha)

Los accidentes, dicen, suelen suceder cuando uno menos se lo espera. Nadie desea lastimar a otra persona, pero a veces, las circunstancias se dan de tal forma que, sin querer, terminamos metidos en un lío. Y esa vez, en uno de nuestros viajes a San Vicente, la cosa no fue diferente.

Era un día cualquiera, como tantos otros, cuando Foliar, antes de comenzar a trabajar, nos dijo que tenía una deuda pendiente con su mamá y que quería saldarla. Como siempre, lo que más le importaba a Foliar era no dejar de vender, pero a veces, las circunstancias familiares tenían que ser atendidas. Después de un largo rato de discusión sobre qué hacer primero, finalmente decidimos que íbamos a trabajar y que después pasábamos a casa de la mamá para que Foliar saldara cuentas.

Éramos el grupo habitual para esas jornadas: Don Lito, el Charrito, el Chele, la Karina y, por supuesto, yo. Karina iba con Foliar en la cabina del pick-up, mientras nosotros, los otros tres, nos sentábamos atrás, conversando y riendo. Durante el viaje, Don Lito, que siempre se sorprendía de las cosas más simples, no podía creer que estuviera estudiando en la Universidad Nacional, en la carrera de Licenciatura en Historia. Así que, como ya me conocía de toda la vida, me pidió que le enseñara mi carnet de estudiante. A pesar de ver el carnet, Don Lito no creía ni un poco que yo fuera universitario. "Este boludo", pensaba yo, "si supiera lo difícil que es estudiar en este país".

Entre risas y bromas, se nos pasó el tiempo volando, tanto que ya casi llegábamos a San Martín sin darnos cuenta. Pero algo más ocurrió en el camino que cambiaría el tono del día. El Charrito, que siempre tenía ideas un tanto absurdas, llevaba a un lado una chamarra negra, porque hacía frío, pero no se la habia puesto. Yo llevaba la mía, una de esas viejas chaquetas gruesas que uno guarda para emergencias, y como el Charrito me vio con la chamarra, le dio envidia. Decidió que era hora de ponerse la suya, en pleno trayecto, mientras subíamos un puente que conecta con San Martín.

Cuando comenzamos a bajar, el Charrito se paró en la parte de atrás del pick-up para ponerse la chamarra. Foliar, que conducía, al ver un bache en el camino, hizo un giro brusco para evitarlo, y en ese preciso momento, el Charrito salió volando del pick-up como si fuera una piscucha al viento. Fue un espectáculo tan surrealista que, por un segundo, pensé que estaba viendo una película de comedia. El Charrito, en su intento por acomodarse en el aire, terminó rodando por la carretera, y nosotros, en lugar de detenernos de inmediato, seguimos avanzando unos metros antes de que Foliar, con cara de pánico, se detuviera.

Yo, como pude, me bajé del carro y corrí hacia el Charrito. Los autos venían de frente, así que tuve que hacer señas a los conductores para que disminuyeran la velocidad mientras corría a socorrerlo. Lo vi levantarse, algo desorientado, pero de pie. Me acerqué a él y le pregunté:

— ¿Te encontrás bien, Charris?

— Je… sí, Guayo.

— ¿Estás seguro? ¿Cuántos dedos tengo en la mano?

Lo comencé a medio examinar. No soy médico, pero sí sé de primeros auxilios. Y Foliar se puso medio nervioso porque, ante las autoridades, Foliar era el responsable del accidente. Pero al final nos pusimos nuevamente en marcha hacia la casa de la mamá. Le pagó y nos dirigimos para San Vicente. Si la policía hubiera visto ese accidente, hacen que le dé al Charrito alguna indemnización.

Al final, a Foliar le valió y solo él podía creer que le iba a pagar ese día al Charrito, a quien de coronación le dio fiebre. La hermana de Foliar, que estaba sin trabajo, nos acompañó ese día.

Luego de rebuscarme, andaba de suerte, qué sé yo, vendí como siete y los demás vendieron bien poquito y no podían creer que me había ido mejor que a ellos.

Al regresar, primero dejamos al Chele en la entrada de su pueblo, donde él tomaba el bus hacia Tecoooo, un lugar que a veces me hacía reír por lo lejísimos que quedaba. Ahí le pagó Foliar y le dio de gasolina lo que le pareció, alegando que no había vendido mucho. Claro, para nadie era un secreto que a Foliar siempre le gustaba "arreglar" las cuentas de manera que le favorecieran.

Luego de dejar al Chele, seguimos rumbo a San Martín. Teníamos que hacer las cuentas y pagar la mercadería que nos había prestado Foliar. La hermana de Foliar, que había estado todo el día con nosotros, no había vendido nada, así que al final ni siquiera pagó su parte de lo que le correspondía. Yo, por mi parte, le di la mitad de lo que había ganado, pero ella no tuvo reparos en cobrarle al Charrito, como si él hubiera tenido la culpa de que se cayera del carro. Para ser sincero, me parecía una ironía cruel, porque la caída había sido culpa de todos, pero, como siempre, Poliar fue el primero en ver la oportunidad de hacer negocio, incluso a costa de su propio hermano.

La vida nos da sorpresas, pero lo importante es seguir adelante.

Capítulo 35

El Carro Entró Solo

Capítulo 35:

El Carro Entró Solo

Las leyes de la lógica no mienten en cuanto a los actos que hacemos. Así que, en un nuevo viaje a Usulután, nos encontramos con el típico problema: no hallábamos dónde dejar nuestras cosas. Ya eran como las 9 o 10 de la mañana, el sol estaba alto, y no había un lugar decente para parquear. Y es que, como siempre, el tiempo corría, y nosotros no íbamos a quedarnos ahí parados sin hacer nada. El único problema era que ya se nos había ido bastante tiempo buscando dónde hospedarnos, así que los encargados de esa misión fueron el Conejo y el Chele, quienes se tomaron su tiempo, aproximadamente una hora, buscando algún sitio donde quedarnos.

Para cuando volvieron, el ambiente ya estaba algo tenso. Sabíamos que el objetivo principal no era estar perdiendo el día en un parqueo sin rumbo, sino vender, vender y vender. Así que, después de tanta espera, cada quien se agarró su zona y nos pusimos a trabajar. Caminamos un montón, por lo que ya estábamos cansados, pero no había vuelta atrás. Al final, terminamos en Jiquilisco, una de esas zonas donde hay que ponerle más ganas porque parece que nunca hay clientes. Pero bueno, el trabajo es el trabajo, así que no nos quejamos.

Íbamos un grupo grande: Peter, el Chele, el Conejo, Don Lito, Foliar, Guicho, Mandy, y yo. La verdad, el día estuvo pesado, pero también estuvo productivo. Como decimos entre nosotros: "trabajamos como Dios manda", de sol a sol, sin parar, sin excusas.

Cuando ya cayó la tarde y el sol se metió, nos reunimos en el punto de encuentro para decidir dónde íbamos a pasar la noche. Resulta que el Conejo y el Chele ya se habían encargado de eso, y nos dijeron que tenían un lugar donde podíamos quedarnos. La sorpresa fue que el hospedaje que ellos habían encontrado era más barato y, encima, estaba en mejores condiciones que el lugar que Poliar había sugerido. Entonces, sin pensarlo mucho, nos dirigimos para allá.

Pero como siempre, las cosas no son tan fáciles. Foliar con su característica forma de tomar decisiones impulsivas, se sube al carro y, sin consultarnos, entra al maldito hospedaje donde nadie quería quedarse.

— Hijueputa, ¿por qué entras sin consultarnos?

Y dice lo más estúpido del mundo:

— El carro se metió, ya entró para que se va salir.

— Vos sí sos cerote, ¿pensás que es Transformer el carro?

Y se comienza a reírse el Conejo, pues creo que fue el único que entendió el comentario.

Después del terrible debate verbal, fuimos a cenar, y qué cara la comida, ¡$4.00

dólares por un platito que no llenaba ni el hambre de un perro! Para mi gusto, estaba caro y, además, me sirvieron tan poquito que me quedé con hambre. Ya ni modo, no íbamos a quejarnos más, después de todo, estábamos ahí por el trabajo y no por comer. Después de la cena, fuimos a repartir los cuartos para dormir, ya que el día había sido largo y necesitábamos descansar. Al final, el pelotón se acomodó en un cuarto y, como era de esperarse, Foliar y su hermano quedaron en otro cuarto, separados para evitar más caos.

Ya tipo 9 de la noche, todos apagamos la luz y nos metimos en la cama, pero no duró mucho el silencio. De repente, se escuchó el grito del Charrito:

—"¿Quién me está tocando los pies?"

Al encender la luz, vimos que el culpable era el Conejo, que no tenía piedad y ya se había sacado el zaite (pene), y sin ningún remordimiento, le estaba dando leves azotes en los pies al Charrito. La risa fue colectiva, pero como si eso fuera poco, apagamos la luz de nuevo y lo que siguió fue un verdadero desmadre. ¡Empezaron a volar basureros, almohadas, zapatos, y todo lo que se pudiera imaginar! Esa sí fue una verdadera zona de guerra. La cama se convirtió en un campo de batalla y yo, ni corto ni perezoso, agarré la cobija, la hice un nudo, y comencé a repartir.

No sé a quién le lancé un golpe, pero escuché varios gritos en la oscuridad y la jodedera continuó como si no hubiera mañana, y así la fiesta se extendió hasta las 12 de la noche. El ruido y el desvergue eran tan fuertes que el dueño del hospedaje, probablemente cansado de nuestra bulla, vino a tocarnos la puerta para pedirnos que nos calláramos.

Pero claro, no era tan fácil. Apagamos las luces otra vez y, al unísono, empezamos a gritarle al dueño en coro:

—"¡Dormite hijuegranputa!"

El tipo comenzó a golpear la puerta y a pedirnos que nos calláramos, Así que les dije a los demás que empujaran las camas contra la puerta para bloquearla, el hombre intentó abrir la puerta pero sabíamos que con nosotros no iba a lograr nada.

Capítulo 36

Feliz 14 de febrero

Capítulo 36:

Feliz 14 de febrero

¿Qué se puede decir del Día de los Enamorados en El Salvador? Para muchos, es el día perfecto para congraciarse con la pareja, ese día especial donde el amor se celebra con flores, chocolates y hasta con algún detalle inesperado. Pero, como siempre, nuestra historia es diferente, y más cuando el comercio ambulante entra en juego. En el 2009, decidimos que, a pesar de ser una fecha especial, lo mejor sería salir a vender. Pensábamos que, como muchos, alguien necesitaría algo para ese 14 de febrero, aunque fuéramos los que vendiéramos lo que otros iban a regalar.

Resulta que para el día de los enamorados del año 2009, decidimos salir a vender porque consideramos que se podía vender algo. Llegamos relativamente temprano donde Foliar y no hallábamos a dónde ir a rebuscarnos, como era un día especial y cada quien quería quedar bien con su pareja. En ese año yo solo tenía novia, claro, es la que actualmente es mi esposa. Luego de pensarlo mucho y al final de cuentas, nos pusimos en camino.

Luego de tomar la firme decisión de que la zona elegida sería Aguilares, nos pusimos en marcha. Pasamos por la gasolinera, Foliar le puso $2.00 de gasolina, una miseria a comparación de lo que nos cobraba. Ese día perdí las llaves de mi casa, un solo relajo pasó. Al final de cuentas, trabajamos aproximadamente hasta las 3:00 de la tarde y los que habíamos vendido más éramos el Conejo, Foliar y yo. Ese día el Chorizo nos acompañaba. Todos íbamos en la cabina del pick-up jodiendo y contando cómo nos había ido, cuántos habíamos vendido, qué tipo de clientes nos habían salido. En fin, hablamos de todo. Llegamos a Soyapango a eso de las 5:30 de la tarde y dije:

— ¿Por qué no vamos al supermercado ubicado a un costado del centro comercial de Soyapango? Quiero comprarle algo a mi novia.

Viene Poliar y dice:

— ¡Vergón, Guayo! Vamos a ver qué putas le compro a la mujer.

Y así fue. Estábamos, dependiendo de nuestra situación económica, buscando el regalo ideal al precio correcto.

Después de comprar, fuimos al departamento de regalos para que envolvieran lo que acabábamos de comprar. Llegamos primero Foliar y yo. Escogimos las cajas, papel y demás, y nos envolvieron los regalos.

Después llega el Conejo y el Chorizo. Estábamos jodiendo en el lugar y no me acuerdo de qué le dije al Chorizo, pero se me queda viendo con unos ojos de odio, tipo el Cadejo, queriendo ahuevarme. Me le quedo viendo y le digo a Poliar:

— ¡MALO ESTE NENEY!

Y fue en ese momento que Foliar, al ver la cara de Chorizo, comenzó a reírse a carcajadas. "¡Neney, Neney!" repetía una y otra vez, como si no pudiera parar de recordar al famoso jugador africano que había jugado en varios equipos de fútbol de El Salvador como el Atletico Marte y tambien en la Selección Nacional de nuestro pais que una buena pregunta es de donde sacaron a ese man. Yo, que siempre he tenido una buena memoria extraordinaria para los apodos y las comparaciones raras, no pude evitar reírme también. La comparación entre el Chorizo y el futbolista era tan exacta que se volvió nuestro chiste del día y el chorizo en su defensa decia:

—Vergon el apodo si es buen jugador.

La cosa no terminó ahí. En medio de nuestra diversión, el Chorizo le preguntó al Conejo:

— ¿No traías una bolsa?

Y, como si fuera su esclavo, el Conejo respondió:

— Sí, anda tráela.

Así que, como siempre, el final de nuestro San Valentín fue algo más que un simple intercambio de regalos. Fue un día lleno de bromas, risas y, sobre todo, esa sensación de estar juntos, de que, a pesar de las dificultades, siempre podíamos contar con el apoyo de los demás. Al final de todo, esa es la verdadera esencia de nuestras vidas como vendedores ambulantes: encontrar momentos de felicidad incluso en los días más complicados.

¡Feliz 14 de febrero, pues! Y así concluyó otro Día de los Enamorados, uno más, con nuestras bromas, nuestros regalos y nuestras historias para contar.

Capítulo 37

Abajo de Aguilares miando y corriendo

Capítulo 37:

Abajo de Aguilares miando y corriendo

De las tantas ideas brillantes que hemos tenido con el Conejo, una vez veníamos de vender de Aguilares y, por cierto, no nos había ido muy bien como hubiésemos deseado, lo que nos hizo decidir ir más abajo a un medio pueblo que queda cerca, llamado INGENIO EL ÁNGEL.

Llegamos a la entrada del camino que conectaba a la entrada del ingenio y comenzamos a decirle a Poliar:

— ¡QUIERO MIAR!

— No, cerotes, aquí no hay, allá por el matocho si quieren.

El carro iba a paso lento porque era un camino de tierra y piedra. Nos tiramos del pick-up para poder orinar y nos pusimos a miar. Vimos que Foliar, por el puro joder, sabiendo que podía joder la amortiguación del carro, aceleró a manera de dejarnos perdidos. Venimos y ni terminamos de miar, sino que empezamos a correr detrás del pick-up y, por supuesto, eso iba acompañado de los gritos:

— ¡Foliar, para, gran cerote, para!

Más aceleraba hasta que vio una serie de baches, redujo la velocidad y nos pudimos subir nuevamente al pick-up. De ahí que llegamos a la zona de trabajo, nos la repartimos entre cuatro: Peter, el Conejo, Foliar y yo. Por supuesto, Foliar y su servidor comenzamos a trabajar de inmediato. Como siempre, el sábado era idóneo para trabajar más en esa zona, pues contaba Foliar que a los empleados del ingenio les pagaban a la semana. Yo me dije: tienen dinero y, como siempre, se te arruina un control remoto de tu casa o se te quema algún bombillo. Había razones para rebuscarse.

Le dimos con todo al trabajo. Empezamos a caminar y de entrada nada que vendí. Ya eran las 3:00 de la tarde y no veía luces y no fue hasta pasadas dos horas que empezó la venta loca. Me metí a un callejón donde en casi todas las casas vendí, un control o un foco, y así me fui motivando hasta que se dieron las 5:30 p.m. de la tarde y me retiré porque me habló Poliar que ya era hora de irnos, sino íbamos a llegar demasiado noche a nuestros respectivos hogares.

Capítulo 38

Fútbol El Salvador vs Honduras + la película Norbit

Capítulo 38:

Fútbol El Salvador vs Honduras + la película Norbit

El deporte, así como une a las personas, también crea conflictos. Como cuentan los abuelos que hubo una guerra que duró 100 horas a causa de un partido de fútbol entre ambas selecciones. Cierta vez que fuimos a vender a Honduras y ese mismo día jugaba El Salvador, era sábado para ser exactos. Era el segundo día que estábamos ahí y con Don Lito armamos equipo. Nos fuimos a un pueblo llamado La Labor, que queda carretera a Santa Rosa de Copán. Esto se ubica en Honduras. Creo que ese día andaba el Horrible. Empezamos, como siempre, a buena mañana. Salimos del Gongolon, abordamos un autobús conocido en esa región como un rapidito, llegamos a La Labor y nos dividimos la zona a manera de no encontrarnos. La mayor sorpresa fue que Don Lito se había terminado la zona antes que nosotros. Yo había vendido un par, pero el Horrible no había vendido nada. Salimos de la zona como a eso de la una de la tarde y todos llegamos al mismo tiempo a la tienda, punto de reunión, y dice Don Lito:

— Hey, Guayo, hagámosla para la soda. Solo que aquí en Honduras le llaman refresco.

— Hagámosla entonces.

Comimos pan dulce con gaseosa y después de eso concluimos que ahí ya no venderíamos más. Nos subimos al siguiente urbano y llegamos a la entrada de Santa Rosa de Copán. Pasamos por una colonia y, como siempre, a la de rebuscarnos para la comida. Resultó que yo llegué a un mini bazar y querían unos focos. Los negociamos porque yo quería una camiseta que ellos tenían. Yo siempre salí ganando, pero según ellos me habían timado. Por cierto, Don Lito me ayudó para no perder. Nos reunimos a eso de las seis de la tarde y llegó el Charrito y contó que le había salido un cliente de un hotel. Fuimos y le vendimos 5 focos. El Charrito quería toda la ganancia para él e incluso quería que yo pagara el costo de los controles. Como a mí me pagaron, le di la mitad al Charrito. Él esperaba más dinero y le digo:

— Tranquilo, Charris, es después de pagar el control que nos repartimos la ganancia.

Le explicó Don Lito lo que yo le había dicho. Aún sigue bravo conmigo, cosa que me importaba un carajo.

Como teníamos que buscar alojamiento y comida, comenzamos por un hospedaje que cobrara algo cómodo. Luego salimos a cenar aproximadamente como a eso de las 8:00 p.m. de la noche y escuchamos que había un partido de fútbol y estaba jugando El Salvador y Honduras.

Echaba un gol El Salvador y decían:

— ¡Puta guanacos cerotes!

Repetíamos:

— ¡Sí, vale verga!

Para cenar pedimos lo típico de por ahí: pollo empanizado con tajadas de plátano. Vimos todo el partido. Pedimos lo mismo.

— Estos Catrachos, si supieran que éramos salvadoreños, nos estuvieran dando verga (dándonos una paliza).

Cuando terminó y salimos del comedor, gritamos:

— ¡QUE VIVA EL SALVADOR, HIJOS DE PUTA!

Comenzamos a correr y a reírnos, más que todo por el Charrito, como era el más pequeño, le costaba correr y alcanzarnos y al final a nadie le importaba porque cada uno velaba por su santo.

Llegamos al hospedaje y empezamos a elegir el canal de televisión que queríamos ver y resultó que en ese momento estaba saliendo una película que se llama "Norbit®", con el actor Eddie Murphy, creo. Nos comenzamos a reír porque en la película existía una similitud con Don Lito y Karina. Fue un solo escándalo. Nos dormimos un rato porque teníamos que madrugar para intentar vender algo al siguiente día y porque era domingo y pensábamos regresar a El Salvador.

Nos levantamos aproximadamente a las 7:00 de la mañana. Cada uno se levantó, se bañó, se alistó y en ese momento estaba jugando naipe el Conejo y Foliar. ¿Qué creen que era lo que pasaba si perdías? Te daban tres vainazos (tres golpes con la funda en la que guardas el machete o corvo). Jugué dos veces y las dos perdí. Ni modo, soy malísimo para los juegos de azar. Nos pusimos en camino a vender lo último que traíamos de mercadería y decidimos regresar a Ocotepeque. Nos pusimos a vender y vendimos ya algo más para traer a nuestros hogares. Luego nos pusimos en camino nuevamente a El Salvador. En el trayecto de Santa Rosa, comenzamos a joder con la película que habíamos visto la noche anterior, "Norbit".

Con el Chele comenzamos a hablar de la susodicha película. A Don Lito le causaba gracia, y como él es bien tranquilo, casi nunca dice nada, solo se reía. Pero en un arrebato, Karina nos dice:

— Con usted yo no bromeo y con vos, Chele, seguí que ya te voy a dar verga.

Y fue un silencio total después de esa amenaza, porque como decimos, lo más inteligente es evitar cuando se puede.

Foliar se desvió antes de llegar a la frontera para comprar unos bananos.

Se bajó Don Lito a una tienda en el camino, donde compró una soda de banana, la cual no tuvo la decencia de compartir conmigo. Pero la

verdad, me vale verga, porque ya estoy acostumbrado a esos detalles. Total, no es como si estuviera esperando que me la ofreciera. Después de ese pequeño incidente, seguimos nuestro viaje hacia El Salvador, y como ya venía siendo costumbre, medio dormimos hasta llegar a la frontera. Ya cuando nos acercamos, la sensación de estar cruzando siempre es la misma: esa mezcla de cansancio y una pequeña ansiedad por el papeleo.

Al llegar a migración, te identificas, te revisan, y pasas por todo el proceso habitual para cruzar. Luego de eso, siempre hay que lidiar con los famosos cambistas, esos tipos que aparecen como si fueran una especie de plaga que te acecha justo después de pasar por el control. Cambiamos los lempiras por dólares, pero yo, con mi costumbre de ahorrar en cosas insignificantes, guardé un lempira, el único que me quedó, y se lo regalé a mi hermana pequeña, la del tejón. A estas alturas, estoy bastante seguro de que ese lempira ya se lo habrá perdido en algún rincón de su habitación, pero bueno, era el gesto lo que importaba.

Como siempre, no podía faltar el combate clásico con los empleados que te cobran por el trámite de foliar los documentos, lo cual siempre provoca que nadie quiera pagar esa tarifa absurda. Al final, como siempre, la gente termina pagando lo que le viene en gana, ya sea por miedo a que no les dejen pasar o por simple desgano. Es parte del paisaje, como esos vendedores ambulantes que te ofrecen de todo, desde controles remotos hasta sombreros. Todo esto hace que la frontera sea, sin duda, uno de esos momentos incómodos pero inevitables de cada viaje.

Capítulo 39

El conejo y la refrigeradora en la colonia Santísima Trinidad

Capítulo 39:

El conejo y la refrigeradora en la colonia Santísima Trinidad

Cada uno se preocupa por su hogar de diferentes formas. Hubo un día en que trabajamos como verdaderos burros, desde las 8:30 de la mañana de un sábado al parqueo de los Conacastes a planear zonas de trabajo y luego fuimos primero a los condominios de la colonia Metrópolis. Ese día solo íbamos Foliar, el Conejo y su servidor, y algo insólito ocurriría ese día en mi vida como vendedor.

Llevábamos bastante mercadería, de todas las marcas para las TV y para el equipo de sonido y llevábamos toda clase de electrodoméstico. Como decíamos: "tenemos la Cuma, si no vendemos es porque no queremos."

Nos dividimos entre edificios de apartamentos. Nos fue bastante bien.

Trabajamos en ese sector hasta aproximadamente hasta las dos de la tarde y luego decidimos que ya habíamos terminado ahí y nos dirigimos a la colonia Santísima Trinidad, que queda aproximadamente a 15 minutos de donde estábamos. El carro lo habíamos dejado en un parqueo a unas cuadras de ahí, pero decidimos ir a almorzar primero porque, de paso, no habíamos desayunado en la ambición de que ningún cliente se nos escapara. Almorzamos, como dicen, sabroso y el precio estuvo accesible.

Muy bonito el lugar y desde esa época de vendedor no lo he vuelto a visitar. A lo mejor algún día lo visito una vez más. Había buen ambiente, televisión satelital, que para ese entonces era lo máximo. Vimos un partido de fútbol y, bueno, almorzamos, hablando de cuántos habíamos vendido y otras cosas como los proyectos personales de cada uno, cosas que realmente son contadas las veces que se dan a conocer porque en esta nación es de locos ser visionario.

Posterior a eso, nos pusimos en camino a la segunda parte de nuestro recorrido. Llegamos a la colonia Santísima Trinidad, parqueó el carro Foliar en otro medio parqueo un tanto inclinado, por cierto. Salimos, nos dividimos la zona, empezamos a trabajar y de repente ya eran las 5:00 p.m. de la tarde y pues yo dije: hasta aquí llegaste, pajarito. Le marco a Poliar y le digo:

— ¡Hey, cerote, demole, ya me cansé!

— Vaya pues, maricón, veámonos en el carro.

Y así fue. Nos reunimos, guardamos los maletines, nos acomodamos y esperamos a que el Conejo llegara. Nos pusimos en camino para salir de la colonia y el Conejo sale con una cachada: se le olvidó un pequeño pero significativo detalle y decírselo antes de salir de la colonia, y comienza su relato:

— Mira, Foliar , yo vi un refri ahí donde acabamos de salir y hablé con el dueño, que si me la vendía, y me dijo que me la daba en $15.00 y solo es de llevarla.

— No, Conejo cerote, ¿no me pudiste decir antes de salir? Ahora vamos a gastar mucha gasolina.

— Tranquilo, le dice, yo te voy a dar lo del gas.

Va de decir:

— No, Conejo, vale verga con vos, y ¿está buena por lo menos?

— Él me dijo que sí.

— ¿El qué? ¿No la probaste? ¿Y en dónde la tiene?

— Ahí en la entrada la tiene.

— ¡Vos come mierda, Conejo cerote! Por una babosada vieja nos vamos a regresar, no.

Al ver la cara de tristeza del Conejo, le dice:

— Vergón, maricón, ojalá no me des para la gasofa.

Nos regresamos y fuimos a buscar al susodicho dueño del refri y resulta que ya no estaba y me dice:

— ¿Qué ondas, Guayo? ¿La llevamos?

— ¿Ya la pagaste?

— No.

De por sí, era una refrigeradora vieja tirada. La tenían en la entrada, casi estaba en estado de ser catalogada basura y me dice:

— Llevémosla.

A todo esto, la rectitud de mis pensamientos no me dejaba en paz y le digo:
— Deslízale el dinero debajo de la puerta.

— No, ahí lo van a sacar los vecinos. Yo voy a venir la otra semana a pagarla.

— Sí, cómo no.

Le decimos a un vecino del lugar, ya que nos estaba viendo de reojo y quizás pensó que otra cosa queríamos hacer y por eso no nos quitaba la mirada de encima.

— ¿No sabe por dónde anda el señor de esta casa?

— Anda en un culto.

Así que, debido a que por lo menos habíamos intentado contactar con el dueño, supusimos que habíamos aliviado nuestro cargo de conciencia, y la cargamos entre los dos y la llevamos justo al pick-up, donde nos estaba esperando Foliar, que por cierto lo había parqueado algo lejos el carro.

La subimos. Foliar la amarró y le dimos con todo a regresar a nuestras respectivas casas, pero a todo esto el Conejo tenía otro brillante negocio: un trueque de una mesa ahí en la colonia Santa Lucía de Ilopango.

Llegamos a la Santa Lucía a donde iba a realizar el trueque. El Conejo le dio 2 controles y $20.00 dólares, que a mi manera de ver no los valía la mesa, pero al final cada uno hace con su dinero lo que mejor le parece. Hizo el trueque y nos compró unos tamales, ya que eran las 8:00 p.m. de la noche y ya hacía algo de hambre. Prácticamente fue la cena.

Nos pusimos en camino nuestra querida y amada colonia Las Cañas a dejar el refri del Conejo y se la colocamos en su casa. De esta forma fue como tuvo refri el Conejo durante algún tiempo hasta que finalmente caducó. En fin, ¿qué se podía esperar de una babosada vieja? Lo bueno fue que ese día me ahorré lo que iba a pagar de pasaje a Foliar.

Si es correcto o no lo que hizo el Conejo, no puedo juzgarlo. Pues cuando tienes familia, intentas proveerle por lo menos de lo básico.

Capítulo 40

San Martín más una completa pérdida de tiempo

Capítulo 40:

San Martín más una completa pérdida de tiempo

Como ya les había contado, un sábado tocaba ir a chambear porque, aunque uno se quede en la casa, igual gasta y come. Y ojo, cuando estás en tu casa es cuando más te comes el dinero, porque siempre pensás que te va a salir algún cliente. Eso sí, hay que estar pilas porque, si no, ya no te llega ni un peso.

Ese día me bañé, me arreglé como pude y me fui para la casa de Foliar. La idea era que solo íbamos a salir a vender él y yo, pero de repente me suelta:

— Fíjate que me habló el Conejo, cerote, y me dijo que viene a echar verga y viene su mujer también a trabajar con nosotros.

Me quedé perplejo porque no sabía que ella iría. Ni modo, dije: la señora de él es un tanto envidiosa, todo lo contrario, al Conejo, pues él se alegra de que te haya ido bien en las ventas, te anima y te dice que bueno que gracias a Dios has vendido.

En fin, nos dispusimos a ir a trabajar a la colonia donde es oriundo de adolescencia Foliar, San Martín. Ahí, para ser específicos, vive su mamá. Al llegar, como no había parqueo cerca de la estación de policía donde comúnmente parqueamos, a Foliar le tocó sufrir por pagar la gran fortuna de $2.00 por estacionar. ¿Gran suma, verdad? Pero ni modo, nos iba a tocar que pagar $0.50 por persona. Pero además ese día andaba desmotivado y el saber que llegaba un elemento no deseado no lo mejoraba. Tocamos en pareja con Foliar en la colonia llamada el Proyecto y para suerte de nosotros no nos salió ningún vago.

Pudimos trabajar tranquilamente. Lo malo es que yo solo había vendido uno y mal vendido en $5.00, una nada en comparación con lo que iba a tener que pagarle por el viaje a Foliar. Así que dije: hay que picarle a las ginitas, hay que vender, y comencé a auto motivarme, porque no me quedaba otra cosa y logré vender otros cuatro, pero al mismo precio que el primero.

Me encontré con Foliar, que me había dicho que la había hecho, pues ya llevaba siete vendidos a $8.00 cada uno, y yo me dije:

— pues qué suerte que encontró los clientes correctos.

Pero bueno, ni modo, seguimos subiendo por la colonia y seguimos vendiendo. Ya no vendí nada más. Solo apareció un prospecto que se veía bien macho, pero cuando le mostró el control a la mujer, la doña dijo con voz de ogro:

— NO…

Y después, como perro apaleado, me dijo:

— A pues la próxima, vamos a ver.

Vale verga, qué poco hombre, me dije. Yo no voy a dejar que una mujer me grite así, pero mi filosofía es clara: yo no te grito y espero lo mismo. Respeto quiere respeto. Así de simple. Y bueno, lo que pasa en este país es que algunos hombres son machos solo cuando les conviene, pero con la mujer, se hacen los sumisos. No, eso no está bien. Pero bueno, esa es mi forma de verlo.

Al final, el día fue más perdido que un chucho en una niebla. Vendí poco, vendí barato y, como siempre, los gastos no perdonan. Así que, por más que te esfuerces, cuando las cuentas no salen, el día se siente como una gran pérdida de tiempo.

Capitulo 41
Apuestas para quitar los vicios parte 1 Cara o corona

Capítulo 41:

Apuestas para quitar los vicios parte 1 Cara o corona

Cada quien tiene sus maneras raras de pasar el tiempo, y los cerotes de Conejo y Foliar no se quedaban atrás. Durante una temporada, esos dos tenían la maña de hacer apuestas por cualquier cosa, y cuando digo cualquier cosa, es cualquier cosa. Algunas de las apuestas eran tan absurdas que si las contás a alguien más, seguro pensaría que estamos hablando de cualquier cosa menos de un par de adultos responsables. Pero así era, y lo peor es que nunca faltaba alguien que se sumara a las locuras de esos dos.

Recuerdo un sábado bien claro, estábamos en una colonia llamada Campos Verdes, cerca de Lourdes Colón. Ese día era perfecto para trabajar, un lugar bonito, tranquilo, y además, con el sol brillando. Llegamos como a las 10:00 am, y ya con la actitud de millonarios, uno de nosotros sugirió:

— ¿Y por qué no vamos a desayunar? Ahí hay un comedor.

Nos dispusimos a desayunar. El comedor estaba bonito, aseado y la comida a buen precio. Hablamos de que había que aprovechar el día porque la zona se prestaba, decía Foliar. Acto seguido, nos dividimos en grupos para trabajar. Ese día íbamos: el Conejo, la Pelona, la Adriana, Elwidon (que por cierto creo que estaba enamorado de la Adriana porque dijo que se quería ir con ellas), obviamente Foliar, Rabadilla de Cama, el Peter, el Garrobo, Picapiedra, y su servidor formamos los otros grupos. La verdad es que el grupo era bastante grande pero la zona se prestaba. Yo me fui en un principio con el Peter, pero no me pudo seguir el paso y lo perdí. Vendí como unos 7 en esa zona y los había vendido a buen precio. Estaba contento y regresé al pick-up como a las 3 horas y veo al Conejo jugando con Poliar a los zapatazos.

Foliar se había quitado una de sus botas con punta de acero e igualito al juego de manitas calientes: el Conejo ponía las manos y Foliar le iba a pegar un zapatazo y si quitaba las manos perdía y luego le tocaba al Conejo pegarle a Foliar. Empezando iban cuando me subí al pick-up y vi el inicio del maratónico juego y fui testigo de varios vergazos en las manos que yo dije le quebró los dedos y así pasaron unos 15 minutos dándose de zapatazos y yo va de reírme.

Por un momento, decidí grabar un video del caos, pero, como suele suceder, la tecnología no estuvo de mi lado: la computadora en la que lo guardé se estropeó, y con ella se fue el video. Aunque lo intenté, nunca pude recuperar esa grabación, lo cual fue una pena, porque aquello había sido digno de ver.
Las otras ocasiones de juego fueron en diversos lugares del país. Recuerdo una vez en que, de la nada, agarraron una vara de caña de azúcar, y el Conejo sacó una moneda. Se pusieron a tirarla al aire, y el que ganaba tenía derecho a darle al otro con la vara. La dinámica era parecida a la de la vaina del corvo, un juego que ya tenía algo de tradición entre nosotros. Había una especie de competencia por ver quién aguantaba más dolor, una apuesta que parecía más de locos que de personas sensatas.

Hubo una vez en el parqueo del centro de San Salvador, para ser mas específicos en El Sagrado Corazón, el Conejo llevó dos bandejas de baterías AA y le dio una a Foliar y viene el Conejo y reta a Poliar y empieza un medio combate tipo Caballeros del Zodiaco o alguna escena de la película Gladiador, se hacían ademanes y viene Foliar en un descuido le deja ir un pijazo (golpe) y le da con la bandeja de baterías en la frente al Conejo y del impacto le abrió un ligero orificio en la frente y grita el Conejo:

— ¡Ah!…

Y después Foliar bien afligido le dice:

— Perdóname Conejo, te lo juro no quería darte, pero vos tenés la culpa no me andes retando te puedo lastimar…

Y como siempre el Conejo que nunca, nunca pierde le dice:

— Nombre Foliar, esa es toda tu fuerza.

Y así me reí con ese tipo de apuestas tontas. Si algún día escribo una segunda edición les cuento las demás.

Capitulo 42
Teco...

Capítulo 42:

Teco…

Como dicen, uno no escoge dónde nacer. En esta ocasión quiero hablarles de un lugar que, aunque para muchos pueda parecer insignificante, tiene un significado profundo para nuestros compañeros de trabajo Peter, el Chele y Mandy: el pueblo natal de todos ellos, conocido como Teco. Al principio, cuando uno lo escucha por primera vez, no puede evitar pensar que tal vez se están burlando, como cuando te dicen con toda naturalidad:

— Yo vivo en teco.

— ¿A dónde?

La respuesta suele ser la misma: Teco está en el municipio de San Pedro Perulapan, que pertenece al departamento de San Martín. Un lugar que no tiene mucha fama ni se encuentra entre los destinos turísticos más populares, pero al que ellos le tienen un cariño especial. Es curioso cómo le dicen "Teco" al pueblo, y al principio, uno se queda pensando si te estarán jugando una broma ó si realmente existe un lugar así. Y claro, uno puede llegar a dudar, pensando si no te están queriendo ver la cara de "pelotudo", pero nada que ver, es simplemente Teco, un pueblito con su propia identidad y una historia que ellos llevan con orgullo.

Siempre que íbamos a trabajar al lado de San Vicente, se quedaban aproximadamente en el kilómetro 26 de la carretera panamericana para abordar el transporte que los dejaba más cerca de su casa. Así que ahí nos poníamos a hacerles auditoría, Jajaja, y pagaban la mercadería que habían vendido y pagaban el transporte. La respuesta suele ser la misma: Teco está en el municipio de San Pedro Perulapan, que pertenece al departamento de San Martín.

Un lugar que no tiene mucha fama ni se encuentra entre los destinos turísticos más populares, pero al que ellos le tienen un cariño especial. Es curioso cómo le dicen "Teco" al pueblo, y al principio, uno se queda pensando si te estarán tomando el pelo o si realmente existe un lugar así. Y claro, uno puede llegar a dudar, pensando si no te están queriendo ver la cara de "pelotudo", pero nada que ver, es simplemente Teco, un pueblito con su propia identidad y una historia que ellos llevan con orgullo.

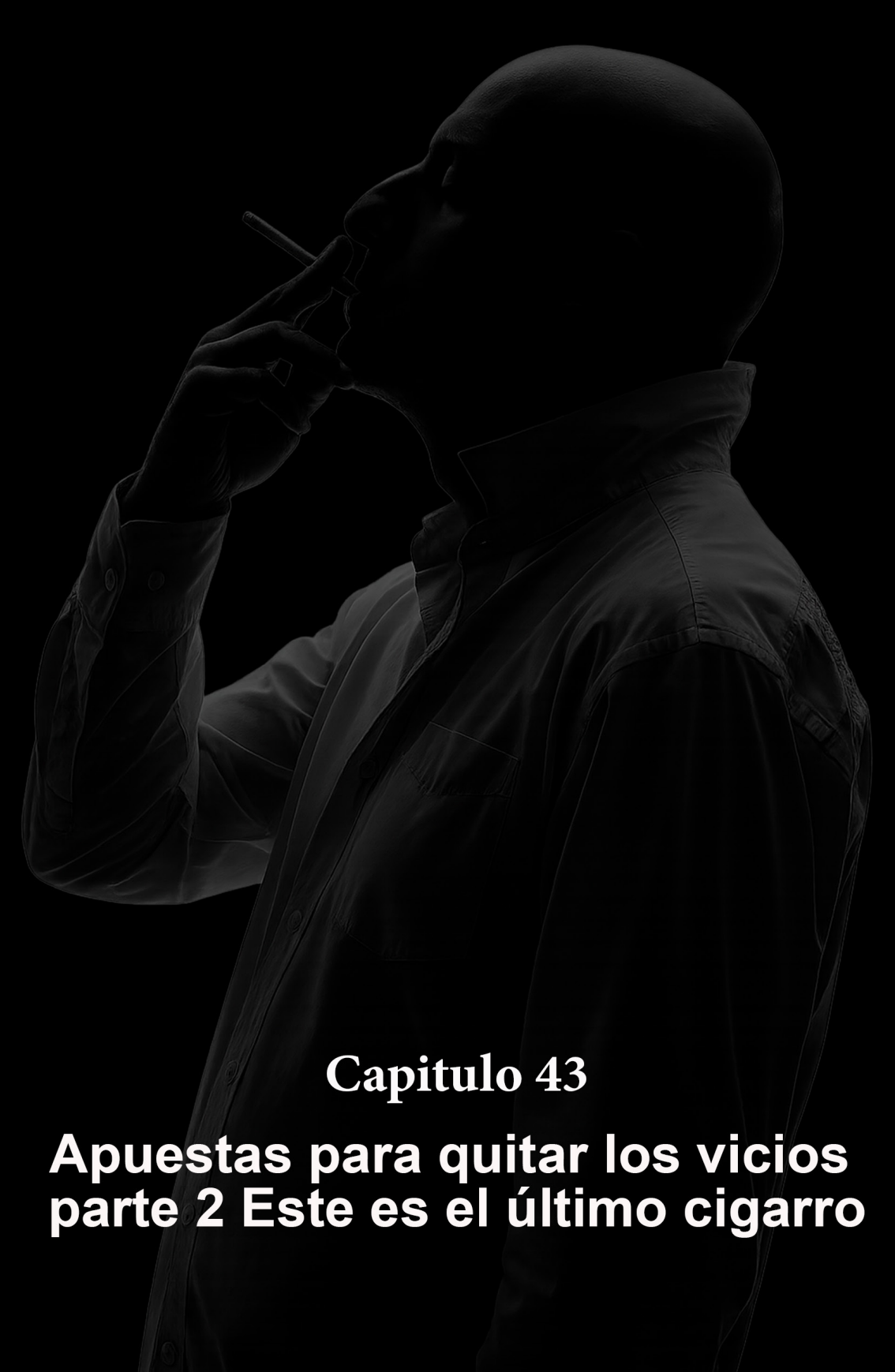
Pero a fin de cuentas, cada payasada que decíamos la relacionábamos con Teco y lo bueno es que a ellos no les molestaba.

El Chele, siempre burlisto, se encargaba de recordar constantemente que el papá de Peter era motorista de la ruta 140, la que va justo para esa zona. Decía que el padre de Peter tenía un trabajo que empezaba muy temprano, haciendo el primer viaje a las 4:00 am. Aseguraba que, por más que el hombre iba medio dormido durante el trayecto, nunca había tenido un accidente, y eso si era un verdadero milagro en sí mismo, porque el bus era viejo, de esos que

se tambaleaban con cada bache en el camino. Lo curioso es que, al parecer, el sonido del motor y los baches servían de "arrullo" para el papá de Peter, que se quedaba dormido casi todo el viaje. No era hasta que alguien gritaba "**¡PUERTA!**" que él despertaba y tenía que abrir la puerta trasera para dejar bajar a los pasajeros. A Peter le daba mucha risa cuando el Chele contaba esa historia, pero Mandy, por el contrario, se ponía más serio y no comentaba nada. Supongo que, para él, hablar del papá de Peter era algo más personal, más íntimo.

Así es Teco, un pueblito pequeño pero lleno de historias que se hacen grandes a través de sus habitantes. Personas que, aunque enfrentan dificultades, siempre encuentran una razón para sonreír y seguir adelante. Y es que, al final, como decimos siempre en nuestro grupo, "**el que se enoja pierde**".

La vida siempre es mejor cuando se enfrenta con una sonrisa, y si le pones un buen sentido del humor, hasta los días más difíciles parecen mucho más llevaderos. Teco, aunque para muchos sea solo un lugar en el mapa, para nosotros es una fuente de risas, anécdotas y recuerdos, que siempre nos hace sentir como si fuéramos parte de algo más grande.



Capitulo 43

Apuestas para quitar los vicios parte 2 Este es el último cigarro

Capítulo 43:

Apuestas para quitar los vicios parte 2 Este es el último

Los vicios… ¿qué podemos decir de esos eternos males? Son esos compañeros invisibles que, de alguna u otra forma, se nos infiltran en la vida. No solo en esta sociedad, sino en muchas otras, la gente pasa su tiempo buscando maneras de cómo quitárselos de encima. Algunos lo logran, otros no. Y al final, todo depende de la voluntad que tengamos para dejarlos atrás. Pero claro, hay vicios y vicios, y uno de los más comunes en el grupo era el del cigarro. Como era de esperarse, el Conejo y Foliar eran los principales protagonistas de esta batalla interna entre el deseo y la determinación de dejar de fumar, aunque la verdad es que las apuestas que hacían sobre esto solo servían para demostrar quién tenía la voluntad más fuerte… aunque al final, siempre recaían en lo mismo.

Apuesta 1:

Un día, mientras íbamos camino a San Vicente, surgió una apuesta que ninguno de los dos pudo resistir. En tono de broma, pero con esa seriedad que se pone cuando uno quiere ganar a toda costa, propusieron algo como esto:

— "¡Vaya! El que vuelva a fumar, le jalamos parte del lomo con una tenaza."

Y así fue como la historia comenzó, en medio del camino. No habíamos recorrido mucho cuando nos detuvimos a desayunar en uno de esos típicos comedores a la orilla de la carretera, esos lugares que se convierten en el refugio para los que trabajan fuera del departamento y no tienen tiempo de ir a sus casas a comer. Un desayuno rápido, café caliente, tortillas y frijoles, mientras el sol ya empezaba a calentar el día.

Pero después del desayuno, al parecer la tentación fue más fuerte que la voluntad. Cuando terminamos de comer, notamos que Foliar y el Conejo no estaban por ningún lado. Ambos se habían escabullido para fumar a escondidas, como siempre. Y, como buenos compañeros de trabajo (y un poco chismosos), no perdimos la oportunidad de ponerles su respectivo chambre y recordarles la apuesta. Pronto, sacaron la tenaza del baúl de las herramientas, y comenzó la acción. Le dieron un tirón a uno de los dos, y el grito de dolor no tardó en llegar, un grito que me recordó a los famosos pellizcos que Don Ramón le daba al Chavo del 8 y a Quico. Solo se escuchó:

— ¡Ahh!… Foliar tranquilo, me duele, ya no me sigas pellizcando…
Lo peor es que el retorcijón era tan fuerte que parecía que lo había destapado todo, ¡hasta la espalda baja parecía crujir con el dolor! Pero claro, la apuesta era la apuesta, y con todo y el sufrimiento, eso se convirtió en parte de la diversión del día.

Apuesta 2:

La otra fue que dijeron: hoy sí, el que vuelva a fumar, le damos con la propia

vaina del corvo en el pecho. Esto fue por Ilobasco y empezó la travesía de vender en ese lugar. Nos dividimos la zona, solo íbamos tres: el Conejo, Foliar y, por supuesto, mi persona, y nos pusimos cada uno a darle a nuestra zona. Ese día me fue mal, solo pude vender 2 controles y mal pagados.

Con tristeza estaba por el hecho de que me había reventado ofreciendo y la ganancia se me iba a ir en pagar la gasolina cuando veo a Foliar con un cigarro en la mano. Eso hizo olvidar mis penas y en cuanto llegamos al pick-up, le digo al Conejo: Vi a Foliar fumando y, curiosamente, también el Conejo venía con un cigarro en la mano. Y le tocó a cada uno darle un vainazo en el pecho al otro.

El primero que dio fue Foliar y yo creí que le había quebrado la caja torácica al Conejo; más que al pecho, le dio en el estómago al Conejo pues es más enano y él, como siempre se la lleva de gallito, le dice:

- Nombre y esa es toda tu fuerza Foliar.

Viene el Conejo y le deja ir otro vainazo y Foliar le dice:

- Hey, Conejo cerote, a las patas me querés dar, tajo de pendejo.

En la actualidad…

A pesar de todas esas apuestas y esfuerzos por dejar el cigarro, la verdad es que, hasta el día de hoy, ambos siguen fumando. Nada de lo que hicieron, ninguna de las apuestas, logró que dejaran el vicio atrás. Es más, ni la amenaza de los azotes ni los "vainazos" de corvo les hicieron abandonar el cigarro. Pero bueno, el vicio siempre tiene sus caminos extraños.

Y ya sabemos lo que dicen: "algún día morirán de cáncer". Lo cierto es que, por ahora, siguen fumando y, aunque en el fondo algunos nos preocupemos por ellos, lo cierto es que cada uno hace con su vida lo que quiere. Al final, son sus decisiones, y mientras vivan para seguir contando historias, pues, ¿qué más podemos hacer?

Pero eso sí, como todo en la vida, lo bueno de estas historias es que siempre nos dejan algo de qué reírnos.

Capitulo 44

La última salida a Zacatecoluca: muchos Peter y Pelonas + el Negro

Capítulo 44:

La última salida a Zacatecoluca: muchos Peter y Pelonas + el Negro

El ser visionario y creer en la gente es una cosa, pero la ambición de ahorrarte algo es otra.

Resulta que ya para esta fecha, las ventas no eran tan buenas y solo estábamos saliendo a vender Foliar y yo para no quemar la zona donde anduviéramos. Pero resulta que ese día el Conejo le había hablado por teléfono a él, que supuestamente quería ir a vender y que él había estado saliendo a trabajar con un grupito y Foliar, en su ansia de buscar quién pagara la gasolina, le dijo que sí al Conejo, pero cuando vio el grupo se quedó hasta pendejo de ver tanto bichito y a un tipo ya grande de edad, el Negro, que era vendedor de dulces y agua embolsada, que tenía la cualidad de que no maduraba decían, pues todavía salía a jugar chibola y trompo, juegos tradicionales de niños en El Salvador. En fin, eran como 12 aproximadamente los que había traído el Conejo ese día, que disque eran buenos jaladores. Algo que definitivamente estaba muy, pero muy lejos de la realidad.

La situación obligaba a pensar estratégicamente, ¿a dónde ir?, ¿qué zona daría abasto para que pudieran trabajar todos y tampoco quemar la zona? Había diversas opiniones sobre a dónde ir y por último se tomó la decisión de ir a Zacatecoluca y dijo Poliar:

— Demole entonces.

Me fui en la cabina y el Conejo, por no hacer sentir mal a los chamacos que había llevado, se fue en la cama con ellos; supongo que para aconsejarlos de lo que iban a hacer.

No se habían terminado de subir todos cuando se sintió un agachón en el carro y dijo Poliar:

— ¡Puta, vamos un vergo!, nombre Conejo, no jodas mejor quédate. Ahí anda a una zona aquí cerca, ¿por qué no te quedas aquí en los Conacastes?

— Dale Foliar, ahí vas a ver qué vamos a vender.

Ni modo dijo y se persignó (costumbre católica de hacer la señal de la cruz). Nos pusimos con todo y en poco tiempo ya estábamos en la autopista para conectar con Zacatecoluca y nos preguntábamos ¿será que venden?
- Naaa, le dije, lo más probable es que los maten por la pinta que llevan.

Entre reírnos, pensar y recordar que aún estaba relativamente temprano y llevábamos hambre. Pasamos por donde unas señoras que tienen pupuserias a orilla de carretera a desayunar. Cada uno pidió según su presupuesto y el Negro pidió como que nunca iba a comer de nuevo $3.00 de pupusas, que

serían como unas 9 o 10 pupusas. Después de eso, nos pusimos nuevamente en movimiento y finalmente llegamos a la zona y, como siempre, el parqueo del vehículo cerca del puesto policial y a dividir la zona en grupos de trabajo.

Yo me fui yo solo. Me puse en camino a darle con fe a pesar de que ya en esos días andaba un poco desmotivado; pero igual, de algo tenía que comer y pagar mis cuentas. Empiezo a caminar y vender y la hora de reunión a las 4:00 pm de la tarde. Había vendido, y algo quedó.

Ese día les regalé unas fotografías que había tomado anteriormente con mi teléfono celular a Foliar. Y fue llegando la cuadrilla del Conejo. Para variar, él siempre tiene la costumbre de llegar de último.

Fui a comprar pan dulce y lo repartí a los que alcanzó. Por cierto, había entre los vendedores un par de casos muy especiales: el Negro que cuando finalmente llegó, el Conejo le pregunta:

— Qué ondas, ¿cómo te fue?, ¿vendiste?

Le responde que no había vendido nada y el Conejo se comienza a reír cuando le dice:

— Y ahí, qué ondas Negro…

— Vale verga, más que a gastar vine. ¡Hoy me va a dar verga la mujer!

Nos comenzamos a reír y el Conejo va de chiliarlo, pero eso no era todo.

El mejor fue un chamaquito que miren qué clase de apodo: Orejas de Radar, que resulta que una persona, por decirlo así, que no estaba en sus cabales (loco), le dice al cipote este:

— Ñañaña.

Viene él y le pregunta:

— ¿Quiere ver los controles?

— Ñañaña.

Como el Conejo le había dicho que les ofreciera a todos, sin importar quién fuera, él le hizo caso y le dio el control al loco y que salió corriendo.

Es decir, le robó el control al cipote. Desde que yo vi a ese tipo, estaba seguro de que era una persona especial, pero el joven vendedor no lo pudo notar y terminó perdiendo un control.

En fin, regresamos jodiendo a esos dos célebres personajes del día: al Negro mortificado diciéndole:

— Hoy te dan verga, Negro, te van a decir: te gastaste el pisto, hoy dormís con el chucho.

El tipo sintiéndose mal y uno terminándolo de joder. Como decimos por acá, "del árbol caído, todos hacen leña". A pues ya daban las seis y media de la tarde y nos fuimos en la cabina el Conejo y yo y comenzamos a comentar el día de trabajo.

Y dice Poliar:

— Puta, Conejo, ya la cagas. Me traes un vergo de Peters y un vergo de Pelonas.

En síntesis, malísimos vendedores callejeros. Me comienzo a reír y el Conejo igual. Ya Foliar iba sintiendo que no le iban a pagar la gasolina y le dice, vale verga Conejo: - Y hoy me vas a salir que esos cerotes no vendieron.

— Ahí no tengo yo la culpa, Foliar, yo te voy a pagar lo mío.

Finalmente, llegamos al supermercado que está a un costado de Unicentro Soyapango a hacer cuentas y casi nadie le aportó para la gasolina. Foliar se puso perro y dijo:

— Puta, al ver que va el vergo de cerotes van a pensar que tengo pisto, ¿y qué putas? Ni un cerote vendió.

Me comienzo a reír y un chamaco, el Horrible, allá en Zacatecoluca se había gastado la ganancia y el pasaje en pan dulce y solo el costo de los controles le tenía a Poliar. Total, casi nadie le aportó y cada uno agarró por su lado.

Como en esos entonces ya empezaba a circular la ruta 140 en la autopista, nosotros nos fuimos hasta la casa de Foliar, para seguirnos burlando de él porque nadie le había pagado la gasofa. Siempre que pasaba algo así, no podíamos dejar de sacarles la piedra a los que caían en la trampa de no cobrar o dejar algo pendiente. Total, ya estábamos acostumbrados a las bromas, y si alguien se molestaba, pues ya sabíamos que se les pasaba al rato.

En el camino, no sé qué me dio de ver al piso del carro, pero algo me llamó la atención. Ahí estaba, en medio de los objetos tirados, un maletín de lona. De esos que usaban los vendedores de dulces en las paradas, el típico maletín que cualquier persona en El Salvador ha visto alguna vez. Me agaché rápido, lo agarré con una sonrisa de picardía y, sin pensarlo, lo levanté y le dije:

— Para vos, Foliar, un recuerdo.

Viene bien molesto, lo agarra y me dice:

— ¿Y para qué me das esto vos, cerote?

Lo tira a la calle y me comienzo a reír y el Conejo igual. Y se le apagó el teléfono al Conejo debido a que se le había acabado la carga y me dice:

— Hey, ya no me encendió.

A lo que le respondí:

— ¿Y quién putas te va a hablar, pendejo?

Cuando ya regresábamos por la vereda de ahí, por donde vive Foliar, la de siempre pasamos comprando yuca frita y el Conejo, después de intentar un rato, lo logró encender y le cae un mensaje del Negro:

— Tráeme el maletín.

El que ya habíamos tirado a la calle. Nos subimos al microbús, nos acomodamos en nuestros asientos, y el sonido de la radio, mezclado con las conversaciones de los demás pasajeros, nos hizo caer en cuenta de que habíamos vivido otro día lleno de esas bromas, risas y momentos que solo se entienden los vendedores ambulantes. A pesar de las bromas pesadas, las apuestas absurdas y las situaciones locas, siempre había algo que nos mantenía juntos. La vida, aunque a veces difícil, es mucho mejor cuando se enfrenta con una sonrisa, y ese día, como todos los demás, habíamos logrado encontrar esa sonrisa, una vez más.

Así terminó otro día divertido, uno más de esos días que, aunque parecen sencillos, están llenos de historias que, con el tiempo, se convierten en recuerdos inolvidables.

Capitulo 45

Comprando oro por San Vicente

Capítulo 45:

Comprando oro por San Vicente

Cuando una idea que genera dinero, lo más inteligente es intentar replicarla y, mejor aún, superarla. Resulta que de las veces que habíamos salido con el Tío Larry, Foliar me había hecho el comentario de que él quería probar comprar oro, porque había visto que el Tío Larry de voladas compraba oro y me había dicho:

— El domingo vamos a comprar la maquinita (la báscula electrónica para pesar el oro), pero no le vayas a comentar nada al Tío.

— A mí me vale lo que vos hagas con tu puta vida, le respondí.

Él, ofendido como siempre, me devolvió el comentario con un tono de reclamo:

— ¡Hey! ¿Por qué me putias, ah?… decime.

Me comencé a reír y le digo:

— Tranquilo, no le digo nada.

Resulta que pasó la semana y ahorró lo suficiente para comprar la báscula electrónica y la fuimos a comprar un día domingo que no fuimos a trabajar. La encontramos a buen precio y compró los líquidos para probar si era real el metal que estábamos comprando. Por cierto, antes de hacer la compra, se le ocurrió pedirle prestada la báscula al Tío Larry. ¡Error! El Tío, al ver que Foliar le pedía la báscula, lo miró con una expresión tan fría que casi podía sentir el rechazo en el aire. La mirada que le lanzó fue como si le hubiera dicho "Judas Iscariote", y de inmediato, el Tío Larry soltó una frase que nunca olvidamos:

— Si va a comer, coma solo y en silencio.

Era una directa, no una indirecta, de que no le había caído para nada en gracia que le quisiera hacer competencia en el negocio. Foliar, cuando salían, se echaba la manta, como dicen, observaba detenidamente cómo compraba el Tío y hoy parecía listo para replicar el sistema.

En fin, para no hacer tan largo el cuento, llegué el lunes por la mañana temprano, como regularmente lo hacía. Tomamos café y el respectivo pan dulce y nos pusimos a pensar a qué zona iríamos a trabajar. Decidimos ir a la calle a San Vicente, donde por cierto es un lugar en donde venden comúnmente porque son productores de ciertos dulces de atado, dulce de panela o lajas de dulce, como se le quiera llamar. Llegamos, el vehículo, como era acostumbrado, quedó cerca de la estación de Policía.

Decidimos irnos juntos porque la idea era comprar oro. Bueno, en mi caso era ayudar a Poliar a que comprara oro. Así empezó la travesía y no tardé mucho en conseguirle un cliente que quería vender unas cadenas pedaceadas.

Trabajamos hasta las tres de la tarde y antes de decidir que era hora de regresar, subimos una media colina y encontramos un lugareño que estaba envolviendo dulce de atado y le comento a Foliar:

— ¿Qué ondas? ¿Le pedimos?

— Nombre, Guayo, a la mierda te va a mandar.

— Me vale verga, yo le voy a pedir.

— Onda tuya, tajo de cerote. Si querés que te ahueven, ya estás igual que el pendejo del Conejo, que solo pidiendo pasa.

Vine yo e hice caso omiso a lo que decía Foliar y le pedí amablemente que si me regalaba dulce de panela. Se me queda viendo bien serio y seguía envolviendo los atados de dulce y me responde:

— Hay, agarre todo el que se pueda comer.

Se veía que era de esos señores de antes que tenían una apariencia de serios, pero al hablarles te das cuenta de que son súper amables. Me comí 5 atados completos. El señor se me quedaba viendo extrañado y preguntándose cómo carajos me estaba comiendo tanto dulce si ese producto empalaga con rapidez. Pues Foliar se comió uno, nos despedimos y le dimos las gracias. Seguimos caminando, el nivel de azúcar que teníamos era elevado. Debido a eso, trabajamos al doble de potencia. Por cierto, comenzábamos a joder en extremo a repetir las frases del Tío Larry:

— Se compra anillo sonto.

En ese momento, ni idea de qué significa eso. A todo esto, vendí unos cuantos controles y nos fuimos al centro a vender el metal que se había logrado comprar. Llegamos al centro a eso de las 4:00 pm a vender lo recolectado y Foliar me dice:

— Yo vi que aquí vino el Tío Larry.

Llegamos a una joyería un tanto escondida a un costado del mercado Sagrado Corazón y ofreció y vendió el oro que habíamos conseguido.

Lo pesaron y probaron para ver si no era falso, como algo común que se da acá o en cualquier parte del mundo es que la gente te intenta vender cosas falsificadas. Le pagaron y me dio una parte y, como dice el dicho, calabaza, calabaza, cada quien para su casa.

Esa tarde, me fui al centro para tomar el bus, ya que como en esos tiempos no era tan difícil encontrar transporte. No quería quedarme esperando en el parqueo a que me dieran un ride. Mientras tomaba el bus, pensaba en lo curioso que es el negocio. Como bien decía Foliar, mucha gente no quiere enseñar cómo ganar dinero porque teme que les roben la idea. Pero a veces,

el negocio no es más que una cuestión de tomar la oportunidad cuando se presenta. Como decían mis abuelos, "El cinco que es de uno, nadie se lo quita."

Y así, otro día más había pasado, con un par de risas, mucho oro, y algunas lecciones aprendidas de la mano del Tío Larry y su indiscutible sabiduría de la calle.

Capitulo 46

Dichos, palabras y frases de cada vendedor

Capítulo 46:

Dichos, palabras y frases de cada vendedor

- **Un pedo acústico,** de Norbert
- **Mira, mira, de Garrobo,** algunas veces Foliar
- **Borrego sheeeee,** creo que de todos
- **El dedo de jocote,** creo que todos también
- **Coño,** el Conejo y Foliar a veces
- **Te lo juro,** todos
- **La tierra huele a dinero,** de Norbit
- **Gran cosecha, del Chele,** Conejo y Poliar
- **Sí, hijo de tres putas,** de Poliar
- **Aquí matan, pero se vende,** del Conejo y mío
- **Tungara maldito,** de Guicho
- **Así como es el niño es el juguete,** del Conejo
- **El zaite,** de Goliat
- **Citrus,** del Chele y mío
- **Debemos recuperar la cabeza de Ong bak,** del Chele y algunas veces Lito y Foliar
- **Fodonguita,** del Chele
- **Chet, del Chele,** Peter y algunas veces el Conejo
- **Listo pa la pregunta,** originalmente de un vendedor a quien le decían de apodo Don Diablo y que regularmente lo usábamos el Chele y yo y algunas veces otros vendedores
- **¿De qué color es el caballo blanco de Napoleón? Jajaja.** de Don Diablo y parodia mía.
- **Curcucho,** del Chele y su servidor
- **Chicotudo,** de absolutamente todos
- **A Peri-centro,** de Don Diablo y lo parodiaba el Chele
- **Eeeeeehh Goliat, del Gordo,** parodiado por todos
- **Llegaron ya están aquí controles originales,** de Poliar o su servidor
- **Hey, no seas así, man,** del Conejo
- **¿Qué ondas, qué pasóoooo?,** de absolutamente todos

Capitulo 47

Técnicas de ventas callejeras

Capítulo 47:

Técnicas de ventas callejeras

Cada vendedor callejero tiene su manera especial de seducir al cliente para que compre cosas que, a veces, no necesita. Como dicen los grandes gurús de las ventas: tú les ayudas a tomar buenas decisiones de compra. Les daré un ejemplo práctico los controles remotos para televisores y DVDs.

Había controles que lo único que cambiaba era la marca, el diseño o el color. Nuestro control campeón era válido para toda clase de televisores y algunos DVDs.

Siempre llevábamos dos tipos de controles por si salía el cliente y decía:

— No, yo no quiero de esos, porque no sirven, ya tuve uno.

En ciertas ocasiones, los clientes hasta tenían el control con todo y estuche. Entonces, les mostraba el otro tipo de control, uno que era idéntico pero de color diferente. Por ejemplo, si el control que tenían era negro, les mostraba el mismo en color gris y les decía:

— Si es que ese es chinito, el material es más tostado.

Les decíamos que lo tocaran y, como por arte de magia, causaba un efecto psicológico: "Sí, es cierto, se siente diferente el material." Decíamos lo necesario para demostrar que el control que llevábamos era mejor que el que ellos tenían.

A veces, terminábamos por convencerlos. Nuestra política siempre fue dejar bien explicado el procedimiento para programar el televisor y qué hacer en caso de que se desprogramara. Así, en otra ocasión que llegáramos, no quisieran hacer alguna especie de acto terrorista contra nosotros, porque el vendedor callejero tiene esa mala fama de ser:

— Sinvergüenza y estafador.

Claro, algunos lo son, pero otros, como nosotros, nos rebuscábamos para ganarnos el pan de manera honesta. Salíamos a trabajar por nuestras familias o porque no queríamos pasar hambre en casa.

Las técnicas de venta que me enseñó mi mentor, el Conejo, fueron las siguientes:

1. **El Original:** "Debería quedarse con él, es el original." A continuación, el discurso: "Ese le da todas las funciones que le daba el original del televisor; para que le haga todos los ajustes." Esto era cierto y cuando el cliente se resistía, le decíamos:
2. **Comparación de Precios:** "No lo va a encontrar en el almacén, vale entre $20.00 a $22.50." El punto es que ahí ni siquiera venden controles, a lo mucho universales.
3. **Romper el Tecolote:** Cuando el cliente estaba a un paso de caer pero no se decidía por el factor dinero, le decía: "Rompamos el tecolote" (la alcancía). Normalmente, eso les sacaba una sonrisa y regularmente posterior a eso, compraban o nos mandaban a volar.

Cada vendedor tiene sus métodos, pero como en matemática, el orden de los factores no afecta el producto. Vender es vender en cualquier idioma que se diga.

En resumen, las técnicas de venta son fundamentales para cualquier vendedor callejero. Cada día aprendemos algo nuevo y nos adaptamos a las circunstancias para seguir adelante en esta vida llena de desafíos.

Capitulo 48
Ya con mi propia merca

Capítulo 48:

Ya con mi propia merca

Este es un capítulo muy especial porque marcó un cambio radical en mi vida, tanto económica como profesionalmente, en el mundo de la venta callejera. Hasta ese momento, estaba acostumbrado a depender de lo que Foliar me ofrecía, pero a lo largo del tiempo me fue quedando claro que los precios que me daba eran un abuso. Ya le había comentado al Conejo que, a pesar de que tenía un par de billetes ahorrados, ya estaba harto de los precios inflados de Foliar. Quería dejar de ser el "tonto" que siempre compraba caro y empezar a tomar el control de mis propios negocios.

Un lunes —y esto es importante porque, en realidad, rara vez trabajábamos ese día— salimos con el Conejo a turistear por el centro histórico de San Salvador. Le dije:

- ¿Por qué no vamos allá por el Sagrado a ver a cómo compra los controles y los focos Foliar?

Y me dice:

— ¿Querés ir?

— Pues sí, si no, no te lo estuviera diciendo.

Yo siento que muy caro nos los da Foliar. Pero onda tuya si querés que ese cerote te siga sacando los ojos con la merca.

Él se quedó callado, pero al final aceptó. Fuimos a los puestos del mercado Sagrado Corazón, un lugar que ya conocíamos bien. Allí nos dimos cuenta de que podíamos conseguir las bandejas de baterías a precios más baratos, en lugar de comprarlas unitariamente como lo hacíamos con Foliar. El plan original era comprar solo las baterías AA y AAA, pero como siempre terminábamos compartiendo lo que comprábamos, yo sabía que era una mejor estrategia comprar las bandejas enteras.

Usando el dinero que había ahorrado con mucho esfuerzo, me animé y compré mis primeros focos (4, para ser exactos), y controles de las marcas que ya sabía que se vendían bien. No podía evitar sentirme nervioso por lo que Foliar fuera a decir cuando se enterara de que había comprado mi propia mercadería. Pero al final, me dije: "Bueno, ultimadamente me vale madre lo que piense ese pendejo." Ya era hora de tomar el control.

El día siguiente, cuando nos reunimos con Foliar para reanudar el trabajo, me estrené con mi propia mercadería. Foliar no tardó en darse cuenta, y como siempre, puso el grito en el cielo:

— "Puta, Guayo, me andás haciendo el quiebre. No jodas, eso no se hace."

— No jodas, ándate a la verga, cerote. De por sí nos das cara la merca, nos cobras cara la gasolina, de algo tengo que rebuscarme.

Ese fue el inicio de mi travesía comprando mi propia mercadería, porque yo compraba lo que yo quería, no estaba limitado a lo que Foliar quisiera darme. Así también llegó el fin de que Foliar me confiara su mercadería, porque decía que yo se la iba a cambiar, cosa que me parecía de lo más estúpido.

Después, solo me cobraba la gasolina del viaje, porque no le convenía ir con menos gente, ya que le tocaría poner a él más para combustible.

Gracias a mi trabajo, pude ir comprando lo que necesitaba. Al principio fueron cosas pequeñas, pero con el tiempo fui amueblando mi hogar. Recuerdo que después de un año, ya tenía todo lo indispensable: una cama, una mesa, una silla, una estufa, un refrigerador... todo lo que uno necesita para vivir bien. Al principio no fue fácil, pero todo el sacrificio valió la pena. Lo más importante es que al final logré tener lo que quería, y esa sensación de independencia fue lo que me dio la verdadera libertad.

Como dicen por ahí, el trabajo dignifica al hombre. En esos momentos difíciles, aprendí que si realmente quieres lo bueno, tienes que luchar por ello.

No rendirse nunca, aunque todo se vea oscuro, aunque parezca que no hay salida. Esas son las pruebas que la vida te pone para que sigas adelante. El secreto está en no abandonar tus metas y objetivos. Uno es lo que uno quiere ser, y para ser alguien que vale la pena, tienes que estar dispuesto a hacer todo lo necesario para lograrlo. Y así fue como empecé a escribir mi propia historia, una que nunca imaginé, pero que al final fue mía.

Capítulo 49

El día que casi pierdo la vida

Capítulo 49:

El día que casi pierdo la vida

Bueno, ¿qué podemos decir de este capítulo? Es, por decirlo así, trascendental. Resulta que ese día había dicho el Conejo que iba a llegar porque ya teníamos ratos de no verlo ni salir a vender juntos. Era un sábado, para ser precisos, el día que anteriormente he mencionado que era el mejor día para vender. Ya iban a dar las nueve de la mañana cuando le digo a Foliar:

— Mira, maricón, el Conejo ya no vino, demole nosotros.

— Ni modo, me dijo, craneemos la zona.

Decidimos finalmente ir a una zona que ya teníamos tiempo de no visitarla. Se llama, entre comillas, RESIDENCIAL LOS CHORROS. Pues resulta que nos pusimos en camino. Él andaba en un carro, por decirlo así, tipo sedán de 2 puertas, color amarillo, que parecía taxi pirata. No entendí bien qué final tuvo porque Don Lito lo anduvo un tiempo. En fin, salimos ya tardecito y llegamos a la zona aproximadamente a eso de las 11:00 de la mañana y parqueó el carro y de ribete, el carro costaba que le arrancara, porque andaba con problemas. Regularmente le desconecta la batería, por aquello de que les cueste robárselo. A fin de cuentas, ese día, como que ya presentía algo, Foliar no le desconectó la batería y nos pusimos con todo, a querer trabajar en la zona y empezamos en los primeros pasajes del fondo de la susodicha residencial. Empezó la rutina de tocar casas y ofrecer el producto. Después de que tocamos la primera parte de la colonia, nos regresamos al sector donde estaba parqueado el carro, y no había tocado ni un pasaje cuando me rodearon 3 niños, porque no les puedo llamar de otra forma a unos chiquillos de aproximadamente 9 y máximo 11 años. Me grita uno, negro, sin énfasis de racismo y, por cierto, me dice:

— Levántate la camisa. Y, pues así, de lejitos, me la levanté y me dicen:

— ¿Cuál es el miedo?

A lo que yo respondí:

— No, si no es miedo, lo que pasa es que no he vendido.

Y me dicen:

— Bájate el pantalón. Y más que yo, por tener una ideología rockera, se imaginarán qué clase de ropa andaba: un pantalón casi pegado a la piel.
Y les respondo:

— Mira la ropa que ando, ¿cómo me lo voy a bajar?

Y me dice ese mismo negro:

— Yo te voy a dar verga (ya te voy a dar una paliza).

Y saca un arma de las que llaman de 9 milímetros y me la pone en el pecho.

— Vas a hacer lo que te diga.

Y al rato llega otro vago más mayorcito y me dice:

— ¿Y vos qué ondas? ¿Qué pedo? ¿Con quién andas?

— Ah, le dije, con otro chero, ando un alto.

— ¿De dónde vienen? – me volvió a preguntar.

— De Soya – le respondí. Pero vivo en Ilobasco, cosa totalmente falsa.

Y me dice:

— ¿Y qué pedo con tu chero que se nos corrió y me dijo que andaba solo, y que no te conocía?

— No, pos entiéndanlo que él es miedoso. Y les comencé a justificar lo injustificable, es decir, el accionar de Foliar. A todo esto, yo juraba que el soberano hijo de puta andaba todavía en la residencial y me dicen:

— Lo quisimos registrar y se corrió, ahorita ya se fue de la colonia.

Vaya, hijueputa, dije en mis adentros, ya me mataron estos canijos. Pero gracias a cómo les hablé, los convenció mi argumento y me dejaron ir en ese momento. Y al solo que intenté seguir tocando casas, viendo por dónde podía salir corriendo, pero estaba totalmente perdido. Para salir de ahí corriendo, estaba como a unos 15 minutos corriendo. En todo lo que intentaba huir, ya me había asesinado, porque ni que tuviera la velocidad de algún Super Heroe.

Y al rato me sale al encuentro un cliente y me dice que quería ver los controles y con la facha que le vi, yo dije: este a ejecutarme viene, todo mal encarado, pelón. Pero afortunadamente esa era su presentación, no me hizo nada. Me llevó donde el hermano que quería comprar el control y se lo terminé vendiendo en $5.00. Pero ni modo, no había vendido mucho y ese era el primero. A todo esto, ya le había estado llamando a Foliar un par de veces, 10 para ser exactos, y nada que me contestaba. Y yo me resigné y seguía pensando cómo iba a salir de ahí.

Después del típico estira y encoje, vendí mi segundo control, a un mal precio por cierto. En ese momento me empieza a llamar Foliar y cómo le contestaba si me estaban rondineando los delincuentes. Finalmente me meto a un pasaje y lo vi medio solo y me timbra Foliar y le contesto. Más tarde, al contestarle, casualmente fui a dar a un comedor donde estaban almorzando los delincuentes que me habían registrado, y me dice uno, pero de forma tranquila:

— Hey, ¿qué ondas? ¿Nos vas a alivianar con $10.00 para pagar los almuerzos?

— Nombre, le dije. De igual forma me matarán, dije en mi interior.

— No ando, si solo uno he vendido y voy lejos.

Te puedo dar $1.00 porque si no, no llego a mi casa y no comen mis hijos. Cosa absurda, no tenía hijos en esa época. Ahora tampoco los tengo, pero ese no es el punto. Al final me aceptó el dólar y me fui al punto de buses de la residencial y me subo al microbús. Y, de ribete, se estaciona como media hora. Esa fue la media hora más larga de mi vida.

Finalmente arrancó el microbús, salí y le marco a Foliar y le digo:

— ¿Dónde estás, pendejo?

Y me responde:

— En Unicentro Lourdes, venite para acá.

En ese momento iba hasta tembloroso del impacto de la situación que acababa de pasar. Llego, me subo al carro y me dice:

— Vamos a otra colonia.

— ¿Estás pendejo o que? Vámonos para la casa

– le dije. Y me responde:

— Si va. Le pagué los 2 controles que había vendido y me fui a mi casa a descansar de ese traumante momento.

Así fue **EL DÍA QUE CASI PIERDO LA VIDA**.

Capítulo 50

Vendedores Especiales o Espaciales

Capítulo 50:

Vendedores Especiales o Espaciales

La vida de vendedor ambulante no solo se trata de caminar, tocar puertas y lidiar con el sol ardiente. Es también un cúmulo de encuentros con personajes únicos, cargados de historias, peculiaridades y anécdotas que te arrancan carcajadas o te dejan pensando en lo extraño y maravilloso de la vida. Cada jornada es un capítulo de sorpresas, una clase de sociología improvisada en plena calle. En esas calles, no solo se venden productos, sino que se cruzan destinos, se aprenden lecciones y, a veces, se entienden los secretos de la supervivencia. Aquí va una colección de algunos de ellos, esos que marcaron mis días de venta, y me regalaron lecciones, sin quererlo, que aún hoy resuenan en mi mente.

Es curioso cómo un simple encuentro con un desconocido puede hacerte reflexionar sobre tu propia vida. En la calle, todos somos iguales: luchadores en busca de algo más, ya sea dinero, reconocimiento o simplemente sobrevivir un día más. Cada personaje tiene su propia historia, pero todos compartimos ese denominador común, esa necesidad de salir adelante a toda costa.

Don Diablo: El Enigma de las Gafas Oscuras

De Don Diablo se hablaba mucho, aunque la mayoría de las veces en chistes sin gracia que lo hacían parecer un personaje salido de alguna película mala. Lo identificabas de lejos: gafas negras, cigarro en mano y una actitud que parecía más de villano de novela que de vendedor. Nunca supe si le decían "Don Diablo" por sus gafas oscuras o por su fama de que andaba vendiendo y no apagaba el cigarro y fumaba frente a los clientes, pero lo cierto es que causaba curiosidad.

El día que lo conocí fue en el comedor del mercado Sagrado Corazón. Yo, siendo como soy, intenté romper el hielo:

—El mero Don Evil, el ser más diabólico de El Salvador.

Él me miró serio, sin decir una palabra. Fue en ese momento que supe que me había pasado. Jajaja, lo pienso ahora y me da risa, pero en ese entonces entendí que a Don Diablo no se le andaban haciendo bromas, sobre todo si no lo conocías. A pesar de todo, nos cruzamos algunas veces más, siempre manteniendo una distancia prudente, m[as que todo para no vacilarlo porque ante todo era un adulto mayor que andava en lucha continua por salir adelante.

El Chele y yo teníamos la mala costumbre de imitarlo, se definitivamente solo porque eso hacía reír a Adriana, una vendedora nueva que había llegado al grupo. Ella no duró mucho con nosotros, porque estaba estudiando y creo que la habian expulsado cuando anduvo con nosotros en esos dias, pero aprendió algo: en la calle, reír es necesario para no volverte loco.

Chichicaste: El Regalón

Otro personaje inolvidable era Chichicaste, un señor mayor al igual que Don Diablo y como todos nosotros, se rebuscaba vendiendo. Su estrategia de venta era un tanto peculiar. Si el cliente regateaba, él bajaba tanto el precio que prácticamente regalaba los controles.

—¿A cómo los lleva? —le preguntaban.

—A $7.

—¿No me lo deja en $5?

—¡En $3, lléveselo ya, hay que le quede!

Imagínate nuestra frustración. Entre nosotros intentábamos mantener precios más o menos estandarizados, pero Chichicaste desarmaba cualquier estrategia. Aunque nos molestaba, no podíamos evitar reírnos de lo absurdo.

—¡Chichicaste, por favor! ¿Te das cuenta de que con eso no recuperas ni lo que pagaste? —le decía el Conejo

—Es que el cliente me cayó bien —respondía con una sonrisa.

Era un personaje único, con un corazón tan grande como su terquedad.

El Radiotécnico: El del Maletín de Doctor Chapatín

El Radiotécnico llegó al grupo por recomendación del Conejo, nuestro eterno reclutador. Reparaba televisores, pero con el negocio en decadencia, decidió probar suerte en las ventas. Su maletín parecía el del Doctor Chapatín: lleno de herramientas, cables y no sé qué más.

El primer día de ventas lo mandaron con Foliar, quien lo trató como un aprendiz. Pero el Radiotécnico no duró mucho. Después de un par de días, se perdió. Cada vez que lo veía, me decía

—Al rato le caigo a David (Foliar). Ya conseguí unos televisores para que reparemos.

Nunca volvío por cierto. Supongo que las ventas no eran lo suyo.

Pabian: El Caminante

Pabian, como lo llamábamos, era otro que llegó gracias al Conejo. Mecánico de enderezado y pintura de profesión, pero por las vueltas de la vida, terminó intentándolo como vendedor ambulante. Sin embargo, tenía una peculiaridad: no vendía nada. Se limitaba a caminar detrás de nosotros sin tocar una sola puerta.

—¡Toque, niño! Que aunque sea una puteada le van a dar —le decía Foliar.

Pero Pabian ignoraba cualquier consejo. Al final, como muchos, se fue sin

pagar lo que debía de mercancía, cambiando de número telefónico para no ser encontrado.

El Chorizo: Amigo de Risas

Por último, está el Chorizo, quien era conocido en nuestra colonia como "el Chory". Él sí era un buen vendedor y, además, un buen amigo. Una vez fui a su casa para venderle unas piezas de celular que necesitaba. Toqué la puerta y salió una señora que parecía su madre.

—¿Está el Chorizo? —le pregunté.

—¡Aquí no hay ningún Chorizo! —me respondió con seriedad

—Yo solo sé que le decimos Chorizo —insistí.

Al final, salió mi amigo, riéndose de la situación. El Chorizo era de esos amigos con los que siempre podías contar, aunque la vida nos llevó por caminos distintos.

Estos personajes me enseñaron que en la calle no solo vendes mercancía, también vendes esperanza, sueños y, a veces, risas para sobrevivir al día a día. Don Diablo, Chichicaste, el Radiotécnico, Pabian, el Chorizo y muchos más son parte de un mundo donde cada quien hace lo que puede con lo que tiene.

La vida de vendedor ambulante no es fácil, pero en medio de todo, encuentras historias que te marcan. Risas y tristeza se mezclan como los colores de un atardecer en el asfalto. Aquí, la lucha no es solo por dinero, sino por mantener intacta la dignidad en un mundo que a menudo te empuja a perderla.

Capítulo 51

Soy profesional y no encuentro trabajo

Capítulo 51:

Soy profesional y no encuentro trabajo

Como decimos más de alguna vez: algunos nacieron para ser estrellas y otros para estrellarnos. Definitivamente, esta profesión de vender en las calles enseña una variedad de cosas, y sobre todo experiencias que nos hacen cuestionar cada palabra de aquellos que, si no los conocieras o no trabajaran codo a codo contigo, los tildarías de mentirosos.

Cada día me levantaba pensando si ese día vendería algo o regresaría con las manos vacías. Ya andaba vendiendo solo cabe aclarar, y se me ocurrió visitar una zona que rara vez frecuentaba: Santiago Nonualco.

Después de desayunar aire, salí a abordar el bus hacia el centro y luego la terminal del sur, ubicada en San Marcos. Abordé la ruta 133, con la incertidumbre de lo que pasaría, porque, como todos sabemos, en esa época el país no era tan seguro como podría ser ahora.

Después de casi 45 minutos de viaje, el bus se llenaba y vaciaba con el constante ir y venir de pasajeros. Mientras tanto, un desfile interminable de vendedores subía y bajaba, ofreciendo de todo: maní dulce, sodas, dulces tradicionales, frutas y hasta pupusas recién hechas, cuyo aroma llenaba el aire y tentaba a cualquiera. Lo curioso era que cada vendedor tenía su estilo único, desde el que gritaba a todo pulmón hasta el que, con tono amable, parecía más un poeta que un comerciante.

Yo, por mi parte, no compré nada. No porque no tuviera hambre, porque la verdad es que llevaba el estómago vacío; ni siquiera había desayunado. Y, siendo sincero, tampoco estaba seguro de si ese día podría almorzar. Pero no era cuestión de capricho, sino de necesidad. Solo llevaba en el bolsillo lo justo y necesario para el pasaje de regreso. Como bien dice el dicho, hombre prevenido vale por dos. Así que, aunque las pupusas me hacían ojitos y el olor del maní dulce me recordaba los días de feria, me mantuve firme. Observaba a los demás pasajeros que sí podían darse el lujo de comprar algo y me consolaba pensando que, al menos, mi plan estaba claro: llegar a mi destino, trabajar, y luego ver cómo resolver el resto del día.

Llegué a la zona de trabajo alrededor de las 10 de la mañana, con la esperanza de que el día fuera productivo. Como siempre, cargaba mi mochila repleta de controles para televisión y focos, que según la etiqueta eran "ahorrativos", aunque uno nunca estaba del todo seguro si realmente cumplían con esa promesa. La rutina era la misma: caminar de puerta en puerta, detenerme en los negocios pequeños y en las casas donde se veía movimiento, ofrecer los productos con una sonrisa y un par de frases ensayadas para convencer a los posibles compradores.

Pasaron alrededor de dos horas, y el resultado era poco alentador. Solo logré vender un control, y además lo malvendí en $5.00. Claro, ya era algo, y como decimos por acá, "peor es nada". Al menos no regresaría con las manos vacías,

lo cual ya era una pequeña victoria en un oficio tan incierto como este. Sin embargo, cuando pensaba en el dinero que necesitaba para el día, para llevar sustento a mi hogar, esa venta se sentía como una gota de agua en un mar de necesidades.

Mientras seguía caminando bajo el sol, con la mochila cada vez más pesada, reflexionaba sobre cómo, a pesar de los esfuerzos, el margen entre lo que ganaba y lo que necesitaba siempre parecía una batalla perdida. Pero no había tiempo para lamentarse; en este negocio, cada puerta que tocabas era una nueva oportunidad. Así que respiré profundo, me ajusté la mochila y seguí adelante, porque la rebusca no espera y el sustento no llega solo.

1: Encuentro con Andrés
Sentado en una banca del parque central con una Coca-Cola en la mano y unas tortillitas en la otra, apareció Andrés, un joven de unos 25 años que vendía ropa de cama. Se acercó con una sonrisa y, como buenos salvadoreños, la plática no tardó en fluir.

—¿Cómo le va, amigo? —me preguntó—. ¿Ya vendió algo hoy?

A lo que respondí:

—Está quemada la zona. Solo pude vender un control —le respondí, encogiéndome de hombros.

El joven, a quien llamaremos Andrés, me contó que llevaba dos años vendiendo en la calle. Con dos hijos en casa, la vida no era fácil, pero al menos lograba llevar algo para sostener a su familia. Sin embargo, lo que me dejó sorprendido fue cuando me dijo:

— ¿Me creerías que soy abogado?

— La verdad no, pero ¿quién soy yo para juzgar?

— En serio —dijo, y de repente sacó de su billetera su credencial de abogado.

—Y aquí estoy, amigo, vendiendo como todos. A veces me pregunto para qué estudié tanto si al final ando en la calle. Pero bueno, los niños no saben si hay dinero o no, solo dicen:

—"Papá, tengo hambre" — Me dijo con un suspiro, mientras veíamos pasar a un joven de no más de 18 años conduciendo una pickup Toyota Hilux nuevecita.

Me pareció extraño que un profesional más un abogado anduviera vendiendo en la calle, pero al mirarlo, comprendí que la vida a veces toma giros inesperados. Como lo he dicho en más de una ocasión Los niños no saben si tenemos o no dinero; solo dicen: "Papá, tengo hambre." La situación de Andrés me hizo reflexionar sobre cómo la vida puede cambiar las expectativas y sueños de las personas.

2: Conociendo a Carlos

Tiempo después, en Jiquilisco, me crucé con Carlos, un hombre de más de 50 años que estaba sentado en una esquina revisando unos papeles. Por curiosidad —o metido, como buen salvadoreño—, me acerqué. Antes de que pudiera decir algo, él se adelantó:

—Soy contador —me dijo, como si estuviera defendiendo su dignidad antes de que yo pudiera cuestionarla—, pero ahora ando en esto. Ayudo a los vendedores a llevar sus cuentas mientras vendo un poco de todo.

Carlos había trabajado en empresas durante años, pero la falta de oportunidades lo empujó a la calle. Era viudo, y ahora dedicaba sus días a vender dulces y pequeños artículos, mientras ofrecía sus servicios como contador.

—No hay nada como ser tu propio jefe —confesó con una sonrisa que intentaba ocultar la melancolía en sus ojos—. Es difícil, pero al menos aquí me siento útil. Ayudar a otros me motiva.

Había algo admirable en su forma de enfrentar la vida, en cómo encontraba propósito en medio de las dificultades. Aunque la calle le ofrecía una extraña libertad, en su voz se notaba el peso de los años y la nostalgia por lo que había perdido.

3: Moisés en Santa Ana

Un mes después, mientras buscaba historias para este libro, llegué a Santa Ana. Ahí conocí a Moisés, o "Moi", como le decían. Era ingeniero civil, pero, para mi sorpresa, vendía artesanías junto a su familia. Había algo en su mirada, una mezcla de orgullo y resignación.

—La ingeniería siempre será parte de mí —me dijo mientras mostraba sus piezas—, pero no he podido encontrar trabajo en meses. Esto es lo que hay.

Moisés hablaba con calma, pero sus palabras estaban cargadas de tristeza. Alrededor de nosotros, la gente pasaba, algunos compraban, otros solo miraban de reojo, quizá preguntándose por qué un profesional estaba ahí.

—Aquí, al menos, llevo algo a casa. Pero no dejo de pensar en mis compañeros, los que están en oficinas, con aire acondicionado y buenos sueldos. A veces me pregunto si hice lo correcto al estudiar tanto.

Aunque Moi intentaba mantener el ánimo, su voz traicionaba la lucha interna que llevaba. Cada artesanía que vendía era un recordatorio de sus sueños pausados, de los sacrificios que había hecho y de las oportunidades que parecían esquivas.

—La gente piensa que, por ser ingeniero, debería estar mejor, pero aquí estoy, sobreviviendo. Lo más difícil no es vender, es aceptar que la vida no siempre sigue el camino que imaginaste.

Moisés era el reflejo de muchos salvadoreños que luchan por mantenerse de pie, a pesar de los tropiezos. En él vi una mezcla de resiliencia y desilusión, una lucha constante por encontrar sentido en un mundo que a veces parece no tener espacio para todos.

Capítulo 52

Entre Fracasos y Triunfos: El Regreso a la Universidad

Capítulo 52:

Entre Fracasos y Triunfos: El Regreso a la Universidad

Como todos sabemos, la educación parece ser un lujo en lugar de un derecho universal. Nuestros padres, si tenemos la suerte de contar con ellos, nos brindan hasta el bachillerato; otros, en cambio, solo logran una educación básica y, en los casos más extremos, apenas saben leer y escribir.

Mi historia no es única; hay cientos, tal vez miles, en nuestro país que comparten esta triste realidad. No pude ingresar a la Universidad Nacional en 2003, y cuando salí del instituto, lo primero que me dijeron en casa fue:

— Vaya, ¿qué pensás hacer? Tenés que buscar trabajo, ya tenés 18 años.

Con poca o ninguna experiencia, no tenía la más remota idea de qué hacer con mi vida. Así que empecé a buscar trabajo y, para mi fortuna, conseguí uno en un almacén de electrodomésticos justo para la temporada navideña, digamos la mejor epoca para vender. Después de eso, me vi atrapado en una serie de empleos mal pagados. Intenté ingresar a la universidad dos veces más, pero nada, nunca quedaba.

No fue hasta 2008, creo, que volví a intentarlo. En esa época ya me dedicaba a vender controles y focos ahorrativos, recorriendo calles y mercados con mi mochila al hombro. A pesar de las ocupaciones, decidí comprar mi ticket para hacer el famoso examen de admisión, que en ese entonces costaba $6.00. Con lo poco que ganaba, reunir ese dinero no fue fácil, pero el deseo de intentarlo nuevamente era más fuerte.

Me preparé para las cuatro materias básicas: matemática, lenguaje, ciencias naturales y ciencias sociales. Sin embargo, no fue nada sencillo. Había pasado tanto tiempo desde que había tocado un libro de texto que me sentía como si estuviera aprendiendo todo desde cero. Como bien dicen, lo que no se practica, se olvida. Pasaba horas intentando resolver problemas matemáticos y memorizando fechas históricas, pero no podía evitar sentir que la información se me escapaba como agua entre los dedos.

Y si lo pienso detenidamente, hasta el día de hoy, el trinomio cuadrado perfecto no me ha servido de nada en la vida real. Pero en aquel momento, sentía que estaba luchando por algo importante, y aunque el camino parecía cuesta arriba, estaba decidido a dar lo mejor de mí.

Para mi sorpresa, no quedé a la primera, pero vi que había una segunda oportunidad. Solo que tenía que pagar nuevamente los derechos del examen. En ese momento, mi situación económica era crítica. Estaba tan desalentado que pensé en rendirme, pero ~~mi novia~~ de entonces me preguntó:

— ¿Qué, no pensás hacer el examen?

— No tengo para pagar los derechos, si ni para comer tengo mucho menos para pagar un examen, que ni se si voy a quedar .

— Y si yo te lo pago, ¿lo harías?

— Obvio que sí.

Así que ella me dio el dinero y volví a presentarme al examen. Y, para mi desilusión, no aparecí en la lista otra vez. Era un dejavu; parecía que nunca iba a quedar. Luego, un amigo me sugirió que aplicara para reconsideración, que a menudo quedaban cupos dependiendo de mi puntaje. No recuerdo cuánto era el mínimo ni cuánto saqué, solo sé que estaba aplicando para Ingeniería Industrial. Fui a las clases, pues eso me recomendó mi amigo, y al pasar el tiempo, me dijeron que ya no podía entrar porque no estaba inscrito.

Así que fui a la facultad de ingeniería a revisar los nuevos listados y, para mi sorpresa, mi amigo me llamó por celular:

— ¡Men, aquí está tu nombre!

— ¿En serio? Ayer vi que no.

— Quedaste en Humanidades, en Licenciatura en Historia.

— ¿Quéeeeeee?

— Venite, ya entras, el próximo año hacés cambio de carrera.

Algo típico de esa universidad. No es que fuera malo, pero yo estaba tan desesperado. El tiempo era un lujo que no tenía, porque los horarios son tan sofocantes que resulta casi imposible trabajar y estudiar, a menos que seas del gobierno o te consientan demasiado. Así que corrí a inscribirme y a inscribir materias; solo llevaba dos, pero las tenía en la mañana.

Recuerdo que un día nos pusieron a leer sobre Akenatón, creo que así se llamaba; era de Egipto y la materia me interesó. Sin embargo, seguía cuestionándome qué estaba haciendo con mi vida. Al final, no pude sostener mis estudios universitarios, a pesar de que solo pagaba menos de $5.00 al mes, una nada para el costo regular de las universidades au incluso actualmente seria una ganga, aunque por decreto ahora es gratis.

Tenía que comer, y también debía contribuir en mi casa.

Así que me retiré indefinidamente de la universidad. Recuerdo a Don Lito, quien siempre me vacilaba con una frase popular entre los estudiantes de la Nacional:

— Esta es la U, ¡esta es la U!

Me daba gracia recordar que nadie me creía que estaba estudiando, y el cerote de Foliar me decía en tono burlón:

— Contame la historia de las hormigas.

Pasaron los años, hasta que en 2016 volví a iniciar mis estudios universitarios. Lamentablemente, no fue en la Nacional, sino en una privada, la Universidad Politécnica de El Salvador. Lo hice porque, donde trabajaba, me ofrecieron una media beca. En ese momento ya estaba casado y había tomado el trabajo porque necesitábamos el seguro médico para que ~~mi esposa~~ se operara del corazón, debido a una tetralogía de Fallot.

Decidí estudiar un Técnico en Sistemas y Computación, algo que realmente me gustaba y de hecho era en lo que trabajaba. Mi amiga Mercedes Cañas me apoyó al inicio de cada ciclo, y le estoy eternamente agradecido por eso.

Fue otra prueba en mi vida, pues trabajaba entre 9 y 10 horas al día y luego asistía a la universidad, tomando 2 o 3 materias por día. Entraba a clases a las 5 p.m. y a veces a las 6:30 a.m. Era una locura total. Estaba cansado y abrumado, pero me había propuesto obtener un título universitario. Cada ciclo era devastador, tanto anímica, familiar como físicamente. Había días en que solo quería estar con mi familia, pero debía ir a clases y completar mis materias. Era un verdadero caos.

Finalmente, logré egresar en 2017, el mismo año en que nació mi hijo, recuerdo que estaba terminando mi tesis mientras él llegaba al mundo.

Fue una locura; solo había un compañero en nuestro grupo, Atilio, que era superinteligente, pero el otro integrante no sabía ni cómo se llamaba. El dia que fuimos al estudio fotográfico para tomarnos la foto de graduación, en medio de todo, se me pinchó la llanta del carro. Pero, como decimos, "X". En 2018, finalmente me gradué. Me dieron algunas tarjetas, pero al final, no llegó tanta gente. Sin embargo, esa fue la culminación de mucho esfuerzo y horas que valieron la pena.

Capítulo 53

Mis últimos días como vendedor ambulante de controles

Capítulo 53:

Mis últimos días como vendedor ambulante de controles

Bueno, creo que este es el final de mi obra, al menos de lo que puedo recordar hasta este momento. Quizás en el futuro vuelva a escribir más, porque sé que todavía hay muchas historias esperando ser contadas, pero por ahora, es suficiente. Tengo otros proyectos que exigen mi tiempo y esfuerzo, y he dedicado gran parte de mis días a plasmar en estas páginas un capítulo especial de mi vida: el de ser vendedor ambulante.

Aunque ya no me dedico a este oficio, no descarto volver a hacerlo en algún momento. La venta ambulante fue, y siempre será, una parte fundamental de mi vida, no solo como una forma de subsistencia, sino como un pilar en mi formación personal. Es imposible olvidar las lecciones aprendidas y las anécdotas vividas. Y claro, todavía hay historias que, cuando las recuerdo, me arrancan una sonrisa o una carcajada, aunque también hubo días duros y cansados que me enseñaron a valorar cada esfuerzo.

Mis últimos días como vendedor callejero no fueron precisamente gloriosos. La chispa y la motivación que me habían impulsado durante años ya no eran las mismas. Es curioso cómo la vida funciona a veces: todo depende del momento en el que decides hacer las cosas, porque la energía y el entusiasmo también tienen sus ciclos. Más de alguna vez me preguntaron si no me cansaba de andar con la mochila al hombro, llena de controles remotos o cualquier otra mercadería que tocara vender ese día.

La respuesta siempre era la misma: no era que soñara con vivir así el resto de mi vida, pero en ese momento era lo que me permitía salir adelante. Era mi forma de enfrentar la vida, de luchar contra la adversidad, de ganarme el sustento. La mochila al hombro no era solo una carga física; era una metáfora de la vida misma, de cargar con responsabilidades y seguir caminando.

Recuerdo un día en particular, mientras trabajaba en Valle Verde, que, como muchos decían, era una mina de oro para las ventas. Tras una mañana de andar ofreciendo controles, regresé al centro buscando almuerzo. Fue entonces cuando me encontré con un compañero de trabajo de la gasolinera donde había trabajado antes. Fue una situación curiosa porque, aunque yo no lo recordaba, él me reconoció al instante. Me sentí casi como un rockstar: todos sabían quién era yo, pero a mí se me escapaban los nombres de muchos.

Nos pusimos a hablar y me contó sobre un nuevo negocio: vendía un juguete para niños llamado "PÁJAROS". Me mostró cómo funcionaba y, contagiado por su entusiasmo, acepté unirme sin pensarlo mucho.

Acá arriba les dejo cómo eran los famosos pájaros.

Quedamos en vernos lunes estaría listo para empezar.

Al cerrar estas páginas, reflexiono que la vida es una serie de ciclos. Unos terminan y otros comienzan, pero lo importante es seguir adelante, adaptarse y aprender. Aunque esta etapa como vendedor ambulante termina aquí, siempre la recordaré con gratitud y humor, pues ha sido una de las más valiosas de mi vida.

El lunes llegué a la hora indicada, con una mezcla de nervios y emoción. Él me llevó a la tienda donde compraba los pájaros. Decidí invertir en una docena, ya que el precio de $3.00 me pareció accesible y no tenía idea de si el negocio funcionaría. Confiar en algo desconocido era un reto, pero era un riesgo que estaba dispuesto a asumir. Él compró su mercancía y, mientras empezaba a armar los juguetes, yo observaba con atención. Pasaron aproximadamente dos horas y él no había vendido nada, mientras que yo ya había vendido varios. Al final, compró comida y, para mi sorpresa, no me compartió nada el semejante

hijueputa a pesar que yo le habia estado ayudando a vender sus productos.

En ese momento, sentí una punzada de decepción, pero también la determinación de seguir adelante, de encontrar nuevas oportunidades y recordar que cada experiencia, buena o mala, suma en el camino de la vida. Y ese mismo día conocí a uno de mis mejores amigos en la actualidad y casi un hermano, Mauricio Guerra (el Electricista). Él me invitó a una soda y pan dulce y le dijo al cuñado:

— Vale verga con vos, nada le das a los aleros.

Después de despedirme, me fui a comprar mi primera docena de pájaros y como pude los armé. Los fui a vender el día siguiente y me dice el tipo que me enseñó dónde los vendían:

— Puta, me estás quemando la venta.

Y le responde el electricista:

— Déjalo, cerote, que se rebusque…

Así, a pesar de las dificultades y la falta de motivación, cada paso me enseñó algo valioso. Aprendí que la vida es un constante vaivén de emociones, y que, aunque a veces el peso de la mochila parece insoportable, siempre hay espacio para la esperanza y la posibilidad de un nuevo comienzo.

Amigos, esto es todo por el momento. Muchas gracias por leer este mi escrito.

Glosario

A

- **Ahueven:** Te hagan sentir mal; te humillen.
- **Alero:** Persona que te acompaña.

Anantes: Acrónimo de a Penas.

- **Atado:** Dulce hecho a base de caña de azúcar.

B

- **Baleadas:** Tortillas de harina tipo taco cubiertas con frijoles.
- **Bolas:** Dinero.
- **Borrego:** Primo lejano de conejo.

C

- **Chicotudo:** Persona que posee mucho dinero.
- **Citrust:** Refresco popular de esa epoca
- **Cachada:** Sinónimo de oferta espectacular.
- **Catracho:** Persona de nacionalidad hondureña.
- **Chiliarlo:** Molestar a alguien.
- **Cadejo:** Leyenda de un perro místico en El Salvador.
- **Curcucho:** Jorobado.
- **Craneemos:** Pensemos.
- **Coyote:** Persona que hace diversos negocios tanto legales como ilícitos, también es asociado con personas que cruzan gente a los Estados Unidos.
- **Chulear:** Decir un halago a una persona especial.

D

- **Derecho:** Persona honesta y sincera.
- **Desvergue:** Acto de desorden.

F

- **Fodonguita:** Persona de complexión robusta.
- **Fuliar:** Llenar al máximo de combustible (gasolina).

G

- **Ginitas:** Sandalia hecha básicamente de hule para mayor comodidad.
- **Gasofa:** Acrónimo de gasolina.
- **Gallo:** Acrónimo (órgano femenino), así como también el animal de corral.

J

- **Jalador:** Acrónimo de vendedor.
- **Judas Iscariote:** Personaje bíblico que traicionó a Jesucristo.

M

- **Matocho:** Arbusto o maleza.
- **Miar:** Sinónimo de orinar (querer ir al baño).
- **Menjurge:** Compuesto medicinal.
- **Molote:** Desorden

- **Maliado:** Decepcionado o estresado.
- **Motel:** Lugar de alojamiento u hospedaje.

N

- **Noni:** Fruto conocido en el país por sus propiedades curativas.

O

- **Onk Bak:** Película con Jet Li famosa en su momento del que el chele había visto y su frase en castellano debemos recuperar la cabeza de Onk Bak.

P

- **Pedaseadas:** Rotas o estropeadas, pero aún con valor.
- **Pijaso:** Golpe.
- **Putiada:** Insulto extremadamente ofensivo.
- **Pisar:** Acrónimo salvadoreño de hacer el amor.

Q

- **Quemar la zona:** Dejar sin posibles clientes o ventas.

R

- **Rondiniando:** Estando al acecho.

S

Sonto: En el caso de joyas, que no tiene pareja.

T

- **Tajadas:** Plátano cortado en tiras para luego freír.
- **Tarrada:** Multitud de personas.
- **Timo:** Forma en que decimos acá a un engaño, robo, hurto.
- **Toreando:** Sinónimo de provocando.
- **Trienputado:** Extremadamente molesto.
- **Trompo:** Juguete tradicional de El Salvador.
- **Turicentro:** Balneario.
- **Truquear:** Intercambiar cosas.
- **Tungara:** No molestes.
- **Tuc-tuc:** Es una variación de una moto, pero parece sedán.

Z

- **Zaite:** Miembro reproductor masculino.

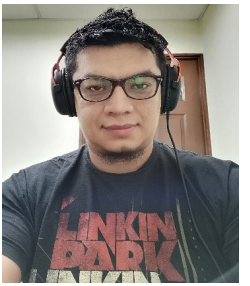
Referencias y Creditos

- Todas las referencias y nombres de marcas usadas en esta obra son propiedad exclusiva de sus respectivos dueños y son únicamente de carácter ilustrativo.
- **Maquetación y Diseño:** Licenciado Jonatan Steven Portillo Sosa.
- **Escrito por:** Javier Eduardo Zelaya Galeao (Locaciones: San Salvador, costado parque Simón Bolívar, parte de atrás del Palacio Nacional).
- **Editado por:** Javier Eduardo Zelaya Galeano y Jonatan Steven Portillo Sosa.
- La vida.
- Algunos nombres y lugares han sido cambiados para proteger la identidad de las personas.

Agradecimientos y Créditos:

Las imágenes de las páginas de apertura de este libro fueron generadas en Adobe Firefly bajo la licencia de Adobe. Se utilizaron herramientas de inteligencia artificial generativa mediante prompts para el desarrollo visual en cumplimiento con las normas de uso de Adobe.

Acerca del autor



Javier Eduardo Zelaya nació el 10 de mayo de 1985, originario de la ciudad de Soyapango, hijo de Ana Galeano y Francisco Zelaya. Dedicado a las ventas en las calles desde muy joven, empezó en su colonia de residencia, San Salvador. Comenzó a vender limones, casa por casa, y curiosamente le vendía ese producto a quien muchos años después se convirtió en su ~~querida suegra~~ y más bien dicho, como una segunda madre.

Actualmente, ~~casado~~ y con una familia que es su mayor orgullo, Javier ha aprendido a valorar lo que realmente importa. Es un hombre entregado a los suyos, que a pesar de las dificultades y las decisiones difíciles que tuvo que tomar en su vida, ha logrado construir un camino sólido para sí mismo. Pero no todo fue fácil, y su historia de superación tiene muchas lecciones valiosas que hoy comparte con los demás.

A los 18 años, debido a la capacidad económica de sus padres, no pudo continuar con sus estudios superiores. En lugar de lamentarse, Javier entendió rápidamente que la vida no siempre te da lo que deseas, pero sí lo que necesitas para seguir adelante. Con determinación, optó por continuar con su oficio como vendedor, y fue en diciembre de 2003 cuando comenzó a trabajar como vendedor de electrodomésticos en la ciudad de San Martín. Aquella experiencia, aunque breve, fue un aprendizaje importante, aunque no lo que podría llamarse productiva. Solo duró tres meses y medio, pues las condiciones laborales, como muchas veces ocurre en ese tipo de empresas, eran absurdas e insostenibles. Se le exigían ventas mensuales por un monto que sobrepasaba los $100,000.00, una meta que, más allá de ser alcanzable, resultaba casi inhumana, sin considerar la presión y las malas condiciones de trabajo.

La realidad es que, tras esa breve experiencia, Javier renunció. No quería ser parte de un sistema que no valoraba ni respetaba a sus trabajadores. Lo que Javier no sabía aún, pero que la vida le enseñaría, es que la profesión de vendedor es una de las más poderosas para salir de la pobreza, siempre que se tenga la habilidad de administrar el dinero y la fe puesta en el Creador. La clave estaba en saber manejar no solo los ingresos, sino también los gastos, porque, como dice él, "no importa cuánto ganes, si no sabes administrar tu dinero, nunca será suficiente para cubrir tus necesidades".

Al principio, no estaba tan convencido de que la venta fuera el camino correcto, ya que en su hogar nunca le enseñaron a cómo enfrentar la vida de la mejor manera, ni mucho menos a cómo administrar los recursos o tomar decisiones financieras importantes. Javier no fue la excepción; creció como muchos, sin muchas herramientas ni conocimientos prácticos sobre cómo ganarse la vida. Se estrelló contra la dura realidad, aprendiendo de la manera más difícil, enfrentando la vida con las lecciones que la subsistencia diaria le dio. Fue un proceso largo y, a veces, doloroso, pero esos aprendizajes lo hicieron más fuerte y más sabio.

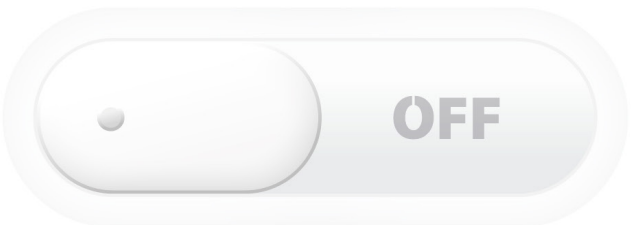
A pesar de los obstáculos, Javier nunca dejó de buscar mejorar. Intentó estudiar en varias ocasiones, pero las circunstancias siempre parecían conspirar en su contra. Sin embargo, nunca se rindió, y después de mucho esfuerzo y dedicación, finalmente logró terminar diversos diplomados en mantenimiento de computadoras, gracias al apoyo de dos ONG: FUSALMO y BRUCK LE PONT. Estas organizaciones jugaron un papel crucial en su desarrollo profesional, brindándole las herramientas necesarias para avanzar.

Aunque su camino en la venta callejera fue la que más lo definió, nunca dejó de aprender. Javier ejerció una de las profesiones más hermosas y, para muchos, mal vistas: la venta callejera. Para él, ese trabajo representaba mucho más que solo una forma de ganarse la vida. A través de este trabajo, entendió que "el trabajo dignifica al hombre". Con cada transacción, con cada venta, con cada cliente que pasaba frente a él, aprendió el valor de la honestidad, la perseverancia y el esfuerzo.

Es cierto que hay personas que pasan años buscando cuál es su verdadera vocación. Algunos logran identificarla a tiempo, mientras que otros jamás lo hacen. Javier entendió que cada quien tiene su propio camino, y que a veces lo más importante es ser fiel a uno mismo y seguir adelante, sin importar los tropiezos. Él mismo reconoce que, al igual que muchos otros, en algún momento se cuestionó sobre su futuro. Pero con el tiempo, se dio cuenta de que la venta no solo era un trabajo, sino una herramienta poderosa de superación.

Hoy, Javier trabaja como soporte técnico en una importadora de llantas, un empleo que, si bien no es lo que había planeado inicialmente, le ha dado la estabilidad necesaria para seguir adelante. Este trabajo le ha permitido no solo mejorar sus finanzas, sino también terminar sus estudios universitarios, algo que había estado posponiendo durante años. Aunque la vida no le dio las oportunidades que soñaba en su juventud, Javier jamás dejó que los obstáculos lo detuvieran. Y ahora, cada paso que da es un reflejo de la fuerza y la tenacidad que lo caracterizan.

Hay algo que Javier tiene claro: nunca dejará de ser vendedor callejero. Aunque su vida haya cambiado y ahora se enfoque en nuevos proyectos, nunca se avergonzará de sus orígenes. Lo dice con orgullo: "El trabajo dignifica al hombre"


OFF

JAVIER EDUARDO ZELAYA GALEANO

Javier Zelaya

Crónicas de un Vendedor Callejero

Una Historia Fuera de lo Común

ISBN 978-99961-0-423-7